

*I am beginning to think that everyone in California is here by mistake.
(Empiezo a pensar que todo el mundo en California está aquí por error).*
Woody Allen

Agosto - *Wanna Be Starting Something*

«Por favor, plieguen sus bandejas, mantengan el respaldo de su butaca en posición vertical y abróchense los cinturones. A las tres y cinco de la tarde, hora local, aterrizaremos en el aeropuerto internacional de San Francisco».

Imagino que la azafata continuaría con su letanía de datos cálidos e inútiles, pero yo ya no recibía; llevaba meses esperando esa frase mágica y, cuando por fin había llegado, sentía que el avión, más que descender, se precipitaba sobre California.

Conmigo dentro.

Por delante, diez meses de vacaciones, o de exilio, o de aventura, o de castigo, en cualquier caso casi un año de incertidumbre con la cabeza llena de tópicos y pájaros. Yo iba a «hacer COU» en Estados Unidos. Como si el COU fuese un muro de ladrillos, una tarta de queso o un vientre que evacuar.

Qué lejos quedaba aquel día de primavera, seis meses atrás, en el que mi padre me había preguntado si prefería hacer la mili o estudiar COU en Estados Unidos viviendo con una familia americana. La pregunta no era de coña, aunque lo pareciese; había solicitado el servicio militar voluntario porque era la única forma de asegurarme destino en mi propia ciudad. No me veía en Ceuta, Huesca o Cartagena, lejos de mis amigos, de las calles en las que había crecido y de las comodidades de la rutina. Mis padres, mosqueados ante una posible vocación militar, decidieron proponerme un plan alternativo. La combinación de COU y California provocó un seísmo emocional en mi universo adolescente; en un segundo decidí que les dieran a mis amigos, a mi ciudad y a la rutina. Claro que tuve que contárselo al capitán del regimiento al que ya había sido asignado. «¡Así que te vas a Hollywood!», me dijo en la cantina, el aliento espeso de coñac con farías, la cabeza llena de tópicos y pájaros.

Viví el verano anterior a mi viaje como una continua despedida; malvendí mis discos, presté mis libros, llamé a gente con la que casi no me había tratado y salí noche tras noche invitando a todo el mundo, apurando lo que yo sentía como mis últimas horas en España. Por alguna extraña razón, estaba convencido de que California me atraparía como una tela de araña; era el destino, inexorable, que venía a colocarme en el sitio adecuado y en el momento justo. Con la ignorante felicidad que proporciona la insensatez, mi amplio abanico de posibles ocupaciones incluía ejercer como Ángel del Infierno, bajista suplente de los Dead Kennedys o surfista profesional, aunque no supiera arrancar una Vespa, afinar un triángulo o extender la parafina.

Los tópicos, los pájaros.

Y ahora, 30 de agosto de 1983, estaba sentado en un avión vacío aparcado en la inmensidad del aeropuerto internacional de San Francisco. Los últimos pasajeros abandonaban el Boeing que había volado desde Nueva York mientras yo repasaba una de esas hojas plastificadas en las que se detalla con dibujos casi infantiles qué hacer en caso de verse obligado a salir por una puerta de emergencia. Intentaba imaginar lo que sería leer esa hojita con los motores del avión en llamas, las mascarillas desprendiéndose del techo, las azafatas pidiendo calma y las señoras gordas gritando como posesas.

—Excuse me...

Un dedo índice enguantado en blue velvet me picaba en el hombro como un dulce pájaro carpintero. La aeromoza de la TWA sonreía de forma exagerada; los dientes blancos y alineados en perfecto estado de revista intentaban mostrar comprensión hacia aquel retrasado que repasaba la hoja de instrucciones con el avión aterrizado, parado y vacío. La miré con una silenciosa súplica escrita en mis ojos de cordero: «Por favor, lléveme de vuelta a España». Su única respuesta, sin dejar de sonreír, fue presionarme gentilmente la chepa con la palma de la mano izquierda mientras con la derecha me indicaba la puerta de salida.

Fuera me esperaban unos desconocidos con los que compartiría un año de mi vida, un fragmento de mi biografía que comenzaría en el mismo instante que saliera del avión. Mi «familia americana», como la llamaban los comerciales de ForUSA, agencia responsable de mi estancia en Estados Unidos, estaba compuesta por una viuda y su hijo, según el escueto formulario que me habían entregado una semana antes junto a una carta manuscrita de la señora que describía en un párrafo su vida, casa y familia. Esos dos folios, que ahora guardaba en el bolsillo interior de mi cazadora, eran el mapa del tesoro que me llevaría a la gloria o al fracaso. Yo, un imberbe español de diecisiete años con una maleta llena de tópicos y una cabeza repleta de pájaros. Ellos, una viuda y su hijo, dos seres humanos con un catálogo de grandes afectos y pequeños rencores desarrollados entre sí a lo largo de toda una vida. El choque era desigual; para empezar, eran dos contra uno. Podrían hablar entre ellos sin que yo me enterara, decir cosas como «qué careto de memo tiene hoy el españolito» mientras yo sonreiría cordial, amable, tonto, estúpido. Si la agencia no se dedicaba al intercambio de estudiantes, ¿por qué aquella familia había decidido acoger a un adolescente extranjero? Ni los cien dólares que recibirían cada mes me parecía suficiente compensación, ni las patrañas sobre «compartir sus costumbres con amigos de otros países» —como rezaban los folletos de ForUSA— bastante motivación. Además, ¿por qué una viuda? ¿Permitía la Convención de Ginebra que las mujeres enlutadas de América dieran cobijo a púberes españoles de provincias? ¿Cuánto hacía que había fallecido el cabeza de familia? ¿De qué había muerto? ¿Arrastraba algún trauma su hijo?

Ésos eran mis bonitos pensamientos mientras avanzaba, sin prisa, por el finger que unía el avión con la terminal, tenían que llamarlo precisamente terminal. Aquellos metros de suelo de caucho y paredes de fibra me recordaban las precauciones de los científicos que rodeaban la casa de Elliot, el niño amigo de ET. Por supuesto, yo era el extraterrestre. Ni aduanas, ni aeropuertos, ni pasaportes; en ese preciso momento tuve la certera sensación de que abandonaba lo que había sido mi vida hasta entonces. Con dos maletas y un tembleque alcancé la puerta de Llegadas. Allí me encontré frente a una sonriente señora con el pelo cardado; en sus manos, una copia tamaño folio de una foto que conocía bien.

Una foto mía, quiero decir, de mí.

Cuando mis padres decidieron enviarme a Estados Unidos, ForUSA les pidió un retrato mío «de cuerpo entero» para enviar a su filial americana. Eso habían dicho: un retrato de cuerpo entero. En aquel mismo instante, mi paranoia inició su particular efecto dominó: ¿Para qué la foto? ¿Había reuniones de posibles familias donde se mostraban los retratos de los alumnos españoles? ¿Se hacían comentarios jocosos sobre el acné de éste o las pobladas cejas de aquél? ¿Por qué de cuerpo entero? ¿Estudian las proporciones? Ante mi negativa a permitir que dicha foto cruzase el

Atlántico para que toda una nación se riera con ganas, mi madre envió, por su cuenta y riesgo, esto es, sin consultarme, una instantánea en la que yo mal lucía traje oscuro y corbata chillona en la boda de una prima. El traje me sentaba como un tiro, la corbata era prestada y a mí me habían obligado a disfrazarme de esa guisa bajo amenaza paterna de quedar desheredado de por vida.

Y ahora, 30 de agosto de 1983, Betty Johnson, nacida en Bonneville, Idaho, viuda, jubilada de la compañía Hertz, sostenía en sus manos la foto de un adolescente español enfurruñado que vestía un traje demasiado grande.

—¡Hoolaa! —dijo Betty, sonriendo como una azafata de la TWA.

En su afán por hacerse entender, la mujer había pronunciado la palabra tan despacio que pensé que asistía a una retransmisión en cámara lenta de mi llegada a Estados Unidos. Inmediatamente asocié la idea a un paseo en descapotable con miles de personas aclamándome desde las aceras, y ese pensamiento me llevó a la imagen de Kennedy en Dallas, y esa fantasía a que mi cabeza estallaba y la viuda gateaba gritando. Todo a cámara lenta.

—Soy Pepe —afirmé con acento tarzanesco, mis ojos fijos en la foto que ella sostenía por sus márgenes con la sola presión de sus pulgares e índices, como si manchara, como si ella fuese una madre de la Plaza de Mayo y aquella instantánea la única que le quedaba de su hijo. La verdad, en ese momento no me habría importado estar desaparecido.

Betty seguía sonriendo, al borde de una seria lesión maxilar, pero en un veloz movimiento, digno del mejor David Copperfield, guardó la maldita foto en el bolso que le colgaba del hombro y se apartó un poco para dejar visible a un adolescente en el que hasta entonces no había reparado. De nuevo el mundo se ralentizó mientras la viuda señalaba a su vástago con ambas manos, como hacen las azafatas de *El precio justo* con los regalos por tasar.

—Éste es Phil.

¿Ya está? ¿Betty y Phil? Allí no había nadie más y todas las presentaciones estaban hechas. La verdad que, como recepción, la cosa no había resultado muy espectacular. Permanecimos callados un par de segundos, mirándonos, estudiándonos, quedándonos con la primera impresión. Betty, sesenta y seis años según el formulario que ahora latía en mi bolsillo, vestía gabardina a lo Colombo, pero en limpio, sobre vestido estampado y zapatos marrones de los que debían de existir en todo el mundo unos treinta y ocho millones de pares. Digamos que no se puso de punta en blanco para recibirme. Phil, diecisiete años, parecía haber intentado una suerte de elegancia británica —pantalón beis de pinzas, jersey fino marrón, mocasines— con un bigotito a lo Cantinflas ciertamente desconcertante, ya que parecía un mostacho de broma en una cara de niño. Intenté imaginar qué impresión se podrían llevar de mi atuendo: vaqueros desgastados, un polo azul marino sin marca y unas Adidas John Smith. Me quedé en blanco. Debieron de ser un par de segundos, pero yo sentía que la retransmisión a cámara lenta había pasado a una foto fija en la portada del *San Francisco Chronicle*:

PANOLI ES RECIBIDO EN SAN FRANCISCO POR MUJER CON GABARDINA Y SU HIJO CON EXTRAÑO BIGOTE.

Ya me estaba acostumbrando a quedarme quieto, de hecho me habría quedado el año entero allí parado con mi estúpida sonrisa, cuando Phil rompió el hielo explicando —esto lo entendí por la mímica— que su madre le había enseñado la foto a todo el pasaje que iba saliendo del avión; mi sonrisa petrificada no dejaba entrever que no me hacía gracia. Me acordé de la falla de San Andrés que dormía bajo nuestros pies; ignorando que unos meses después asistiría, muy a mi pesar, a uno de sus famosos amagos, le supliqué que, de una vez por todas y en aquel mismo instante, se tragara toda la costa oeste de Estados Unidos. Por fin, como si alguien hubiera echado una moneda en el cacillo de nuestra estática representación, mi recién estrenado «hermano» deshizo el cuadro para coger una de las maletas, mientras nuestra «madre» intentaba agarrar la otra y yo respondía con encendida euforia y varios «gracias» para impedirselo. Fueron otros dos eternos segundos de reverencias, tres cabezas reunidas en círculo a un metro del suelo, seis brazos agitándose sobre las maletas. Qué graciosos debíamos de parecer. Hecho el reparto, Betty extendió su mano derecha para indicarme el camino, sonriendo como si le hubieran pegado los maxilares con Supergen, totalmente ajena a la incomodidad que produce la amabilidad extrema.

El paisanaje del aeropuerto internacional de San Francisco me remitió a un gigantesco casting de las series que llevaba viendo en la tele toda mi vida; en el primer vistazo había distinguido un policía de azul oscuro, la gorda más gorda que nunca había visto en pantalones cortos, un limpiabotas negro enfundado en un mono beis, una familia mexicana, cuatro rubias rollizas y sonrosadas...

—Jaus wei yon wuach?

Betty me preguntaba algo y eso fue lo que le había entendido. Puse cara de idiotez pasajera —supe que tendría que ponerla muchas veces— y ella extendió los brazos para indicar que me preguntaba por el avión.

—Bien, bien... —farfullé en un inglés de andar por casa. Y no por cualquier casa, sólo por la mía.

Esta vez el silencio fue más largo. Seguimos andando y el trayecto hasta el coche lo hicimos en un riguroso mutismo salpicado de miradas furtivas y amables sonrisas; cada vez que esto ocurría, no sabía dónde meterme de pura vergüenza, turbación e incomodidad. Decidí que si una vez al mes hubiera que pasar por trances de tamaño calibre, la vida sería insoportable. Al abandonar la terminal del aeropuerto, el sol de California comenzó a calentarme los cascos, que diría mi abuela, y las dudas que me asaltaban empezaron a crepitar en mi cerebro como pescaíto frito.

Ya me había acostumbrado a andar con la maleta pesando y el sol ardiendo, pero no estaba seguro de querer estar así todo el año, caminando en silencio por un parking junto a una viuda y su hijo. Igual nos íbamos a casa a pie, o quizá habían aparcado en el límite del estado con Nevada, o puede que tampoco supieran qué decir y por eso daban vueltas sin sentido, pero por fin apareció el coche. Grande, enorme, largo, uno de esos coches que también formaban parte del mobiliario habitual de los telefilmes americanos. Sólo había un asiento delantero, de lado a lado; siguiendo las indicaciones de Betty, me coloqué en el extremo derecho mientras ella se acomodaba atrás y Phil, muy ufano, ise sentaba al volante! Creí que era una broma, así que me giré hacia la cabeza de familia y solté una carcajada exagerada para demostrar la gracia que me hacía el chiste (y de paso, liberar la tensión acumulada); me respondió con una risotada tan excesiva como la mía mientras Phil, quizá convencido de que el español

era tan lerdo como su madre, arrancaba y enfilaba la salida del aeropuerto. Betty y yo seguíamos riéndonos frente a frente, pero al ver que el del bigote realmente iba a conducir el coche, mi carcajada se tornó mueca de terror, lo que a su vez ahogó la risa de la viuda; aquel tío tenía diecisiete años recién cumplidos, ¡lo ponía el formulario! Estuve a punto de sacarlo de la cazadora para comprobarlo y mostrárselo a aquella señora que ahora me miraba con cierta inquietud.

—Daj yus fil rai?

No sabía qué me decía, pero el lenguaje universal de los signos me indicaba que todo estaba bien, bajo control, que no había por qué preocuparse, que el coche era robado y su hijo un yonqui, que total qué importaba que nos detuviera la policía si todavía llevaban el cadáver de su marido en el maletero. Phil, como si leyera mi paranoico pensamiento, estiró consecutivamente el brazo, el puño y su dedo índice y, sin despegar la espalda ni un milímetro del respaldo del asiento, pulsó play en el radiocasete. Como un gas narcótico, el *Michelle* de los Beatles fluyó por los estratégicos bafles de aquel Buick del 76.

Así fue como me enteré de que en el estado de California se puede conducir desde los dieciséis años.

En el coche optamos directamente por no hablar. Los Beatles lo hacían por nosotros con una de esas obvias y eternas recopilaciones repletas de *Let It Be* y *Yesterday*. Nos dirigíamos por la autopista 101 camino de San José; era una de las cinco ciudades que aparecían dentro de California en un pequeño mapa general de Estados Unidos que encontré en mi atlas. Fue todo lo que necesité para respirar aliviado y saber que, al menos, no me enviaban a una de esas asfixiantes comunidades con pastor vociferante y sheriff intransigente. ¡Ay, los telefilmes! Dispuse de 52 minutos, los que separaban el aeropuerto de San Francisco de mi nuevo hogar, para llegar a la firme conclusión de que aquella aventura era un error. No había sabido leer las señales del escueto formulario que me había llegado una semana antes a casa; una viuda de sesenta y seis años y un hijo de diecisiete. La primera idea era pensar que el extranjero —en este caso, yo— serviría como compañía al chavalín de la casa en caso de que no hubiera superado la muerte del padre, pero ¿qué sabía yo de esa muerte? ¿Cuándo había ocurrido? ¿Cómo?

—Wais frondei der aks spanish —interrumpió Betty señalando una especie de misión restaurada.

Phil se mostraba cordial, pero sus mocasines y las cintas de los Beatles o Bruce Springsteen que asomaban en la guantera no predisponían un acercamiento a mis Adidas y casetes de Bob Marley o los Clash. Además, en la casilla de preferencias religiosas del formulario de ForUSA, los Johnson habían escrito «metodistas» y a mí, que cargaba sobre mis espaldas cientos de años de educación católica, apostólica y romana, aquello me sonaba a secta, a mormones, a masonería.

—Cust for main diere hir?

Miré a Betty con ojos bovinos, esboqué una sonrisa y me imaginé durante un año entero rodeado de gente que habla swahili con la boca llena de Freetos.

Hacía rato que nos habíamos salido de la 101 y llevábamos un cuarto de hora por inmensas e idénticas avenidas de cuatro y seis carriles. En el cruce de la Tercera con Washington Street, Phil, tarareando *The Long and Winding Road*, giró el Buick una vez a la izquierda, dos a la derecha y otra a la izquierda —intentaba recordarlo por si fuera

necesario un plan de fuga—, entró en Carpet Drive y se detuvo en el número 1264. Mi casa.

—¡Hogar, dulce hogar! —grité con un tono a medio camino entre Tarzán y Hitler, desesperado por hacerme comprender.

Betty aplaudió mi entusiasmo, dio una especie de saltito y sonrió con una mano delante de la boca, aunque no se podía imaginar lo sincero que era mi berrido; por primera vez desde que el avión despegara de Madrid, una agradable sensación de bienestar invadía mi percepción. Aquella calle tan ancha, con su franja de césped entre la calzada y la estrecha acera, con sus chalés de una sola planta separados por arbustos y rosales, con sus garajes y la rampa de cemento que los unía al asfalto, componía una imagen fabulosamente familiar y cercana. Aquella calle eran las mil calles que había vivido en la tele y en el cine, y sólo faltaba que por encima de mi cabeza pasara volando un mocoso en bicicleta con un extraterrestre cabezón dentro de la cestita del manillar.

Una vez superado el suspiro de ensueño me fijé en la casa que, vista de frente, tenía muy poco que ver; una pared a juego con los pantalones de Phil, una puerta blanca en medio, un enorme ventanal a un lado y una ventana a secas al otro. En la rampa del garaje había un BMW descapotable y aparcado en la calzada un pequeño utilitario de color marrón que identifiqué, al pasar a su lado, como Ford Maverick. Ni siquiera reparé en la evidencia de que, contando el Buick en el que habíamos llegado, eran muchos coches para dos personas; de momento sólo asimilaba información. Un braco negro apareció de pronto —recordé que en el apartado del formulario dedicado a «mascotas» los Johnson habían escrito «un perro y muchos peces»—, se abalanzó sobre Phil y se mantuvo con las dos patas delanteras apoyadas en su fino jersey marrón. El dueño me señaló y dijo:

—Cat, éste es Pipi.

Esta vez lo había entendido a la perfección. El perro se llamaba Cat y a mí me había presentado como Pipi; así leían ellos mi nombre.

—Pepe —corregí.

—¿Perdón?

—Pepe, se dice Pepe.

—¿Cómo?

—Que-mi-nom-bre-es-Pe-pe.

Intentaba, con poco éxito, que mi tono no sonara muy quisquilloso.

Phil sonrió con la misma cara que yo debía de poner cuando no entendía algo. Afortunadamente, una voz ajena vino a sacarnos de aquel diálogo de besugos.

—¡Pipi! ¡Bienvenido, Pipi!

La voz, chillona, correspondía a una mujer de mediana edad, bajita y rechoncha, vestida con un chándal oscuro, que ahora me abrazaba como si yo fuera el soldado Ryan.

—Soy Lori, tu hermana americana —gritó con unas risitas que me recordaron a la señora que venía detrás en el coche. Su madre.

Si me hubieran mirado a los ojos, los Johnson habrían notado cómo las lágrimas empañaban mi mirada, aunque, bien pensado, lo achacarían a la emoción, no al sufrimiento que, por cierto, no tenía fin.

—¡¡Pipi!!

En esta ocasión se trataba de una anciana de notable edad que avanzaba encorvada y con los brazos extendidos hacia mí. No pude hacer otra cosa que dejarme estrujar por aquella estructura ósea; en mi intento de resultar agradable, la rodeé con ambos brazos y deposité mis manos en su chepa mientras ella aplastaba la nariz contra mi esternón. Me imaginé como una embarazada descansando ambas manos sobre el vientre hinchado. Al separarnos, la señora farfulló:

—Guan mai for dei taim splas, Pipi —y rompió a reír y salpicarme con saliva mientras la dentadura postiza bailaba en su boca.

La anciana se echó a la izquierda sin soltarme la cintura, Betty se hizo fuerte en mi lado derecho y Lori pasó el brazo por encima del hombro de su madre. Entrelazados como soldados chechenos dispuestos a ejecutar una danza guerrera, Betty tiró del cuarteto feliz en dirección a la casa. Estaba a punto de empezar a gritar, quería despertar de ese sueño; miré a Phil con una horrible mueca entre la angustia y el desconcierto pero sólo me encontré su gesto apesadumbrado, como si estuviera resignado a la triste suerte de vivir con una familia así. Eso pensé, sin sospechar que la aflicción de su rostro bien pudiera deberse al peso de mis dos maletas que ya cargaba con solícita y silenciosa entrega.

La buena noticia fue que no duramos mucho de aquella guisa. Cerca de la entrada, Betty decidió que entráramos de uno en uno en vez de, no sé, girar graciosamente sobre nuestro eje y enfilarse la puerta de lado como ritual metodista de bienvenida. Para abrir la puerta real, primero había que abrir otra que sólo era un marco con mosquitera; de nuevo miles de películas y series, caras o baratas, me trajeron a la memoria millones de escenas que incluían una de esas falsas puertas, como que el bueno llamaba al timbre y la chica abre pero entre ellos todavía queda una red que difumina los rostros e impide el contacto. Debería flipar con otras cosas, lo sé, pero no podía evitar que la mosquitera convirtiera la casa en un plató.

Ya me habría gustado. Por fuera no había mucho que ver, pero por dentro parecía el cierre por liquidación de una tienda de Todo a 100. La poca mercancía a la vista no la querría Dolly Parton ni para sus pesadillas; además de unas descoloridas y desiguales figuritas de porcelana barata, el más abundante adorno de la casa eran fotos de gente, supuestos familiares, pensé, dado el carácter eminentemente amateur de las mismas. Había fotos por todas partes, enmarcadas en la pared y en marquitos pequeños sobre las mesas o enganchadas en los espejos. La más grande mostraba una pareja posando en un estudio el día de su boda; el esposo guardaba un asombroso parecido con Phil, pero más grueso y con menos pelo; no era su padre porque la contrayente no era Betty y, además, se notaba que la foto era relativamente reciente. Pues eso, que estaba asimilando información; tenía un año por delante.

El ventanal que se veía desde fuera correspondía a un salón con un gigantesco sofá en beis, sillón del mismo color y mullida moqueta a juego, una torre de música, un mueble con baldas llenas de figuritas y ninguna televisión. Tuve un acceso de pánico: ¿tendrán los metodistas prohibida la tele? La estancia estaba un par de escalones por debajo del nivel de la entrada y al fondo, un pasamanos con barrotes blancos separaba el salón de un pasillo, de nuevo elevado. A la izquierda de ese pasillo estaban la habitación de Betty y la mía, además de un cuarto de baño y un estudio con libros, papeles, trastos y un ordenador personal. Era la primera vez en mi vida que veía uno de esos aparatos dentro de una casa; enseguida supe que era una buena ocasión para adelantarme a mis futuros compañeros de universidad. Tenía que aprovechar la

oportunidad, profundizar a lo largo del año en los secretos de la informática para volver a España dotado de un novedoso conocimiento tecnológico; diez meses después, mi máxima y única habilidad con esa computadora sería llegar a la quinta pantalla del *Burger Time*.

Siguiendo el pasillo hacia la derecha se llegaba a la cocina, que a su vez comunicaba con la habitación de Phil, otro baño y el garaje. Más allá había un pequeño comedor con una puerta corredera que accedía al no menos famoso, típico y peliculero jardín-patio trasero con balancín y cachivaches.

Todo eso me lo había explicado Betty en el hall de entrada, como si quisiera transmitirme un esquema mental de la distribución de la casa antes de conocer las habitaciones personalmente. Empezamos por la mía; acorde con la línea austera de lo que ya había visto, tan sólo constaba de cama estándar, mesa estrecha, espejo largo, armario con patas doradas y pecera. Una pecera gigantesca. Un acuario colosal. Al lado de la cama.

—Peces —explicó Betty al ver que los miraba petrificado.

Sí, los peces. Y la pecera. No una pecerita redonda con dos bichos, no, una señora pecera con filtro de agua, aireador, termómetro, calefactor y luz fluorescente de 25 vatios. El océano Pacífico encerrado al lado de mi cama, rugiendo como una zódiac vieja día y noche. Busqué mi reflejo en el espejo, que estaba justo enfrente de la puerta, y me vi entre dos ancianas sonrientes; por detrás asomaba la cabeza de una señora de mediana edad con chándal negro que se ponía de puntillas como si hubiera mucho que ver allí. Más al fondo todavía, divisé la neutra expresión del adolescente con bigote. Quizá si me girara inesperadamente, comprobaría que aquellas personas no existían y que eran espectros que, en mi demencia, sólo yo veía reflejados en el espejo. Me giré poco a poco. Seguían allí, mirándome y sonriendo.

Lo siguiente era visitar el que iba a ser mi cuarto de baño y hacia allí fuimos como la Santa Compañía que éramos, aunque ya sin Phil, al que había perdido de vista después de que dejara mis maletas al lado de la pecera. Desde la puerta del baño miré con miedo y asco una especie de moqueta de peluche anaranjada que cubría el suelo; en una tosca combinación que habría hecho las delicias del Elvis de Las Vegas, la tapa del váter también estaba forrada con aquella felpa despeinada. De nuevo, nos quedamos quietos admirando el progreso higiénico de la humanidad; la anciana, en un gesto que sólo entendería más tarde, señaló el tirador situado en el centro de la tapa de la cisterna y, mostrando la dentadura postiza en todo su esplendor, tiró de él mirándome con los ojos muy abiertos y las cejas alzadas. ¿Me estaba enseñando a tirar de la cadena? No me paré a pensarlo porque Betty, después de indicar que la siguiente puerta era su habitación, dio media vuelta y nos apremió a cruzar el salón en dirección a la cocina. Resultó ser pequeña, casi más pequeña que el frigorífico, cuya puerta abrió solícita la encorvada longeva para mostrarme el bien nutrido interior; es curioso lo difícil que resulta identificar la comida que hay en una nevera si no estás familiarizado con las etiquetas de los envases. Eso sí; en la segunda bandeja, un escuadrón de enormes botellas de cristal mostraban sin pudor el logo de Pepsi, a mí que llevaba años defendiendo los colores de Coca-Cola. Un mostrador de madera separaba la pieza del comedor, donde, al fin, divisé una preciosa televisión de veinticuatro pulgadas de la que Phil hacía uso con un mando a distancia en la mano. Con su habitual gesto imperturbable cambiaba de canal en canal ¡y todos eran distintos! Un cosquilleo me recorrió el espinazo al adivinar el final de mis tristes días televisivos en España, dos

cadena y una emisión de diez horas al día. Canalicé mi incipiente nerviosismo con una amplia sonrisa, celebrada por aquel extraño trío femenino.

Una vez vista la casa, supuse que mis anfitrionas esperaban un gesto de aprobación, de alegría suprema, de éxtasis inmobiliario, pero sólo me apetecía decir:

—Bueno, no es exactamente lo que buscaba. Muchas gracias y perdonen la molestia, pero tengo que coger el avión a España ahora mismo.

Esta vez fueron las huesudas manos de la anciana las que tiraron de mí hacia la habitación del chaval del bigote, la única de la casa que me quedaba por visitar. Me acerqué a la puerta con desgana, pero no pude disimular mi asombro cuando la vetusta guía, empeñada en mostrarme los avances del progreso californiano, se sentó en la cama de Phil de un salto; el colchón respondió al impacto con unas suaves ondulaciones que mecieron levemente a la octogenaria; así supe que mi hermano americano dormía sobre una cama de agua. Un montón de revistas, libros y aperos deportivos ocupaban una de las paredes, pero en la mesita de noche reposaba un ejemplar de *Playboy* impune, chulesco y desafiante, esto es, a la vista de las ancianas y de la mía propia. Inquieto como si hubiera hecho algo malo, me apresuré a salir de allí para llevarme a las potenciales fuerzas represoras lejos del objeto del delito; salimos a la encrucijada formada entre la cocina, el comedor y el salón. Phil, los pies sobre la mesa, me miró un instante sin girar la cabeza, los párpados medio caídos, y volvió la vista al televisor. Al momento, el bigotito se convirtió a mis ojos en un pedazo de mostacho. Volví a mirar a las sonrientes mujeres que me rodeaban de nuevo: «¿Será que los metodistas promueven la pornografía?».

Betty lanzó un par de órdenes tajantes y sus acólitos se acomodaron tras la barra de la cocina mientras la viuda, cogida a mi brazo, me conducía a la habitación. Una vez allí, y después de un cuarto de hora de ralentizada vocalización, entendí —aunque no las tenía todas conmigo— que me sugería deshacer la maleta porque ella tenía que «guan seif ples dine». Permanecí quieto en medio de mi cuarto mientras Betty desandaba, marcha atrás, el camino hacia la puerta, diciendo no sé qué con su eterna sonrisa en la boca. Me hubiera gustado cronometrar el tiempo que tardó en salir, cerrar y dejarme solo, más que nada por si se había batido algún récord mundial de lentitud en la despedida.

Lo primero que se me ocurrió fue tumbarme en la cama, como si aquello fuera un hotel cutre en el que me iba a hospedar... diez meses. «Ay, dios», susurré mientras pensaba que el colchón parecía demasiado blando. Intenté relajarme un momento pero el runrún de la pecera llenó por completo el presunto silencio. Apoyé la cabeza sobre la oreja izquierda y conté los peces: uno, dos, tres, cuatro... cinco... seis, siete... y ocho.

Acababa de llegar a California y ya tenía ocho enemigos.

Intenté hacer una primera valoración: chungo. Intenté hacer una segunda valoración en positivo: la tele tenía varios canales y la mosquitera molaba por una razón demasiado vaga e inútil. Punto. Así que continué rebuscando motivos de optimismo: Phil tiene un *Playboy* en la mesita; ¿cuándo tendremos la confianza suficiente para que me deje ojearlo y sacarle el jugo propio de una adolescencia repleta de testosterona? Hay una anciana con la que no contaba; debe de ser la madre de Betty y dormirán juntas en la habitación que no me enseñaron. El formulario sólo ponía un hijo, así que Lori no debe de vivir en esta casa porque además no tiene habitación; el BMW es suyo, hijo. La moqueta del baño me producirá alergia, hongos, herpes, supuraciones. La

nevera, repleta de Pepsi. ¿Por qué no hay congelador? He oído hablar de religiones que no permiten la ingestión de alimentos congelados, ¿o eran las transfusiones de sangre...?

—Pipi...

Me dolía la cabeza, tenía la boca seca.

—Pipi...

Abrí los ojos.

—¡Pipi!

—¡Sí! —grité en un español alto y claro.

—Guan seif ples dine nau.

Me había quedado dormido. Los últimos minutos de mi vida pasaron ante mis ojos: El aeropuerto, Betty y Phil, California, los Beatles, San José, la señora del chándal, una anciana, la mosquitera. ¿Qué tenía que hacer ahora?

—¿Pipi...?

Salté de la cama y abrí la puerta. Betty echó un vistazo a las maletas sin tocar y atendió amablemente mi torpe explicación.

—Dormir... —balbuceó el Tarzán que llevaba dentro apoyando la cara en la palma de la mano.

Estaba desorientado, no sabía cuánto tiempo llevaba durmiendo, pero lo que me pareció entenderle a la viuda me despistó aún más:

—La cena esta lista.

Calculé que a las seis, más o menos, me había quedado solo en la habitación y al pasar por el salón busqué con la vista un reloj que había divisado al entrar: las seis y media. ¿De la tarde? No podíamos cenar tan temprano; ¿qué me había dicho entonces? Al doblar la esquina de la encrucijada me encontré la mesa del comedor lista para revista, con la anciana, la señora de mediana edad y Phil sentados alrededor de un estofado.

Sonreí. No sé de dónde saqué la fuerza y las ganas, pero sonreí. Imaginé un trozo de aquella carne colonizando mi aparato digestivo y un amago de arcada se revolvió en mi estómago como el aire en una cañería vieja. No estaba preparado física y mentalmente para ponerme a cenar a las seis y media de la tarde, sólo llevaba tres horas digiriendo California después de un vuelo repleto de Toblerones y cacahuètes. No.

—No tener hambriento —argumenté con cara de pánfilo.

—Ah, no, de eso nada, tienes que comer, hombre, ¿a que sí? ¿A que vas a comer un poco de este estofado tan rico?

Era la más anciana. No sé si me estaba diciendo eso, pero sus gestos y entonación traducían el lenguaje universal de las abuelas. En cualquier rincón del planeta ocurre lo mismo; cuando una senil anciana se empeña en hacer comer a un joven que no tiene hambre, los adultos con edad y posición para tomar decisiones se ausentan de sus obligaciones. La propia Betty separó la silla de la mesa para que me sentara en una cabecera; ella ocuparía la otra. Yo miraba al estofado intentando de todo corazón buscar un punto apetitoso, una razón que me ayudara a tragar aquello sin vomitar, pero no sólo era demasiado temprano para merendar, es que el trozo de carne parecía el brazo incorrupto de Kojak; su aspecto sólo invitaba a arrojarlo por la ventana para que Cat, el perro, lo enterrase bajo el cerezo que daba sombra a la triste ventana de mi habitación, donde probablemente habría enterrados cientos de estofados

incomestibles. La cena se componía básicamente de aquel proyecto de solomillo con aspecto chamuscado y varios platos que no invitaban a formar una guarnición muy llamativa: había una fuente con guisantes mondos y lirondos, otra con mazorcas de maíz y otra con un puré marrón que podría ser de manzana. Deduje que la vajilla era la de las ocasiones especiales, a pesar de que el tallado barroco del pie de las copas me recordara más los juegos de cristalería que se podían conseguir en las tómbolas de una feria veraniega que el supuesto refinamiento a lo Falcon Crest; además, las servilletas eran bordadas y el mantel de hilo. Claro, que, visto lo visto, también cabía la posibilidad de que todos los días cenaran con tamaño montaje. Betty había dispuesto dos enormes utensilios para cortar el tronco carniforme, aunque yo habría sido más partidario de la motosierra. Antes de asistir al típico trinchado, todavía me quedaba otro rito iniciático.

—Lori..., cuando quieras —indicó la matriarca con solemnidad.

A una señal del Dios Duracell, todos bajaron la cabeza como si se hubiesen quedado sin pilas. Lo siguiente fue que se cogieron de las manos para formar una cadena alrededor de la mesa. Phil estaba sentado a mi derecha, la anciana al otro lado; cada uno me cedió su mano y agarré ambas como el que escoge pistolas para un duelo en el que se sabe perdedor. Lori respiró hondo antes de soltar su panegírico y yo, con los dedos de los pies encogidos dentro de las Adidas John Smith, no sabía si apretar mucho las manos que me habían tendido o sólo tenderlas sin más, pero a ver quién pone la medida en eso mientras pasaba una vergüenza española y católica muy alejada de la metodista California que se mostraba ante mí en todo su esplendor, y esto se avisa, que en los folletos de ForUSA no ponen nada y uno ya se habría preparado para lo que le echaran...

—Señor..., guans weich for jandres Pipi con nosotros. Guan an seif ander durante un año. Feir san burer flai como un hermano. Amén.

También aquello se parecía a muchas cenas de las películas y series que había vivido en TVE y el UHF —el deseo de quedarme a solas con la tele de veinticuatro pulgadas era lo único que me mantenía vivo—, aunque las únicas comiditas que me venían a la memoria eran las de Michael Landon en *La casa de la pradera*. Pero fue Betty, y no mamá Ingalls, la que inició el trasiego, disponiendo una ración de carnajo en cada uno de los platos que Lori le acercaba entre risitas y aprobaciones fuera de lugar. Las fuentes pasaban de mano en mano, decorando cada plato en verde, amarillo y marrón; los guisantes eran insípidos, la mazorca era como comerse un collar de perlas y el puré, efectivamente, tenía un lejano sabor a manzana muy verde. La hebra carnosa, sin embargo, tenía el amargo regusto del albatros, o del ocelote, o del tapir, en definitiva, de cualquier animal que ni había probado antes de llegar allí ni esperaba probar en lo que me restaba de vida. Para regar el banquete, Phil servía una especie de moscatel encerrado en una de esas botellas cuadradas de jerez, cuyo tapón de cristal, coronado con una bola tallada del mismo material, tenía un tope de plástico grisáceo para que el brusco tintineo no partiera en dos tan delicado envase.

Con los platos llenos —es un decir—, volvió el silencio a la mesa, sólo quebrado por el entrechocar de los cubiertos, bien entre sí o contra la dentadura de la anciana, pues ésta se había entregado con frenética mascadura a la deglución de su rancho. Fue Betty, de nuevo, la que rompió la escarcha que se estaba creando en el ambiente para explicarme la genealogía de los presentes.

—Verás, Pipi...

—Es Pepe... Pe-pe —rebatí. Todos me miraron, sorprendidos, sin dejar de masticar. Betty se quedó congelada, con la cabeza levemente ladeada y los ojos muy abiertos, como rumiando fonema a fonema la exacta pronunciación de mi nombre.

—¿Pie-pie? —susurró con lentitud.

—No... Se dice Pepe —aclaré otra vez. Justo entonces cometí uno de mis muchos errores californianos.

—José es Joseph como Pepe es Joe.

Yo sólo intentaba explicarme.

—¡Joe! —gritó con alborozo la anciana—. ¡Joe! —repitió mirando al resto de comensales.

Betty asintió con una sonrisa, Lori aplaudió dos veces —era hija de su madre, sin duda— y Phil se embuchó una cucharada de puré de manzana. Comprendí que aquella gente había abandonado mi antiguo nombre para siempre. Es más, ya lo habían olvidado. Ya no era Kunta Kinte, ahora me llamaba Joe. Para sellar tan insospechado bautismo, la anciana alzó su copa y gritó por tercera vez:

—¡¡Joe!!

Lo dijo con tal ímpetu que la dentadura salió disparada y aterrizó sobre su propio plato. En un rápido movimiento, cazó la prótesis al vuelo, la depositó entre las encías y me miró con una sonrisa traviesa. No sabía dónde meterme, o mejor dicho, cómo meterme, porque en mi nervioso empeño por restar importancia al incidente derramé una copa sobre el mantel.

Lo que después vino a contarme Betty mientras cenábamos —su lentitud y su paciencia para que la entendiera le valieron mi primera dosis de verdadero cariño filial— era que la señora Miller, nombre de la anciana sentada a la mesa, no vivía en la casa, ni siquiera era pariente, sólo una buena amiga de toda la vida, compañera de trabajo de Betty hasta su retiro a mediados de los setenta. La mayor sorpresa, sin embargo, vendría de donde menos la esperaba: ¡Lori tenía veinticinco años! No disimulé el asombro que me causaba el dato; yo habría jurado que pasaba de los cuarenta y cinco, pero todos se tomaron mi sorpresa como síntoma de que la imaginaba mucho más joven. El resto de sus datos eran que vivía con su novio cerca de Palo Alto (a tres cuartos de hora de Carpet Drive), trabajaba desde hacía dos años en una empresa británica y, ¡bingo!, el descapotable era suyo; es más, se ofrecía a llevarme de excursión por los alrededores al día siguiente. Mientras me hacía partícipe de su breve curriculum, la observé detenidamente; en efecto, si me fijaba bien, no tenía un rostro de señora de mediana edad, lo que la convertía en madura prematura era todo lo demás, en especial el peinado, una melena con capas a lo Farrah Fawcett-Majors que a partir de ese momento iba a ver mil veces repetida en las cabezas femeninas menores de treinta años.

Betty también me habló del chavalote cuyo retrato de boda colgaba en el salón —la muy astuta no me preguntó si me había fijado, sino que directamente dijo: «La foto que has visto en la entrada»—; se trataba de su hermano pequeño, Robert, casado con Sheila. La pareja vivía en Fort Wayne, Indiana, al otro extremo del país, y todos, incluida la señora Miller, los echaban de menos. Phil Johnson, por su parte, asistió impertérrito a los halagos de su madre, un curriculum que incluía ser presidente de no sé qué club en el instituto, pertenecer a no sé qué otra historia relacionada con las matemáticas y poseer el tercer coche que estaba aparcado fuera. Durante el discurso de su progenitora no dejó de masticar búfalo y puré de manzana; nos miraba de reojo

y esbozaba una mueca próxima a la sonrisa. El desdén que mostraba, el bigotillo que lucía y el hecho de que tuviera coche y un *Playboy* en la mesita me ayudaron a visualizarlo como el malo que mola en una película de kung fu.

Betty seguía siendo muy amable conmigo, pero el repaso a las biografías de los comensales no hacía más que aumentar mi inquietud en previsión del probable punto final: el difunto señor Johnson. Temía no estar a la altura cuando Betty señalara la dolorosa ausencia del esposo y padre; podía prever que el espeso silencio instalado sobre la cena me causaría una profunda incomodidad acorde con ese español sentido del ridículo que no había hecho más que aumentar durante el vuelo transoceánico. Sólo sabía que Betty era viuda porque la casilla correspondiente en el formulario estaba marcada con una X; en la carta manuscrita que había enviado a la agencia no hacía ninguna mención a su esposo ni a las circunstancias de su muerte, y supuse que aprovecharía aquella cena de bienvenida para aclarar y zanjar un tema desagradable que estrecharía aún más los lazos de nuestra unión. Sin embargo, Betty saltó del «Ésta es su vida» dedicado a Phil al apartado «Convivencia cotidiana: normas y costumbres», un previsible listado sobre hacer la cama todos los días, limpiar la habitación y el baño una vez por semana, ayudar en la casa, sacar la basura los lunes y todos esos mil pequeños dolores puestos en la Creación para recordarnos que no estamos en el Paraíso. Ya en la sobremesa, la señora Miller, espoleada con mucha guasa por Phil y Lori, se lanzó a cantar a pleno pulmón una melodía que identifiqué como country metodista; entendí que el extinto señor Johnson no iba a ser tema de conversación aquella noche. En principio me relajé e incluso acompañé las palmas con las que Phil jaleaba tan mostrenca performance —un genuino gesto de fascinación freak hacia la anciana con el que subió otro peldaño en la escala de mi admiración—, pero pronto caí en la extrañeza del cuadro presentado: o los Johnson se habían olvidado del cabeza de familia o actuaban como si el padre y esposo nunca hubiera existido. Al comprobar en un apurado repaso visual que entre tantas fotos familiares que adornaban la casa, no había ni una sola de alguien que pudiera ser el señor Johnson, la maquinaria de mi paranoia se puso en marcha para evidenciar la incoherente naturaleza de mi ser: media hora antes habría dado un brazo a cambio de que nadie sacara a colación su muerte, pero ahora mismo daría cualquier otra extremidad por saber todos los detalles del suceso. Lo bueno es que tenía un año por delante para enterarme.

Poco después de cenar —nada dijeron sobre mi ración de guisantes, mazorca y carne sin tocar—, recogimos la mesa entre todos; Lori, detrás de la barra, recibía los platos, fuentes, copas y cubiertos y después de aclararlos bajo el grifo del fregadero, los colocaba en el lavavajillas. La señora Miller sólo rompió una copa.

Llegaron mis primeras despedidas en California; Lori se iba en el BMW y Betty en el Buick para llevar a su vieja amiga a casa. Todas prometían volver; Betty en media hora, las otras al día siguiente.

Así que nos quedamos solos Phil, Cat y yo; por fin me senté frente al televisor. Mi nuevo hermano me entregó el mando a distancia como si fuera la espada mágica del rey Arturo; eran las nueve de la noche y me encontré informativos, telecomedias, concursos, reposiciones y películas. Todo al mismo en tiempo en treinta y cinco canales de televisión. Treinta y cinco. Había necesitado un vuelo de Madrid a Nueva York y otro de allí hasta California para sentarme delante de una tele con 35 canales. Empecé a cambiar compulsivamente hasta que encontré unas imágenes de Robert

Plant paseando por un motel desierto y polvoriento. Phil me observaba con curiosidad científica y yo, que me sentía el chimpancé más listo de la clase, pregunté qué estábamos viendo.

—Se llama MTV; emite vídeos musicales todo el día.

—¿Todo el día? —pregunté mientras miraba el reloj con intranquilidad—. ¿Hasta qué hora?

Phil soltó una sincera carcajada.

—Quiero decir que emite vídeos las veinticuatro horas del día... Y todos los días del año —subrayó por si acaso quedaba alguna duda.

Juraría que los nervios y las ganas me hicieron sudar y salivar al mismo tiempo; de golpe, mi estancia en aquella casa cobraba sentido. Diez meses por delante con un canal que emite videoclips las veinticuatro horas del día suponía, a priori, suficiente motivación para quedarme en esa familia que ya empezaba a sentir tan mía como la que había dejado en España. Después de Robert Plant apareció Stevie Nicks en pantalla. Y luego Tom Petty & The Heartbreakers, vestidos de Mad Max pero en cutre para cantar *You Got Lucky*, y después unos horrorosos que se hacían llamar Loverboy. Cuando Phil se fue a su habitación, Donna Summer interpretaba *She Works Hard For The Money*. Y salió Pat Benatar y los Duran Duran con *Hungry Like The Wolf* antes de que llegara Betty y se despidiera hasta mañana y que descanses, Joe. ¡Y ahora el *Rock The Casbah* de los Clash! Y con el *Every Breath You Take* de Police, Cat se durmió a mis pies. Y volvió a salir Stevie Nicks con el *Stand Back*, y Thomas Dolby con *She Blinded Me With Science*, y el *Down Under* de Men At Work, y si no me gusta el que va detrás de estos Huey Lewis and The News ya me voy a la cama, pero va y sale el *Sunday Bloody Sunday* de U2 en directo...

Estaba tumbado en un prado, boca arriba, con los ojos cerrados y los brazos extendidos. Al azul del cielo le habían dado varias capas de pintura y las nubes parecían explosiones de algodón tupido. Me sentía feliz y despreocupado hasta que un leve zumbido comenzó a distraerme. Poco a poco, el mosconeo se convirtió en un escándalo a mi izquierda. Parecía una moto de poca cilindrada o una cortadora de césped; odié al ser humano que manejara la fuente que causaba aquel desorden. Como el ruido se hacía cada vez más fuerte, abrí los ojos lentamente y vi... una pecera.

Mi primer despertar en California fue demasiado brusco; pasé del sueño de una tarde de verano a verme sentado en mi nueva cama, despeinado, desorientado y haciendo acopio de datos. El vetusto despertador chapado en dorado que gobernaba mi mesita marcaba las 11.25 de la mañana, así que me levanté de un salto y salí al pasillo como si mi habitación fuera la nave de Charlton Heston recién llegada al Planeta de los Simios. Nada más asomar la cabeza, Betty surgió del salón con alborozo, pronunció varias frases ininteligibles según pasaba de largo y entró en su cuarto, así que me dirigí al baño, sentí la felpa naranja bajo mis pies y me fui a la cocina. Allí estaban Phil y Lori, esta vez con un chándal brillante de color azul.

—Benos díasss —saludó Phil en un incorrecto español.

—Buenas mañanas —respondí en un incorrecto inglés.

Lori, que venía dispuesta a cumplir su amenaza de enseñarme los lugares más interesantes de la ciudad, me sirvió un café clarito y me ofreció las muchas y variadas piezas de bollería que ocupaban el centro de la mesa donde ayer mismo habíamos celebrado la autopsia de bienvenida. Teniendo en cuenta la cantidad de horas que

habían transcurrido desde mi última comida en condiciones, una nueva ola de optimismo me invadió al observar los donuts, bollos y pasteles, además de una jarra de litro con un espeso zumo de naranja, que se me ofrecían como primera comida del día. Hasta el mismo Phil levantó una ceja cuando me vio deglutir donuts como si se acercara el fin del mundo.

Contaba con una visita a monumentos y lugares históricos de San José, si es que los había, por eso las palabras de Lori, después de pedirme que me abrochara el cinturón en su BMW negro, me sonaron a música celestial:

—¿Preparado? ¡Nos vamos a San Francisco!

Es lo que ocurre cuando no entiendes el swahili; efectivamente, algo me había dicho sobre San Francisco el día anterior, pero yo había asentido con efusión, feliz por el simple hecho de haber entendido el nombre de la ciudad y aprisionado por esa vergüenza tan poco torera que mostramos los españoles a la hora de hablar otro idioma. Nada más enterarme del destino de nuestra excursión, una ola de incontenible alegría me invadió el pecho y todos los órganos internos; como si quisiera rebajar mi taquicardia, Lori pulsó el play del casete para liberar una serie de canciones de Kenny Rogers. En circunstancias normales habría sido un auténtico bajonazo, pero camino de San Francisco, habría aceptado hasta la discografía completa de Los Sabandeños.

Lo primero que me llamó la atención en el viaje fue la inmovilidad del peinado de mi conductora; el coche superaba en ocasiones las prudentes 55 millas por hora indicadas como velocidad máxima y aun así, ni un solo pelo de su tocado se removía, enredaba o descolocaba en la mata capeada. Durante los 52 minutos que duró el trayecto, Lori me contó toda su vida con cuidado de hablar alto, claro y despacio; sin duda había heredado la paciencia y amabilidad de su madre. Así fue como supe que llevaba tres años con su novio Desmond, aunque las cosas no les iban demasiado bien, y dos años trabajando en una empresa llamada Redding & Mitchell, en la que albergaba serias esperanzas de ascender a medio plazo. Lo que no pude entender, a pesar de sus detalladas y lentas explicaciones, fue qué fallaba en su relación con Desmond o a qué demonios se dedicaba su empresa. Lo más llamativo es que Lori se sinceraba conmigo de una manera a la que yo no estaba acostumbrado; jamás un adulto me había hablado con esa franqueza sobre sus expectativas, miedos o anhelos. Y, sobre todo, nadie lo había hecho con Kenny Rogers sonando de fondo. La situación era ligeramente incómoda, y digo ligeramente, porque, al fin y al cabo, viajaba en un BMW negro descapotable por la autopista 280 rumbo al Golden Gate, primera visita que mi improvisada guía había anunciado con orgullo franciscano. Antes de Daly City, nos metimos en la 19th Avenue que nos llevaba directos al puente. Cuando por fin lo cruzamos, yo quería hablar de Kim Novak en *Vértigo*, de Clint Eastwood en *Harry el sucio* o de Michael Douglas en *Las calles de San Francisco*, es decir, del casting completo de actores y actrices que asociaba a esos 1.350 metros de hormigón y acero pintados en «naranja internacional» aunque lo llamen dorado. Quería decirle que aquel decorado, la mosquitera de su casa o la bendición en la cena, formaban parte de la película de mi vida imaginada, ni peor ni mejor que la verdadera, pero tangible como si fuera real. Quería decir muchas cosas, pero en ese minuto escaso de gloria, saboreando cada metro de puente, mirando al cielo, a los cables, al asfalto, a Lori, a las caras de los otros conductores, luchando por fijar cada milésima de segundo en mi memoria, lo único que parecía era Paco Martínez Soria en la gran ciudad.

Qué le vamos a hacer.

Cuando alcanzamos la otra orilla llegué a gritar un «¡Sí!» como la copa de un pino que mi conductora celebró con un arranque de onomatopeyas cherokees que habrían asustado a los demás conductores de no ser por el endemoniado viento que azota el puente.

El resto del día lo empleamos en patear el Fisherman's Wharf, esto es, la zona comercial y gastronómica situada en el muelle de la ciudad, sin perdernos las paradas obligatorias —lo que diga Lori va a misa— en los centros comerciales de Ghirardelli Square, Pier 39, The Anchorage o The Cannery. Nunca he sido defensor de las distancias largas a la hora de caminar; desde mi más tierna infancia he promulgado la ley del mínimo movimiento como motor inmóvil de mi universo. Dicha cualidad había forjado en mí un carácter abiertamente contrario al esfuerzo, sobre todo si éste consistía en ver nuevos lugares sin más afán ni fin en sí mismos que ser vistos. Quiero decir, que el tradicional turismo de estar «en cuantos más sitios mejor» no estaba diseñado para mí, a no ser que tal circunstancia se desarrollara en un carrito motorizado de golf, lo cual no era el caso. Y menos mal que, cuando ya pensaba que los marines habían entrenado a mi hermana americana en el turismo de supervivencia, hicimos un alto en la expedición para comernos unos genuinos perritos calientes. La cosa es que Lori estaba convencida de que podíamos ver la ciudad en seis horas, pero, además del muelle y todas sus tiendas, lo único que nos dio tiempo a visitar fue una de las calles más absurdas y bonitas del mundo, Lombard Street, esa travesía que entre Leavenworth y Hyde se convierte en una empinada serpentina con curvas repletas de flores.

De vuelta a San José, Lori diagnosticó que yo era tímido, pues apenas si le había contado algo sobre mi vida, a pesar de su insistencia en preguntarme. No le dije que la mitad de las veces no la entendía, y que cuando me repetía, despacio, paciente, una frase por tercera vez, yo asentía y sonreía, sólo para no admitir que parecía tonto o estaba muy cerca de serlo. Tampoco le expliqué que no tenía muchas cosas que contar; que no había grandes emociones pasadas o presuntas en mis diecisiete años de vida, a no ser las propias que vive o espera un adolescente de una pequeña ciudad española en edad de merecer...

—¡Una película! —gritó Lori de repente.

Hasta Kenny Rogers se había sobresaltado desde el radiocasete, y más lo hizo cuando añadió con la cara iluminada y un brillo en los ojos:

—¿Quieres ir al cine?

Asentí con un gesto torpe, incapaz de quitarle la ilusión. Semanas más tarde comprendería que Lori lo decía todo de aquella forma entusiasta. No importaba si se trataba de ofrecer azúcar para el café, preguntar la hora o comentar un programa de televisión; ella vivía cada instante como el más importante, definitivo y trascendental de su vida. Como yo no conocía esa cualidad suya, dije que sí, que quería ir al cine porque creía que si le decía que no, aparcaría el coche en el arcén de la autopista 101 y se echaría a llorar. Un policía de tráfico como los de *ChiPS*, con uniforme caqui, gafas de espejo y casco blanco, se detendría al lado del BMW negro.

—Disculpe, ¿por qué llora, señorita?

—Es que este españolito de mierda no quiere ir al cine, con la ilusión que me hacía.

—¿Y bien?

—Bueno, verás, es que estoy agotado, llevamos todo el día caminando y todavía estoy ubicándome, como quien dice, y si ahora son las nueve de la noche, a ver a qué hora llegamos a casa, agente.

—¿Te parece que ésa es forma de tratar a una dama? Muchacho, sal del coche con las manos donde pueda verlas.

Tenía tiempo para pensar en chorradas porque a ratos permanecíamos callados, especialmente al llegar ese momento bobo que asalta a los viajeros cuando el cansancio hace mella y parece que el coche no se mueve, que es la carretera la que pasa por debajo como una cinta transportadora. Lori había decidido que los perritos calientes nos daban suficiente autonomía si acompañábamos la peli con unas no menos genuinas palomitas con mantequilla derretida. Por fin, se detuvo ante un panel colosal lleno de títulos de películas y me invitó a escoger una. Acepté con el ya habitual gesto idiota que me caracterizaba, pues no veía cerca ningún edificio que pudiera albergar un cine. Sin preguntar de qué iba aquello, caí en la cuenta de que la penosa costumbre española de traducir los títulos de las películas me convertía en aquel momento en un analfabeto funcional frente a aquel menú cinematográfico; *Terms Of Endearment*, *The Big Chill* o *Tender Mercies* me sonaban a chino y la única que reconocí —aunque ya la había visto— fue *Poltergeist*.

—¿Seguro que la quieres ver? —preguntó Lori con una mueca que, imbécil de mí, interpreté como advertencia de las muchas pesadillas que podría causarme dicho largometraje.

—Sí, sí, ¡*Poltergeist*! —afirmé, estúpido, picado por la sombra de la duda.

Lori apretó las mandíbulas; con una seriedad que no había visto en ella hasta entonces —y que más tarde comprendería— dirigió el coche hacia una entrada para vehículos situada a la derecha. Desde ahí divisé la enorme pantalla y comprendí que nos encontrábamos en un autocine. ¡Un autocine! Demasiadas emociones en un solo día. Unos postes con cables dispuestos en cada plaza de aparcamiento permitían escuchar el sonido de la película a través de los bafles del coche; con el sonido regulado y la pantalla nítida en el horizonte del parabrisas me dispuse a destripar, una vez más pero en un formato fabulosamente nuevo, las desventuras de una moderna familia asentada sobre un cementerio indio.

Por eso al cabo de un rato no lograba entender qué coño hacía Lou Ferrigno vestido de romano en aquella enorme pantalla.

A la media de hora de péplum de saldo empecé a ponerme nervioso. La tortura seguía su desarrollo, es decir, no era un tráiler, no era una broma, era una película en toda regla, ¡pero protagonizada por Lou Ferrigno! No entendía nada: ¿Qué quiere decir *Poltergeist* en inglés? ¿Podía esta mierda que estábamos viendo titularse *Poltergeist*? ¿Me había metido Lori, con toda intención, en una película que no fuera de miedo? El buen rollo de la excursión se había convertido ahora en abierto desprecio, en deseo de venganza, en delirio de ultraviolencia.

Sobre todo al observar —de reojo, claro— que ella se había dormido.

Los defectos especiales de la película en su traca final nos despertaron a los dos, y ambos disimulamos sin pericia el abatimiento que nos había producido. Como observé que no arrancaba ni hacía amago de ponerse a ello, pensé por un momento si se me estaría insinuando.

—Enseguida empieza *Poltergeist* —dijo con una resignada voz baja.

Por fin entendía la seriedad de su gesto, la extrañeza que le había causado mi elección, la apatía al entrar en el cine-parking. *Poltergeist* era un programa doble que alguna mente diabólica había preparado junto a *El desafío de Hércules*. Si ella no había rechistado ante mi empeño por verla, yo no podía ahora decirle que era broma, que después de Lou Ferrigno nos íbamos a casa. Teníamos dos horas por delante, así que miré al frente y me hundí en el asiento. De forma concienzuda, masticando mentalmente cada una de las sílabas, me cagué en todas y cada una de las muelas de Steven Spielberg.

Septiembre - *Sweet Dreams (Are Made Of This)*

Era sábado en casa de los Johnson, bueno, en realidad lo era en todo el estado de California, en la Unión, en el planeta y, si me apuran, en la Vía Láctea, pero para mí, sólo era sábado en aquella habitación del 1264 de Carpet Drive. En sueños, empecé a escuchar el odioso zumbido del motor de la pecera —definitivamente, algo había que hacer con aquel molesto mar en miniatura— y como el ruido crecía, desperté fijando mis ojos vidriosos en el acuario zumbón. Cuál sería mi sorpresa al comprobar, con los sentidos despejados, que el estruendo que me había espabilado superaba con creces el producido por la ingeniería mecánica subacuática y provenía de una vigorosa cortadora de césped que alguien guiaba al otro lado de la ventana. En dos veloces movimientos de precisión karateka, giré la cabeza a la derecha para ver el reloj —eran las diez y cuarto— y salté de la cama como un resorte, con el pelo y el carácter alborotado; con cuidado aparté la cortina y vi a Betty, con un pañuelo en la cabeza a lo Carmen Miranda, manejando la segadora con alegre determinación. Como si intuyera que estaba siendo observada, se paró en seco, dio media vuelta y me saludó con una sonrisa feliz que yo achaqué, dadas las circunstancias, a alguna patología psicótica.

Aquello era un serio contratiempo. Los sábados no se madrugaba. Punto. No se madrugaba ni se cortaba el césped ni se hacían grandes esfuerzos porque así estaba estipulado desde el principio de los tiempos. En España, mi familia y las familias de mis amigos se idiotizaban los sábados, y más por la mañana; si alguno tenía trabajosos afanes o prematuros amaneceres, pues se iba al monte y no molestaba. Pensé hablarlo con Betty y decirle que aquella no podía ser la tónica sabatina; que yo jamás madrugaba en España para cortar el césped, no sólo por una cuestión de principios sino porque vivía en un cuarto piso. Llegué incluso a abrir la puerta de la habitación para salir al jardín y cantarle las cuarenta con mis pies descalzos sobre la hierba —habría sido un bonito cambio respecto a la moqueta naranja—, pero afortunadamente un soplo de coherencia me detuvo a tiempo: yo estaba de paso en su casa y debía acomodarme a sus horarios. Era el césped contra el huésped; tenía las de perder. Volví a la cama; me acurruqué con los ojos abiertos y la mirada perdida durante tres cuartos de hora, ajeno al agravio que se cocía.

Cuando me cansé de las musarañas, me levanté, encendí la MTV y preparé el desayuno con el *Billie Jean* de Michael Jackson meciéndome los donuts. La traslúcida jarra marrón made in Taiwan, a la que la señora Johnson había encomendado la única misión de contener zumo de naranja, estaba vacía y con ella en la mano me encontró Betty al volver de su exterminio vegetal. Me miró durante unas décimas de segundo, suficientes para hacerme comprender lo molesta que estaba con mi actitud respecto a la segadora; no había ayudado, no había movido un dedo, no había hecho ni el amago. Me puse nervioso, y en un desastroso intento de desviar la posible bronca, agité la jarra y dije:

—No zumo de naranja...

Me arrepentí enseguida, al ver que la viuda hinchaba las aletas de la nariz y ponía los brazos en jarra made in Taiwan, así que rectifiqué a tiempo, esboqué una disculpa y con una actuación digna del mejor Marcel Marceau, expliqué que, a partir de entonces, yo y sólo yo me ocuparía del Departamento de Parques y Jardines. Se le iluminó la cara, recuperó la sonrisa base y me indicó que me enseñaría a fabricar zumo de naranja. Al

lado de la puerta de la habitación de Phil, ausente esa mañana —pronto comprobaría que ésa sí era la tónica habitual— había una salida al garaje, al que accedí por primera vez desde mi llegada; era como los que tantas veces había visto en la tele. En sus paredes colgaban un montón de herramientas y aperos de jardinería; su inequívoco aspecto de llevar mucho tiempo inactivos motivó mi más sincero arrepentimiento respecto a la promesa forestal que acababa de formular. En una de las esquinas había una nevera, o eso parecía; en realidad era un enorme congelador vertical de dos puertas donde los Johnson guardaban el grueso de su alimentación. Betty se detuvo ante el frigorífico y me explicó que en la parte de arriba había pijadas poco nutritivas pero muy ricas y abajo comida para morder y mojar. Lo dijo con otras palabras que no entendí hasta que abrió ambas puertas: abajo había burritos, tacos, pizzas y muchos donuts; arriba, varios recipientes de cinco litros de helado, pasteles de chocolate, profiteroles de nata y un ejército de latas de zumo de naranja, una de las cuales extrajo de aquella tumba glacial antes de cerrar de golpe.

A continuación, todavía impresionado por la fabulosa provisión de comida basura que aquella familia atesoraba como base alimenticia, fui instruido en el sencillo arte del zumo de naranja instantáneo, operación que debía realizar siempre que detectara la jarra marrón vacía: un litro de agua del grifo, una incisión con el abrelatas en la base del bote congelado y una apertura en toda regla de la parte superior, para que un gelatinoso tronco naranja chillón saliera como el Alien de John Hurt y se mezclara bien con el líquido. Ya está, la boda de Caná en versión cítrica. También me explicó que hoy vendría la señora Miller de visita y que entre los tres podíamos descongelar y limpiar el frigorífico del garaje. Asentí con una profunda pereza interior, imperceptible a los ojos de Betty, mientras el *Do You Really Want To Hurt Me?* de Culture Club sonaba desde la tele con meridiano oportunismo.

La Miller no tardó en llegar en un Ford Pinto, probablemente uno de los coches más feos que había visto en mi vida. Entró en casa agitando los brazos como un molino desbocado:

—¡Joe! ¡Joe! —gritó estrujándome entre sus huesudos brazos como si acabara de volver de la guerra—. ¿Todo bien?

Sin esperar respuesta se echó a reír como una hiena.

Diez minutos más tarde, en una operación de escaqueo tan admirable como deleznable, Betty me dejó a solas con la señora Miller delante del congelador; eso sí, antes de evaporarse nos había provisto de guantes y raspadores de plástico para retirar el hielo. La torpeza de la Miller, mi propia desidia y el fondo del electrodoméstico, mucho mayor de lo que aparentaba desde fuera, hicieron demasiado pesada la tarea, pero mi compañera de trabajos forzados no perdía el entusiasmo, la sonrisa y las ganas de hacer aquello a conciencia. Cuando colocamos de nuevo la montaña de colesterol envasado sobre las lirondas bandejas del frigorífico, la señora Miller retrocedió un par de pasos para observar el resultado de nuestro esfuerzo y, con la mayor de las sonrisas, pronunciando cada sílaba como si fuera de cristal, me preguntó:

—¿Tenéis congeladores en España?

¿Qué? ¿Qué había dicho?

—¿Perdón?

—Con-ge-la-do-res. ¿Los tenéis en vuestro país?

—Eeh... Sí, sí... hay congeladores en... mi país —balbuceé a duras penas—; y en mi ciudad también —añadí sin saber por qué mientras ella arqueaba las cejas y asentía complacida.

Su gesto de cordial asombro acabó por desarmarme; ¿qué idea se había hecho esta gente de mí? Estarían convencidos de que en España teníamos cuatro o cinco neveras que íbamos a visitar en procesión con nuestras burras cargadas de alforjas. Con gesto Cándido, la señora Miller recogió guantes y raspadores, se dio media vuelta y entró en la casa. Yo me quedé allí parado, dándole vueltas a la boina entre las manos y con la Milana bonita en el hombro. No me faltaron ganas de orinarme los sabañones.

La tarde y la noche del sábado las dediqué a meterme entre pecho y espalda siete horas de televisión, sólo interrumpidas por la cena a las seis y media, horario al que me estaba acostumbrando, entre otras cosas, porque no quedaba otro remedio. En nombre de una nación aburrída con dos cadenas de televisión tenía que recuperar los años de retraso frente a tantas series, programas y concursos. Mientras me habilitaba en el noble deporte del zapping imperioso caí en la cuenta de que la absurda pregunta de la señora Miller sobre congeladores no iba tan descaminada en asuntos televisivos. Yo venía de un país donde los programas eran *Más vale prevenir, 300 millones o Gente joven*, y las teleseries *Verano azul, Los gozos y las sombras o Cañas y barro*. Había que ver eso o nada, porque nada más había. Pero ahora me había metido en la boca del lobo, en la patria de *Colombo, Kojak, McCloud, Los ángeles de Charlie o Starsky & Hutch*, y estaba encantado; si hasta hoy los había disfrutado en cuentagotas semanal, ahora podría empacharme a diario si quería. Los Johnson tenían tele por cable, lo que significaba treinta y cinco canales, ochocientos cuarenta horas de programación diaria y unas ochenta series distintas cada día, además de fabulosos freakeríos como la MTV, los canales religiosos o una cadena exclusivamente dedicada a la teletienda. Varios de esos canales eran de televisión pública, emisoras regionales dedicadas a la reposición sindicada de series nuevas y antiguas; por ejemplo, los sábados a las nueve de la noche podía ver un nuevo capítulo de *Vacaciones en el mar* en la ABC y a las dos horas ver uno de hacía tres años en la KNTV. ¡Ole!

Antes de retirarse a su dormitorio —cosa que, para mi alegría, solía suceder a eso de las nueve— Betty puso sobre la mesa otro espinoso asunto.

—Joe —la gravedad del tono me hizo presagiar lo peor—, los domingos que quieras oír misa, no tienes más que decírmelo. Conozco una iglesia católica muy cerca de la mía.

Rebusqué en la profundidad de mi educación religiosa para recuperar el más beatífico gesto del amplio repertorio que manejaban los curas del colegio, de la parroquia, de toda España.

—Gracias, Betty. Te lo agradezco de verdad.

Si bien tenía alguna vaga intención de ayudar en las tareas de jardinero, desde aquel momento supe que jamás pisaría aquella iglesia a la que me invitaba la señora Johnson; su error había sido proponerme la vocación en vez de ordenarla, que era lo que hacían los sacerdotes que yo había conocido hasta entonces. La viuda cumplía así con su conciencia y con la cruz, nunca mejor dicho, que mi madre había marcado en la opción «Católico» contenida en el epígrafe «Religión» de mi formulario, donde, por cierto, no aparecía la posibilidad de declararse «Metodista».

Fue el despertador, no la pecera, el que me espabiló de forma brusca a las siete y media de la mañana; definitivamente, madrugar era devastador a ambos lados del Atlántico. Esa idea me llevó a calcular qué hora era en mi ciudad, en mi familia, en mis amigos: las cuatro y media de la tarde. El dato no me sirvió de gran cosa porque enseguida ocupé mi cabeza con el motivo que me levantaba a una hora tan intempestiva: dentro de hora y media tendría mi primer contacto con el instituto, la clase, los libros, la de dios.

Pero antes, debía conocer a la señora Sternberg.

La agencia que me había buscado familia en Estados Unidos disponía de una red de tutores —recibían esa rimbombante denominación— que se ocupaban de los estudiantes que caían en su ciudad, aunque nunca tuve claro qué grado de «ocupación» tenía la señora Sternberg hacia mí. Sólo la vi tres veces en todo el año, y la primera tenía que ser esa misma mañana de lunes; me acompañaría al instituto en mi primera toma de contacto aunque las clases no empezaban hasta el día siguiente.

Mi tutora llegó en un largo Cadillac verde oliva que subió precipitadamente la rampa del garaje de los Johnson y frenó en seco a escasos centímetros de la puerta; la suspensión balanceó el automóvil de arriba abajo y, por extensión, la cabeza de la conductora. Cuando se bajó del vehículo constaté que la señora Miller ya no era la mujer más anciana de Estados Unidos que conocía. La señora Sternberg vestía de forma tan aparatosa como su conducción; un traje de chaqueta confeccionado con gruesa tela naranja, rematado con sombrerito de finales de los cincuenta y zapatos blancos de tacón. Comprendí que iba a vivir la peor pesadilla de cualquier adolescente; no sólo empezaba en un nuevo instituto repleto de estudiantes que hablaban swahili, sino que el primer día llegaría de la mano de una anciana estafalaria que no sabía aparcar.

Contra todo pronóstico, Judy Sternberg me cayó bien desde que me acomodé en el asiento delantero de su nave espacial. Y no sólo por las casetes de Beach Boys, Grateful Dead y Love que adornaban el salpicadero —eran de su hija, según me explicó—, sino por ese carisma que desprenden las personas que han vivido mucho. Judy —me rogó que omitiera el trato formal— estaba de vuelta y lo demostraba con pocas palabras, mucha complacencia y una pizca de curiosidad. Sin más base que mi intuición deduje que habría tenido una vida muy interesante y lamenté que no fuera tan sincera conmigo como lo había sido Lori.

Catworth High School. Ése era el nombre del instituto que me habían asignado en el formulario de la agencia y ése era el nombre que, en grandes letras rojas, aparecía en el muro del edificio que se divisaba al final de Rushmore Avenue. La construcción era de una sola planta en forma de H; los largos pasillos con las taquillas estaban al aire libre y las oficinas, junto a la biblioteca, en el tramo central que unía las dos filas de aulas, en total 48. El campus se completaba, en la parte trasera, con una enorme explanada de césped y cemento coronada por el edificio que albergaba la cafetería y el comedor. Más allá, había unas instalaciones deportivas que superaban por sí solas las de la mayoría de pueblos españoles que yo conocía; un polideportivo, dos canchas de baloncesto al aire libre, un gimnasio, dos campos de fútbol, uno de béisbol, piscina reglamentaria, cuatro canchas de tenis y pista de atletismo. Tuve un acceso de pánico al pensar que aquello era más bien un Centro de Alto Rendimiento y que me obligarían a probar y sudar cada una de aquellas instalaciones.

A la derecha del recinto había un aparcamiento como para tres Prycas. Mientras me preguntaba qué sentido tenía un parking tan desproporcionado, Judy me condujo sin vacilar —se notaba que había hecho aquella operación muchas veces— al despacho de Warren Crosby, flamante director del centro.

—¡Judy! —exclamó el funcionario con patente alegría.

—¿Qué tal, querido? —respondió mi tutora con una carismática ausencia de emoción.

Mientras se preguntaban por sus vidas —me pareció entender que llevaban un año sin verse— me imaginé un antiguo romance entre ambos; en la habitación de un mugriento motel de carretera, Warren, en calzoncillos, le suplica a Judy que abandone a su marido y se vaya con él a Tijuana. Cuando el director del Catworth se dirigió a mí, yo ya lo había visionado de rodillas y en ropa interior, así que poco podía impresionarme.

—Jovencito, vamos a hacer que te sientas como en casa.

Jamás me había sentido como en casa en un instituto, así que desconfié de aquel individuo próximo a la jubilación, dato que deduje de las canas y las arrugas que poblaban, respectivamente, su escasa cabellera y su ajado rostro.

Mi siguiente paso en la integración académica fue conocer al señor Powers, cuyo nombre de pila nunca llegaría a saber; incluso hoy en día dudo que lo tuviera. Por lo que entendí era jefe de estudios, cargo que no negaba su aspecto: alto, cuadrado, bigote ancho y recortado, camisa blanca de manga corta con bolígrafo, rotulador y portaminas asomando en el bolsillo del pecho, estrecha corbata negra y forzada sonrisa permanente. Me dio la bienvenida a Estados Unidos en su pequeño y austero despacho, como si yo fuera el último europeo vivo en la Tierra y mi jet privado acabara de aterrizar en aquel campus. La solemnidad del discurso en su reducido cuarto casi movía a la compasión. Cuando agotó los adjetivos —y a mí mismo— afirmó que el centro educativo me proporcionaría los libros de texto, con la condición de pagarlos en caso de desperfecto grave o extravío; de un plumazo me libraba de las engorrosas peregrinaciones por las librerías españolas, como cuando buscaba *El mundo de la música* de Segundo de BUP o el *Introduce Me!* de Tercero. Finalmente, extrajo unos folios del cajón superior de su mesa y los colocó frente a mí.

—Bien, ahora tienes que decirme qué asignaturas quieres estudiar.

Los de ForUSA me lo habían explicado en unas jornadas informativas celebradas en Madrid antes de volar a Nueva York, pero hasta ese momento no lo había asimilado; las asignaturas que había estudiado en mis tres primeros años de instituto español me concedían suficientes «créditos» como para escoger ahora lo que me diera la gana. Era como lo de Amsterdam; sabes que se puede comprar hierba y hachís en los coffee shops porque la gente te lo cuenta, pero hasta que no llegas allí y le dices a la camarera «me vas a poner 25 florines de Super Skunk, reina», no lo tienes muy claro. Pues así me sentía yo en aquel trance; después de un BUP lleno de engorrosas asignaturas que poco o nada aportaban a mi disipada vida, el señor Powers, todo sonrisas, me alcanzaba seis folios con un listado de materias de todo tipo para que yo diseñara un COU apañadito.

—¿Qué es Repostería? —pregunté pensando que se había confundido de lista.

—Ahá —al señor Powers le encantaban las preguntas cuya respuesta conocía—, se trata de aprender a cocinar los mejores postres —remató con las manos entrelazadas

sobre la mesa. Nada más acabar la frase volvió a su estado sonriente; por lo visto, la explicación le parecía suficiente.

—¿Postres...? ¿En clase?

—Tenemos un aula con varios hornos. Te encantará.

El jefe de estudios veía en mi interés cierta vocación culinaria, pero yo no quería hacer postres; la posibilidad de que una de mis asignaturas de COU consistiera en aprender y practicar hasta la perfección el arte de la tarta de manzana me llenó de un gozo sobrenatural, sólo comprensible para un españolito abrumado, sin ir más lejos, por el latín y el griego del curso anterior. De todas formas, no quería dejarme llevar por el ímpetu de una elección poco meditada; aquel COU tenía que ser, con diferencia, el más fácil, llevadero y cómodo de toda la historia de los COU californianos. Me lo merecía.

Antes de cerrar la lista, Powers me indicó que, para cubrir expediente, tenía como asignaturas obligatorias Inglés e Historia Americana; agradecí la primera por pura supervivencia y la segunda con el alivio de estudiar un país que apenas contaba quinientos años. Además, debía ocupar un semestre con algo llamado «Gobierno de Estados Unidos», materia cuyo título me dejó absolutamente indiferente. A partir de ahí, lo que quisiera, y lo que quise fue Dibujo Artístico (tras comprobar que sólo se trataba de dibujar y que no había penosos exámenes sobre Historia del Arte) y Psicología (pues tenía una vaga e indeterminada intención de estudiar esa carrera). También elegí «Estudio», que no era otra cosa que estar una hora al día en la biblioteca del instituto. Tuve que preguntarlo varias veces para asegurarme de que no se trataba de una opción trampa, pero Powers me lo dejó muy claro; sí, podía dibujar, leer o escribir, sólo tenía que estar allí para que me contara como una asignatura más. ¿Quién podía resistirse? Finalmente, rematé el meticuloso diseño de mi COU de gominola con una ocupación más cercana a «pasarle bien» que a las fatigas propias de una asignatura académica: «Conducción». Más alucinante aún que el aula con hornos, existía una clase convertida en gigantesco simulador de tráfico gracias a unos volantes en los pupitres y una enorme pantalla encima de la pizarra. Y además, al final del curso, te sacabas el carnet de conducir por la cara. Firmé el listado y estreché la mano del jefe de estudios; me sentía como McEnroe recogiendo uno de esos gigantescos cheques de cartón pluma. Lo importante era bailar, eso no me lo quitaría nadie.

Judy me acompañó al siguiente rito iniciático. La señora Jimenez —secretaria de Crosby— me entregó un papelito azul con la combinación de la taquilla que me había sido confiada. La mosquitera, la bendición de la cena, el Golden Gate, el autocine y, ahora, la taquilla del instituto; el decorado de mi película americana avanzaba a pasos agigantados. Mi armario era el 405 y la clave 44-18-0; la señora Sternberg me ayudó a localizarlo, casi en un extremo del edificio, y me enseñó a abrirlo. Habría preferido haberlo hecho yo solo porque el tío que estaba en la taquilla 404, me miraba con la amable cordialidad con la que se mira a un retrasado. Judy, al quite, aprovechó la ocasión para buscarme un amiguito.

—Hola, me llamo Judy Sternberg y soy tutora de la agencia ForUSA —declamó veloz mientras tendía la mano a aquel armario ropero de dos puertas con una camiseta de rugby—; éste es Joe, un español que estudiará este curso en Catworth.

El armario me dio la mano, quiero decir, abrió su grúa prensil para que yo depositara mi manita dentro como el frágil saltamontes que, confiado e inocente, salta al interior de una planta carnívora. Cuando mi nuevo amigo cerró el puño, juraría que las yemas

de sus dedos llegaron a tocar su propia palma mientras mi extremidad se deformaba y crujía allí dentro como una chocolatina Crunch aplastada en medio de la carretera por un trailer cargado con grandes vigas de hormigón.

—Me llamo Greg Reynolds. Bienvenido a California. Si necesitas algo, sólo tienes que decírmelo.

Le devolví un gesto de agradecimiento, no sólo por tanta amabilidad sino porque al acabar la frase me había soltado la mano. Los dedos me latían como plátanos hinchados. A la derecha sólo quedaba la taquilla 406, la última del pasillo; si esa persona me saludaba con el mismo ímpetu, ya podía olvidarme de sacar partido al *Playboy* de Phil.

Según Judy, nos quedaba por conocer al orientador de actividades extra académicas. El señor Takaki tenía un aspecto tan oriental como su apellido y una amabilidad acorde con el estereotipo nipón. Prácticamente se empeñó en explicarme qué era el fútbol americano, el fútbol europeo, el voleibol, el baloncesto, la lucha libre o la natación; en qué consistía la actividad de los clubes de matemáticas, ajedrez, fotografía o ciencia; qué tipo de música tocaba la banda del instituto o las obras que solía representar el grupo de teatro. Opté por el fútbol europeo porque no era un deporte muy popular en Estados Unidos; pensé que la experiencia acumulada durante tantos años de típico colegio español futbolero —en mi caso con un resultado más que mediocre—, me convertía en un delantero tuerto en el país de los defensas ciegos. El orientador me informó de que el 5 de octubre, a las cinco de la tarde, el entrenador Danson realizaría las pruebas de selección entre los alumnos que quisieran formar parte del equipo. «Tan ricamente», pensé para mí.

De vuelta a casa, estaba tan contento que me puse a cortar el césped por mi cuenta y riesgo. Betty salió de su habitación y con gesto tenso me indicó que todavía no hacía falta, que habría que esperar un poco y que mejor fuera poniendo la mesa, que a las seis y media cenábamos.

Seguro que pensó que era una pena que de todos los adolescentes europeos posibles le hubiera tocado uno tonto.

Pocas veces en mi vida he sentido más mariposas en el estómago que aquel martes, 6 de septiembre de 1983: mi primer día de clase en California. Antes de que sonara el despertador ya estaba con los ojos abiertos como platos, esquizoide gracias al zumbido de la pecera y cardiaco pensando en lo que me esperaba en el Catworth High School.

Para empezar, cole nuevo. En mi agitada vida académica ya había pasado hasta cuatro veces por esa desagradable experiencia, pero aquel día confluían varios elementos abiertamente inestables. Además, asistiría por primera vez a una clase mixta, una novedad tan turbadora como apetecible como inquietante como desconocida como vete tú a saber con diecisiete años. Y todo ello con mi inglés primitivo, una combinación primate de pronunciación sioux y vocabulario reducido. Menudo panorama.

El primer día de clase marcó con exactitud la rutina matinal de los Johnson para el resto del año:

Había que levantarse a las siete y media.

No hacer la cama antes de salir de la habitación se consideraba sacrilegio.

A las ocho desayunábamos lo que Betty hubiera dispuesto. A esa hora el mando a distancia de la tele era suyo; entre noticias y magazines matinales, siempre nos colaba unos minutos de Popeye que emitía una de las cadenas públicas.

Phil y yo poníamos y recogíamos la mesa y dejábamos listo el lavavajillas.

Nuestro medio de transporte para ir al instituto sería el Buick del 76 conducido por Phil —al que, por cierto, apenas si había visto en los días anteriores—, aunque en ocasiones señaladas, en las que su madre necesitaba el coche grande, utilizaríamos el pequeño Ford Maverick. En caso de que Phil no pudiera acompañarme, yo podía elegir entre un paseo de veinte minutos o utilizar una aparatosa bicicleta verde de paseo; nada más verla supe con certeza que recorrería el camino de rodillas antes que pedalear aquel armatoste.

Mi primera clase sería Dibujo Artístico con la señorita Scalone, una auténtica hippy de lacia melena morena y hablar pausado. No me costó imaginarla en el Verano del Amor de San Francisco con flores en el pelo y un símbolo de la paz pintado en la frente, aunque unos meses más tarde me enteré de que había pasado toda su vida en Cedar City, un pequeño pueblo del estado de Missouri; era tan novata como yo en Catworth, en San José, en California, en la Costa Oeste. Quizá ese instinto animal de supervivencia que permite a los humanos reconocer las carencias compartidas le llevó a alabar de forma desmesurada mi primer dibujo del año, una reproducción de una enorme bota de goma que había colocado en el centro del aula para que cada alumno la dibujase desde su posición. Si su intención era elevar mi autoestima, lo había conseguido.

Al contrario de lo que sucedía en los colegios e institutos que había conocido en España, aquí cada profesor tenía su aula y eran los alumnos los que iban cambiando de clase; de esta forma, no sólo tenías distintos compañeros en cada asignatura sino que esos cinco minutos de cambio te oxigenaban divinamente. Claro que también pensé que el agobio que producía permanecer todo el día en la misma aula lo sufrían de esta manera los profesores, que podrían descargar su frustración sobre los alumnos más torpes, especialmente los que hablaban un pésimo inglés con acento español y venían un año a tocárselos. Las paranoias es lo que tienen, que se disparan solas.

Con la clase de Historia Americana tampoco tuve mayores problemas. El señor Campbell estaba allí porque en algún sitio había que estar para ganarse un sueldo; su desidia transmitía una saludable indiferencia por lo poco que pudiéramos aprender, así que en su discurso de bienvenida vino a decir que si no le dábamos muchos problemas, él tampoco nos iba a molestar demasiado.

En Psicología empezaron las dificultades. La edad media de la clase era superior a las dos primeras a las que había asistido, porque ésa era otra; con tal de cumplir los créditos establecidos para todo el ciclo, daba igual en qué curso escogieras cada asignatura, así que estudiantes de las cuatro edades posibles convivían en casi todas las aulas. La señora Elliot se tomaba su trabajo muy en serio y a duras penas pude seguir su presentación, de la que capté algo sobre un trabajo semanal por barba. Tranquilidad, que no cunda, que no cunda.

Con la hora de estudio en la biblioteca recuperé de nuevo la confianza en el sistema educativo estadounidense. Tres eran tres las encargadas del no muy nutrido archivo bibliófilo de Catworth; las señoras Baxter, Bettencourt y Brunner compartían algo más que la inicial de sus apellidos. Las tres respondían al estereotipo de americana de clase

media: enormes gafas graduadas, cardado poco cuidado, pantalones de tergal en colores pastel y camisas estampadas. Observé que mis nueve compañeros de estudio no parecían lo más granado del instituto; uno de ellos, con una gorra de béisbol calada hasta las cejas, se sentó ante una mesa vacía —ni un libro abierto para disimular— con las manos en los bolsillos de su cazadora y así se mantuvo durante la hora entera. Tuve un momento de vacilación sobre la conveniencia de perder una hora diaria en aquella biblioteca en vez de aprovechar una asignatura, pero se me pasó enseguida: aquél era mi sitio. Cuando, por hacer algo, me levanté de la mesa y le pedí a la señora Baxter un libro con ilustraciones de Dalí, se le iluminó el rostro y en ese mismo instante me acogió bajo su ala protectora; no era normal que uno de los desahuciados de la Hora de Estudio hiciera algo relacionado con los libros, así que cada poco, la madura bibliotecaria de pechos puntiagudos —ésa fue la razón de que me dirigiera a ella y no a la ceñuda Bettencourt o la distraída Brunner— me traía de la Biblioteca Municipal de San José libros de Hopper, Van Gogh, Andy Warhol o Caravaggio, una historia del arte muy suya la que me estaba montando, y yo, que no hace falta mujer, y ella, cómo que no y siéntate aquí para ver el libro, y yo, que bueno, por qué no, y ella venga, venga, y yo que me dejo, me dejo, me dejo.

Para comer existían cuatro posibilidades bien diferenciadas: un menú del día en el comedor del instituto, cualquiera de las posibles combinaciones de comida basura que se ofertaban en la cafetería (burritos, perritos calientes, hamburguesas o pizzas), llevarte la comida de casa y engrosar las filas del numeroso batallón tartera o acudir a McDonald's, Taco Bell u otras franquicias que se encontraban a diez minutos de distancia.

Un vistazo a cada uno de estos comederos ofrecía, por alguna extraña razón, cierta selección étnica; los asiáticos acudían en masa al comedor, los blancos se entregaban a la comida basura, los hispanos traían su almuerzo de casa y un reducido grupito de pijos —formado por asiáticos, blancos e hispanos— se gastaban todos los días una pasta en las franquicias. Mi elección, sólo basada en criterios económicos —mejor no hablar de los gastronómicos—, solía decantarse hacia el menú diario, sobre todo, cuando el primer día que acudí a ese gueto —la gente cool no entraba allí ni a tiros— asistí a un amago de auténtica pelea de karate entre dos comensales con aspecto y maneras de Bruce Lees cabreados.

A las dos en punto me estrené con el señor Nealon en su clase de inglés; se trataba de un señor pelirrojo de mediana edad, delgado y ágil, circunstancias ambas que corroboró en clase levantando la camisa para que admiráramos su blanco costillar mientras saltaba durante diez segundos con las piernas juntas y los brazos pegados al cuerpo. Tras aquella extraña danza, con la que intentaba explicar algo que no alcancé a entender, recompuso la camisa negra, ajustó el nudo de la corbata blanca y prosiguió hablando como el gentleman que aparentaba ser. Estaba claro que no me aburriría en esa clase.

La debacle me esperaba al final del día.

La clase de Conducir parecía de juguete; cada mesa tenía un volante y una palanca de cambios con las posiciones parado, arranque, atrás y punto muerto. El señor Smith, sin presentaciones ni discursitos, nos invitó a sentarnos y realizar nuestro primer «viaje». La pantalla sobre la pizarra ofrecía nítidas imágenes grabadas desde dentro de

un coche y por un momento tuve la sensación de que realmente iba a aprender a conducir.

Hasta que Smith abrió la boca.

Al principio no lo había notado, pero aquel ser desdentado farfullaba y escupía al mismo tiempo, era como una pesadilla con camisa hawaiana que lanzaba improperios a diestro y siniestro, pues su entonación y su forma de gesticular remitían a una bronca hitleriana. Más tarde averiguaría que no estaba enfadado, que aquélla era su forma de expresión, pero, de momento, me esforzaba por entender algo, un atisbo de luz, una frase, una palabra siquiera, y no había manera. Todo fue a peor cuando empezó a lanzar preguntas a diestro y siniestro; una chica sentada en los primeros volantes de la clase respondió algo sobre cruzar con un semáforo en ámbar y otra creo que dijo «siempre se puede torcer a la derecha», pero la tercera pregunta, cómo no, me cayó encima con todo el peso de las flores estampadas, con los misiles de saliva todavía en el aire, con el tiempo congelado en aquel silencio atroz, con la mirada fría de ojos disecados que me servía el señor Smith, con los pies encogidos como si fueran las patas de un periquito agarrándose a la barra de aquella jaula con volantes en los pupitres.

—Perdón... —supliqué con cara de idiotez supina.

El señor Smith me miró sorprendido —¡por fin un gesto humanoide!—, como si no comprendiera el motivo de mi silencio, y rugió:

—¡Guarf vain des mor ant diéresis!

Estaba claro que él no entendía mi silencio ni yo su idioma, porque juraría haber oído, en perfecto castellano, la última palabra.

—Es que soy español... —musité para dar pena.

El profesor de Conducir no me dejó acabar, simplemente saltó a otro alumno y me dejó tirado, en la cuneta, sin rueda de repuesto, sin gasolina, sin ninguna de las metáforas automovilísticas que pueda pensar.

Llegué a casa andando —Phil tenía reunión en el Club de Ciencia—, exhausto después de tantas emociones. Una nota de Betty me informaba de su ausencia en la cena de esa noche y de la existencia de queso, fiambre de pavo, mayonesa y pan de molde en la nevera: operación sándwich. Sentado frente al televisor, resumí mi primer día de instituto; lo bueno era que los cuatro únicos alumnos con los que llegué a hablar algo habían sido cordiales. La mala noticia era que los mil doscientos restantes ni habían reparado en los nueve mil kilómetros que yo había recorrido para sentarme con ellos, hablar su idioma, comer sus burritos y dejarme querer durante un año. Otra noticia que no supe cómo digerir era la escasez de compañeras arrebatadoras, mujeres turbadoras, lobs seductoras. La adolescente media americana, si Catworth servía de muestreo, resultaba tan anodina como la española, pero mucho más mimética gracias a esas melenas en capas que seguían en pie desde los tiempos de *Los ángeles de Charlie*. Por un lado venía a contradecir el casting de secundarias en las películas que yo había visto hasta entonces —y que imaginaba fiel reflejo de la vida cotidiana—, por otro, calmaba el presunto nerviosismo con el que acudiría a clase. Mientras preparaba la cena, realicé un esquema mental de mi situación erótico-académica: en Dibujo estaba prácticamente rodeado de mujeres, al igual que en Psicología —donde había localizado a dos bambinas que encuadré ese mismo día en la categoría de Inalcanzables Objetos de Deseo. En Historia apenas si tenía tres o cuatro compañeras,

cuyo rostro fui incapaz de recordar, al igual que en Inglés, donde los asiáticos eran mayoría. En la biblioteca no había más mujeres que las encargadas, mientras que los nervios pasados en Conducir me impedían recordar si mis compañeros eran varones, hembras, vegetales o minerales.

Mientras veía la tele, me puse a ojear el *San Francisco Chronicle*, diario oficial de los Johnson; en una de sus páginas centrales, un enorme anuncio a cuatro columnas hizo que se me atragantara el donut relleno de mermelada de frambuesa.

Bill Graham
presenta

POLICE
Synchronicity Tour

con la participación de:

The Fixx
Oingo Boingo
Madness
Thompson Twins

Oakland Stadium
Sábado. 10 de septiembre
Apertura de puertas: 2.00 pm

Police en directo. ¡Y Madness! En el mismo concierto. Mis resortes neuronales comenzaron a trabajar como la sala de máquinas de un petrolero. Agarré el atlas de carreteras Rand McNally que ocupaba un lugar preferente en la exigua biblioteca de la casa y comprobé que mi destino estaba frente a San Francisco, al otro lado de la bahía. Cuando descubrí que la autopista 17 unía San José con Oakland lancé un «¡Bien!» impulsivo, como si esa verificación resolviera la cadena de obstáculos que se me presentaban desde ese mismo instante. Empecé a respirar pesadamente y un calambre eléctrico me recorrió el espinazo. Tenía que ir a ese concierto. Todo encajaba; mi decisión de ir a la mili, la reacción de mis padres enviándome a Estados Unidos, el hecho de haber caído al norte de San José, a una hora del Oakland Stadium, los cuatro días que tenía por delante para conseguir transporte de ida y vuelta... A ver cómo se lo contaba a Betty.

Me quedé unos minutos en blanco, como siempre ocurre nada más tomar una gran decisión. En la MTV aparecía de nuevo *The Safety Dance* de Men Without Hats. Debía de haber visto ese vídeo unas doscientas cincuenta veces. Y sólo llevaba ocho días en California.

Al día siguiente me divertí en la clase de Dibujo —la señorita Scalone me prestaba especial atención—, me aburrí en la de Historia —Campbell nos repartió unos folios sobre los indios americanos— y me senté en Psicología con la mosca detrás de la oreja. Cuando apenas nos habíamos acomodado en las mesas, todos mis compañeros depositaron sus libros y libretas en la bandeja situada a tal efecto bajo la silla. Todos

menos yo, claro. Pronto me temí lo peor; con gesto cansino y resignado imité su gesto como el suicida que dobla la chaqueta antes de saltar por la ventana. Y entonces la señora Elliot comenzó a repartir los exámenes.

Los exámenes.

Seguramente había anunciado ese test al final de la clase del día anterior, justo cuando yo pensaba en lo bonito que se veía el campus con la puerta de la clase abierta como estaba y qué sería aquel edificio que se veía a lo lejos y tal. Cuando la Elliot me entregó el folio amarillo, le dediqué una mirada de cordero agonizante, de hámster hambriento, de niño desnutrido, la misma mirada que le había visto a mi hermana cuando quería pedirle mil pesetas a mi padre, pero la profesora, no sólo no me tendió un billete, sino que ignoró la súplica silenciosa, obvió el ruego que gritaban mis labios apretados y siguió repartiendo el maldito examen. Afortunadamente, la prueba era tipo test, con lo cual tenía un veinticinco por ciento de posibilidades de acertar todas las respuestas, incluso contestando a boleo, como iba a hacer. Para rematar la fractura de mis esquemas, cuando intenté echar un vistazo al folio de mi compañero —un puro acto reflejo de tantos años de picaresca escolar—, éste hizo un evidente y ruidoso gesto de molestia, tapando sus respuestas con la mano izquierda mientras resoplaba, meneaba la cabeza y me recriminaba de reojo. Me quedé lívido; los bufidos de aquel gañán alertaron a la fuerza represora y la señora Elliot me lanzó un gesto reprobatorio. Con los nervios, apreté tanto mi lápiz Faber-Castell que los dedos se me tornaron blanco marfil; una vez recuperado, le devolví a mi compañero una mirada asesina que él encajó como el que oye llover y, además, se la suda que llueva. No era el único; según terminaban el examen, todos los alumnos volteaban el folio sobre su cara anterior para que nadie, ni ellos mismos, pudieran ver algo de lo que habían escrito. Como única salida digna para que no se perdiera la memoria de miles de escolares españoles que llegábamos a fin de evaluación copiando como ratas, terminé de contestar las preguntas y con descaro, como lanzando un desafío, lo dejé boca arriba. Era mi grito de rabia y furia a favor de las chuletas de papel, en los brazos o en las mangas de la camisa, de los papiros enrollados y de los Bies tallados en bajorrelieve.

Y, allí, en aquella altiva clase de empollones californianos, puedo decir, con la cabeza bien alta, que ni dios se enteró de mi gesto.

La taquilla 405 quedaba demasiado lejos de mis últimas clases, así que tenía que apurarme porque mi Hora de Relax estaba a punto de comenzar en la biblioteca. Como si llevara toda la vida abriendo armarios de institutos californianos, metí la cabeza dentro —fiel a mi devoción, el pequeño espacio ya se había convertido en una leonera— y busqué mis aperos de dibujo, materia en la que había decidido profundizar fuera del horario matinal de la señorita Scalone con un cómic en el que Peter Parker, años después de la famosa picadura radiactiva, comenzaba una mutación en araña gigantesca y acababa convertido en una deforme masa de músculos sanguinolentos con cuatro pares de patas, piel humana, ocho ojos, glándulas en la mandíbula...

—¡Hola! —gritó una voz femenina a mi derecha.

Saqué la cabeza de mi compartimento, cerré la puerta y me encontré un rostro angelical, una sonrisa celestial, una melena divina y un cutis inmaculado, todo ello en una sola persona. Me encontraba, lo que se dice, en la gloria.

—Me llamo Tina Barlow. Somos compañeros de taquilla.

Se llamaba Tina.

—Soy Pepe... Bueno, Joe. Soy un estudiante español... —repliqué con ánimo de seguir la charla.

—¿Español? ¡Pues bienvenido a California! —exclamó con una luminosa sonrisa—. Ya nos vemos —añadió antes de cerrar la puerta de su armario y echar a correr hacia un aula o hacia el cielo.

Tina, la hermosa Tina, iba a ser mi vecina de taquilla durante un año y eso añadía un inesperado aliento a la rutina escolar, aunque ella, al contrario que el solícito Greg Reynolds, no se me había ofrecido para «cualquier cosa que necesitase». Pensé en la señora Jimenez —secretaria del director— y mentalmente le agradecí su intuición, su delicadeza, su asombrosa coordinación para colocarme a Tina en la 406, la última taquilla del pasillo. Por supuesto, la ayudante de Crosby no seguía más método que el aleatorio a la hora del reparto, pero a mí me gustaba pensar que aquel encuentro no era casualidad.

Tina no se presentó en su armario ni antes de comer, ni antes de la clase de las dos, ni entre esa clase y la última del día. No importaba; teníamos diez meses por delante.

Durante la comida realicé infructuosos intentos de sacar el tema de Police con los asiáticos que almorzaban a mi lado. A las dos en punto acudí al aula de Inglés del señor Nealon, pero mi cabeza ya estaba ocupada con el señor Smith que, ineludiblemente, me iba a encontrar después. La clase de Conducir fue todavía peor que el día anterior; al igual que en Psicología, hoy tocaba examen, según me explicó Greg Reynolds, al que reconocí nada más entrar sentado en uno de los volantes. Y lo peor era que casi todos los días habría examen sobre el Código de Circulación para que nos lo aprendiésemos bien. Smith farfulló durante un cuarto de hora, repartió los tests y los recogió a los veinte minutos, cuando yo todavía intentaba averiguar el significado de las preguntas, mucho más técnicas que las del examen que había hecho por la mañana. Intenté explicárselo y reaccionó con asombrosa apatía y malhumor, al menos si las comparaba con las reacciones de sus conciudadanos hacia mi condición de extranjero ignorante del idioma.

La operación Police seguía su curso con mucho entusiasmo y pocos avances. Phil sabía de mi paranoica determinación por ir a Oakland aunque fuese andando, ya que a él, francamente, no le gustaba Police. Así me lo había dicho en nuestro trayecto matinal al instituto, hecho que provocó en mí un ataque de asmática incredulidad. Durante la cena de la noche anterior, con Phil ausente, también le había comentado a Betty mi profundo deseo de asistir al concierto; me escuchó con desmedida atención mientras yo gesticulaba y entonaba mi exposición como si Sting, Copeland y Summers fueran tres órganos vitales que me iban a trasplantar el sábado, 10 de septiembre, delante de sesenta mil personas. Según avanzaba mi discurso con pinceladas de dramática retórica —ante el respetuoso silencio de la viuda—, la actuación de los tres rubiales ya se había convertido a la hora del postre en un sueño por cumplir, una meta a punto de ser alcanzada, un objetivo en la vida. En la sobremesa callé, más que nada porque ya no se me ocurrían más hipérbolos con las que impresionar a mi tutora legal en América. En realidad esperaba que ella misma, convencida de la imperiosa necesidad de que yo me convirtiera en espectador del Synchronicity Tour, tiraría de agenda para buscar gente adecuada que me acompañara, o me llevaría ella misma, o me pagaría un taxi, faltaría más. Pero no. No hizo nada, sólo emitió un «ahá» apenas imperceptible, me sonrió como sonríe un adulto a un niño travieso, y comenzó a

recoger la mesa. No tardamos mucho porque salté como un felino para guardar platos y cubiertos en el lavavajillas, pasar la bayeta por la mesa y barrer las migas; a un hijo adoptivo tan bueno no se le podía negar un concierto de Police. Todavía estaba con la escoba en la mano y el corazón en un puño, cuando Betty dijo «buenas noches», me lanzó una cariñosa sonrisa y se fue a dormir.

Estaba claro que no había escuchado ni una sola de mis palabras durante la cena.

Menos mal que Phil acudió al rescate al día siguiente. En nuestro trayecto a Catworth me explicó que uno de sus amigos, Tim Holley, iba a ir al concierto del sábado; le comentaría esa misma mañana si había sitio para mí. Como un tocadiscos que arranca poco a poco cuando vuelve la luz después del apagón, recuperé la alegría de vivir, la fe en la humanidad y la perturbación rockera que había perdido durante la noche. Miré de reojo a mi hermano americano y lo sentí más hermano que nunca, aunque igual de americano que siempre. En mi afán por transmitirle mi agradecimiento, rebusqué en el sótano de mi cerebro un tema de conversación que demostrara la fortaleza de nuestra nueva conexión.

—¿Cómo murió tu padre?

Aunque yo mismo me asombré de lo directo que sonaba la pregunta, estaba convencido de que Phil entendería mi sincero interés por los avatares de su vida, pero no fue así: al instante percibí que la pregunta le causaba una evidente incomodidad.

—¿Qué... qué quieres decir? —balbuceó como si quisiera ganar tiempo.

Nada. No quiero decir nada. Sólo soy un bocazas al que le gustaría rebobinar su verborrea para cambiar de tema.

—Sólo era curiosidad... —respondí con torpeza, totalmente arrepentido.

—Bueno, se nos fue y punto, ¿sabes? No hay mucho más que decir... —zanjó con la vista fija en la carretera.

Sí había mucho más que decir, pero no quise hurgar en cualquiera que fuera el problema que Phil tuviera con la muerte de su padre; el concierto de Police estaba en juego.

Afronté el día con un optimismo desbordante; saludaba a todo el mundo aunque no los hubiera visto en toda mi vida (es decir, en los once días que llevaba allí). En la biblioteca pedí permiso a la señora Baxter para visitar a Powers durante mi Hora de Estudio. El jefe de estudios no puso ninguna pega a mi intención de cambiar Conducir por otra asignatura más llevadera, ni siquiera pestañeó cuando señalé Mecanografía en su lista de materias.

—Saldrás de aquí escribiendo a toda máquina —bromeó—. Te encantará —añadió recuperando la seriedad con su incontestable optimismo.

El trámite de buscar, escoger y rellenar un par de formularios me había entretenido más de media hora en el despacho de Powers, por lo que decidí iniciar mi curriculum de novillos sentándome en uno de los bancos cercanos al comedor, todavía cerrado; hoy sería el primero en pagar los 2 dólares con 5 centavos que valía el rancho. El sol caía plácido sobre Catworth, sobre el campus y sobre mi cabeza, convertida en epicentro calorífico del instituto; yo mismo era el sol y todo el edificio giraba a mi alrededor como en esas atracciones de columpios atados con cadenas a un tronco central. Entre el calorcito y la imagen de toda la estructura amarrada con eslabones a mi cuello, empezó a dolerme la cabeza. Un lejano zumbido me despertó de mi pesada ensoñación. Enseguida me remitió a la pecera de los Johnson, pero en esta ocasión el

ruido aumentaba por segundos. Parecía provenir de mi izquierda y hacia allí miré sin mucho éxito porque el sol, no yo, el de verdad, me cegaba en ese punto. El zumbido, que ahora ya eran varios zumbidos superpuestos, venía acompañado de risas y gritos, así que coloqué la mano a modo de visera sobre los ojos, acostumbré la vista al nuevo enfoque, y justo entonces vislumbré la primera silla de ruedas con motor. Detrás venían seis o siete más.

Una carrera de paralíticos en sillas de ruedas motorizadas.

Más tarde, Powers me explicaría que la integración de los disminuidos era una de las prioridades del sistema educativo estadounidense; la intención era tratarlos como personas sin problemas físicos para que disfrutaran su educación en igualdad de condiciones, y por eso mismo les dejaban salir diez minutos antes, para que comieran los primeros. Me lo explicó así, sin inmutarse ante la aparente contradicción, pero ahora mismo, yo estaba solo en medio del campus de Catworth y la primera silla de ruedas, manejada por un tipo inquietante con tupé, gafas de espejo y guantes de cuero negro sin dedos, llegó a mi altura y empezó a dar vueltas al banco donde me había sentado. Los demás le siguieron como al flautista de Hamelin; pronto me vi rodeado por un deforme carrusel, una feria de la silla de ruedas de ocasión, la colección otoño-invierno de paraplejías y minusvalías. Algunos reían a carcajadas —el más exagerado era el rocker que había ganado la carrera— y otros conducían con extrema seriedad atrapados por el rictus de su enfermedad. Cuando desaparecieron dentro del comedor, sentí alivio al recuperar la soledad y vergüenza por mi reacción. Por eso cuando apareció rezagada la última de las participantes, una chica sin brazos que manejaba su silla con la boca, le dediqué una compasiva mirada de buen rollo.

Precisamente el tipo de miradas que no quieren sentir ni en pintura.

El señor Castronovo era el profesor de Mecanografía. La clase contaba con 45 máquinas de escribir alineadas en cinco filas de nueve mesas cada una; las letras habían sido borradas de las teclas para obligarnos a mirar un enorme teclado desplegado sobre el encerado mientras escribíamos los ejercicios. Desde el primer momento no pude evitar mi natural tendencia a trampear los resultados. En cada clase, Castronovo corregía sobre la marcha dos ejercicios de cada alumno, consistentes en copiar un texto que él nos daba de antemano; con esa velocidad de corrección estaba claro que no podía fijarse demasiado, así que un día opté por saltar en mitad de una línea a la mitad de la siguiente, de manera que la frase, en un vistazo rápido, no perdiera mucha coherencia. Si el profesor hubiera detectado el error, siempre podría achacarlo a un fallo disléxico, así que probé una vez, salió bien y seguí adelante. Como Castronovo nos devolvía los ejercicios, no había pruebas inculpatorias y, por si acaso sospechaba, mi aparente mejoría nunca era demasiado llamativa sino progresiva hasta que llegué, a final de curso, a saltarme dos líneas para mejorar la nota. Mi plan era perfecto. Perfecto para no avanzar en la habilidad mecanógrafa y fabuloso para hacer como que aprobaba sin aprender a escribir a máquina. En definitiva, un plan asombrosamente idiota que, años más tarde, seguiría obligándome a martillar el teclado con dos dedos.

No había localizado a Phil en todo el día, así que apresuré mi camino a casa nada más acabar mi primera lección inservible de Mecanografía. Calambres nerviosos me estremecían las entrañas, salían por los poros y me recorrían la piel mientras esperaba

que llegaran buenas noticias; Cat, el perro, me miraba por encima del hombro, si es que los perros tienen hombro. Por fin, a eso de las cinco, oí el viejo Buick sobre la rampa del garaje y salí con la ilusión del ama de casa recién casada que recibe a su hombre tras el primer día de trabajo. Mi marido no venía solo.

—Joe, éste es Tim Holley. Mañana te llevará al concierto.

Le di la mano a Tim y le habría dado un abrazo, dos besos, mil duros, lo que fuera.

Al día siguiente, puntual a las once de la mañana, la furgoneta Chevrolet azul metalizado de Tim Holley aparcó delante del 1264 de Carpet Drive. El día antes me había explicado que uno de sus amigos se había lesionado en un entrenamiento de fútbol americano y no podía ir a Oakland, por eso les venía de perlas que yo me hiciera cargo de los diecisiete dólares con cincuenta que costaba la entrada. Bendije el deporte y sus buenas consecuencias, bendije América y bendije a Tim, que tenía el pelo rizado y de color rubio California. Mi nuevo amigo —alto, cordial, cachas— no pasaba inadvertido, yo mismo había reparado en él cuando lo vi en Catworth repartiendo sonrisas a diestro y siniestro como si fuese un congresista en campaña electoral.

Tim, disculpándose, me indicó que tendría que viajar en la parte trasera; le dije que no había problema y pensé que sería capaz de hacerlo agarrado al tubo de escape con tal de llegar a Oakland. Justo antes de abrirme la puerta posterior, sacó su cartera del pantalón y extrajo la entrada del concierto con sumo cuidado, como si fuera radiactiva.

Yo recibí el ticket sobre las palmas de las manos, juntas y hacia arriba, como si el mismísimo Papa hubiera depositado en ellas la sagrada forma. Permanecí unos segundos mirando aquel pasaporte al paraíso, temeroso de causarle un diminuto doblez que lo invalidara, mientras Tim apoyaba su mano en mi hombro con una sonrisa beatífica. El cielo resplandecía, mi amigo desprendía un aura luminosa y a mí me parecía escuchar *El Mesías* de Haendel, ¿o era el *De do do do de da da da de* de Police?

En la parte trasera me encontré dos tipos sentados en el suelo enmoquetado de la furgoneta; una mampara traslúcida me impedía ver al resto de la pandilla que viajaba delante.

—¡Hola! —grité exultante antes de acomodarme a su lado.

Mis dos compañeros de viaje se llamaban Mike. Nos hicimos preguntas genéricas sobre nuestras vidas anteriores —no nos llevó mucho tiempo— y enseguida empezamos a hablar de música; uno de ellos me recomendó la emisora de radio KFJC, en el 95.7 de la FM, porque tenían unos programas de reggae que se salían, sobre todo los domingos, aunque pronto nos centramos en discutir si *Outlandous d'Amour* era mejor que *Regatta de Blanc* pues estábamos de acuerdo en que *Zenyatta Mondatta*, *Ghost In The Machine* y *Synchronicity* no optaban al primer puesto en el podium. Yo me inclinaba por el primer elepé de Police, aunque reconocía que *Message In A Bottle* era una canción tan perfecta que me hacía dudar. Al sacar el tema de la botella, uno de los Mike señaló las bolsas de papel marrón alineadas junto a la mampara; el otro Mike agarró una de ellas y la depositó en medio del círculo que formábamos. Dentro había seis botellas de Arbor Mist, una mezcla carbonatada de vino y zumo de frutas. Por puro instinto, eché un vistazo al resto de bolsas; latas de cerveza Coors, botellas de medio litro de schnapps —un aguardiente de distintos sabores—, vino blanco californiano en garrafas de cartón y dos botellas de un whisky cuya marca no había

visto en mi vida. Es decir, que allí había un arsenal de alcohol como para que la policía nos metiera en el más siniestro de sus calabozos.

Me explico.

En Estados Unidos no se puede beber hasta los veintiún años. Eso me lo habían dejado claro en España antes de volar, pero para un adolescente español más o menos sociable la idea de no poder tomarse con sus amigos unos vinos por la mañana, unas cervezas por la tarde o unos cubatas al caer el sol resultaba un poco rara, bastante improbable, demasiado marciana. La posibilidad de acabar vomitando en una esquina y la decisión de gastar unas infames horas del día siguiente en curar la resaca forman parte de la libre elección incrustada en nuestros genes tras cientos de generaciones que han convertido el alcohol en parte incuestionable de la diversión. Así que, en recuerdo de un país entregado al bebercio, propuse abrir una de aquellas bonitas botellas de vino carbonatado para brindar en un mismo trago por Falcon Crest y La Rioja. Los Mike asintieron al unísono y me indicaron que escogiera el sabor que más me apeteciera; no quise comentarles que melón, mora, arándano, fresa, melocotón o frutas exóticas no me parecían sabores propios de un vino, por muy carbonatados que ambos convivieran. Me decidí por la litrona de vino al melón, liberé su tapón de rosca y le pegué un trago largo. El sabor, efectivamente, recordaba a la fruta, no al alcohol, más a un moscatel burbujeante que a un vinorro en condiciones; mis Mike reclamaban el refresco y se lo pasé con la convicción de que ninguno de los tres sufriríamos secuelas étlicas con aquel jarabe.

Cuando Tim Holley aparcó en las inmediaciones del Oakland Stadium y abrió la puerta trasera de su furgoneta, se encontró a dos Mike y un Pepe con una borrachera de escándalo, sin duda causada por las cuatro botellas vacías de Arbor Mist que descansaban en el suelo del vehículo. Los tres pasajeros, sentados en círculo, habían entrelazado los brazos para cantar desordenadamente el *Roxanne* de Police.

—¡Tim for president! —gritó el estudiante extranjero.

—¡Tim! ¡Tim! ¡Tim! —corearon Mike & Mike.

Vertimos todo el alcohol disponible en vasos y bolsas de plástico, pues el bello Tim sabía que no nos permitirían entrar con los recipientes originales, y nos situamos en la cola de acceso como emigrantes llenos de bultos sospechosos cerca de la aduana. Fue entonces cuando una de las amigas de Tim se fijó en mi camiseta, que yo mismo había decorado con unos rotuladores muy majos prestados por la señora Baxter. Mi intención era escribir en grandes caracteres «sid no ha muerto», el famoso eslogan aplicado al fallecido bajista de los Sex Pistols, pero como mi inglés era de andar por casa, la frase final había quedado en «Sid No Es Muerte», que no era lo mismo pero también tenía una extraña validez que, además, sirvió para echarnos más risas mientras el alcohol fluía por el riego sanguíneo y ya parecía que conocía a aquellas tipas de toda la vida, y Tim sonreía con los ojos enrojecidos para que le votáramos, y si había que hacer campaña yo sería el primero en lucir una enorme chapa en la solapa: «Vota a Tim».

Alguien nos avisó de que no dejaban meter ni una gota de líquido dentro del recinto; no sólo de alcohol —que era ilegal— sino de agua, de zumo de naranja, de aceite de ricino, de lo que fuera. Las nueve personas que formábamos aquella cuadrilla nos miramos y asumimos, resignados, nuestro siguiente paso.

Había que beberse todo aquello antes de entrar.

Todavía recuerdo la risa floja con la que pasamos tres controles —registro de bolsos de mano, comprobación de entrada y cacheo personal— antes de acceder al estadio. «Sid No Es Muerte», repetía con cara de psicópata y los ojos vidriosos uno de los amigos de Tim a cada uno de los miembros de la organización que nos tropezábamos. Eran las dos menos cuarto de la tarde y teníamos tal tajada que ni nos enteramos de la actuación de los Thompson Twins. De Madness sólo recuerdo el delirio colectivo que causaron *It Must Be Love* y *Our House*. Con Oingo Boingo me dormí en el asiento y con The Fixx pasé la resaca a base de agua de grifo en los lavabos del Oakland Stadium.

A eso de las diez de la noche, con nuestra moña despejada, los tres rubios multimillonarios arrancaron el concierto con *Voices Inside My Head* que, bueno, no estaba mal, pero que yo no habría escogido si, poco antes de salir a tocar, Summers se hubiera roto la muñeca y Sting hubiera preguntado por el micro si alguien se sabía el repertorio entero de la banda, y yo, sólo yo, hubiera levantado la mano, yo, que no sé ni cómo se afina una guitarra, pero, mágicamente, en ese momento, subía al escenario aupado por los gorilas de seguridad y resulta que era el mejor guitarrista del planeta y alguien me colgaba la eléctrica y todos los músicos me miraban, incluido Andy Summers, con la mirada triste y el brazo escayolado en un lateral, y Sting me preguntaba, en voz baja, «¿qué tal si empezamos con *Voices Inside My Head?*». Y yo que negaba con la cabeza y respondía: «Qué va, hombre, empezamos con *Masoko Tanga* y flipan en colores, lo que yo te diga». Y el Sting que abre los ojos, sonrío picaro y me dice: «Vaya que sí, muy buena idea... ¿Y sabes qué? Estoy hasta los huevos de Andy; creo que vamos a necesitar otro guitarrista en la banda».

La quinta canción ya fue *Message In A Bottle* y la sexta *Walking On The Moon*. Claro que Police ya no era aquel trío vigoroso que había visto en el *Musical Express* de Ángel Casas; Police era una fabulosa máquina de hacer dólares americanos y libras esterlinas, por eso en el escenario de un gran estadio de béisbol, según la sagrada regla no escrita del rock de masas, hacen falta teclistas, guitarrista de apoyo, el inevitable puesto de percusiones —siempre me recuerdan a los vendedores ambulantes que rodean un campo de fútbol antes de un partido— y, cómo no, unas bonitas coristas. A ellas se refirió Sting como «sus hermanas», porque su padre «había sido una persona muy emprendedora», añadió en un chiste fácil. Más tarde presentó a Stewart Copeland y se la lanzó doblada: «Toca la batería. Y también es mi hermana». Pasaron *Wrapped Around Your Finger* y *Don't Stand So Close To Me*; Police redondeaba la tontería escapando en mitad de la actuación a los camerinos para tomar el té «como buenos ingleses», mientras una cámara retransmitía la jugada por las pantallas gigantes. Cuando el cantante se despojó de la camiseta creí que el griterío iba a romper las ventanas de las poblaciones cercanas. Llegaron *Every Breath You Take* y *Roxanne* y, casi al final, apareció *Can't Stand Losing* y yo ya podía morirme allí mismo, o volverme a España con una alegría en el cuerpo que no se me iba a pasar nunca, con Mike y el otro Mike abrazándome como hermanos que éramos desde ya, para siempre, más allá de mi COU en California, hasta que el rock se apagara del todo o la muerte nos separara, compadres, qué bueno haberlos conocido hoy precisamente, somos una piña, esto no hay quien lo rompa.

No los volvería a ver en mi vida.

Octubre - *Total Eclipse Of The Heart*

¿Sienten vergüenza los ornitorrincos? ¿Se pone colorado un lirón careto? ¿Les sudan las manos a los mandriles? La cualidad racional del ser humano no lo hace superior al resto de los animales; es la desvergüenza de los irracionales la que los convierte en seres poderosos y felices frente a nuestra tímida indefensión, nuestro proverbial retraimiento, nuestra inservible introversión. Mi aclimatación a unos horarios, usos y costumbres tan distintos a los que traía implantados de España —diecisiete años de manías producen quistes inextirpables— se había producido con naturalidad, y no podía ser de otra manera a pesar de la angustia vivida, una congoja que ahora recordaba con risa floja mientras preparaba otro litrazo de zumo de naranja concentrado y congelado marca Orange Fast, que había que ver cómo volaba en casa de los Johnson.

Poco a poco, sin grandes alardes, Phil me ofrecía pildoras de información sobre su vida en nuestros cortos desplazamientos matinales al instituto. La mejor manera de dejar de admirar a una persona —como bien saben los matrimonios— es conocerla a fondo; la pretendida actitud cool y pasota de mi hermano americano, esa mezcla de monje tibetano y experimentado perverso sexual que yo le había adjudicado sin más datos que su mirada oblicua, el silencio sempiterno, una permanente ausencia de casa y un impune *Playboy* a la vista de su madre, se deshacía como un castillo de arena. Tras un par de semanas de trayectos compartidos deduje que lo de la mirada se explicaba por cierta vagancia en sus párpados que tendía a mantener las persianas a medio asta y que los prolongados silencios obedecían, simplemente, a que no tenía nada que decir.

Sus ausencias del hogar materno —por semana solía llegar a las diez de la noche y los sábados ya se iba a las nueve de la mañana— obedecían a una serie de obligaciones y actividades diversas a las que Phil se apuntaba con una especie de aplastante resignación, como si no pudiera rebelarse contra lo que todo el mundo esperaba de él. Pertenecía a varios de esos clubes que los institutos americanos montan para todos aquellos estudiantes que prefieren ejercitar la mente más que el músculo; era miembro del Club de Ciencia, del de Debate y de algo así como el Comité de Catworth, una especie de consejo formado por alumnos y profesores que representaba al instituto en actos oficiales o de contacto con otros centros, es decir, que nunca supe exactamente para qué servía ese cargo que tantas horas ocupaba en la vida del hijo pequeño de Betty Johnson.

Todavía quedaba por explicar aquel *Playboy* a la vista de ancianas nativas y estudiantes extranjeros. Con un tema así no valían medias tintas. Cierta mañana, camino de Catworth, una agente de policía entrada en años y carnes nos había detenido delante de un colegio con su enorme señal de stop para que cruzaran los alumnos.

—He visto que tienes un *Playboy* en la habitación —murmuré con los ojos medio cerrados y la vista fija en el STOP, como si fuéramos dos narcos hablando de un cargamento a punto de llegar a la ciudad.

De reojo observé que Phil me ofrecía una de esas miradas neutras que ya no me impresionaban. Volvió la vista al frente y dijo:

—Habrás visto más de uno. Estoy suscrito.

Ahí perdí toda compostura de traficante colombiano y me giré súbitamente hacia él.

—¿Sus... suscri... suscrit...? —balbuceé incapaz de pronunciar la palabra.

—Sí, suscrito... —completó sin inmutarse—. Fue el regalo de Mark en mi cumpleaños —añadió como el que habla de unos calcetines con rombos.

Mark Mondale, moderador del Club de Debate que Phil me había presentado como uno de sus mejores amigos. Y tanto.

—¿Y tu madre...? —pregunté indiscreto, cotilla, ansioso.

—¿Mi madre qué? —respondió como si le hablara de un extraterrestre cuya existencia no había sido confirmada.

—Bueno..., que si tu madre..., ya sabes..., ¿no le molesta?

Phil se encogió de hombros mientras su bigotito hacía la ola sobre el labio superior. No supe si con esa mueca sugería que no le importaba lo que opinara su madre, que mi interrogatorio le incomodaba o que le picaba la nariz. De repente, como si atara cabos sobre la pesada losa católica que yo transportaba sobre mis hombros, torció el gesto con una mezcla de extrañeza y curiosidad:

—¿Qué pasaría si tu madre supiera que ojeas esas revistas?

El mero enunciado de la pregunta me erizó el vello de la nuca y escalofrió mi espinazo; podía imaginar sin esfuerzo cómo mi madre, al descubrir un *Playboy* en mi habitación, se transformaba en bestia del averno aumentando de tamaño a lo Hulk sin dejar de escupir espuma por la boca y fuego por la nariz. En un estúpido arranque de sinceridad, le hice saber a Phil que mi madre sería capaz de agredirme físicamente con algún objeto contundente en caso de pillarme con revistas picaruelas; al muy canalla le entró tal ataque de risa que casi nos comemos la furgoneta que iba delante.

El otoño en California es un quiero y no puedo. El frío y el calor se reparten el día a partes iguales; tú enfrías las mañanas y yo caliento las tardes. La escarcha añadió una nueva tarea a mi rutina diaria: en lo que supuse venganza por la incumplida promesa de encargarme de las labores de jardinería, Betty ordenó que cada mañana, antes de que Phil arrancara el coche, yo debía limpiar el hielo que se formaba sobre el parabrisas del Buick.

En la primera semana de octubre ocurrieron dos hechos significativos que acentuarían mi creciente americanismo. Por un lado soñé en inglés por primera vez; recordaba claramente una pesadilla en ese idioma, señal de mi adaptación al medio lingüístico. Por otro, sufrí una novedad, no por esperada, menos temida; al ver la viuda que el estudiante extranjero a su cargo no manifestaba inclinaciones religiosas acordes con la cruz señalada en el apartado «Religión» del formulario, decidió invitarme, de forma tan sutil como incontestable, a uno de los servicios de su parroquia; ya que no me molestaba en acudir a los actos católicos, bien estaría que me impregnara de alguna espiritualidad, aunque fuera metodista.

Betty, con vestido azul celeste y sombrero negro, parecía haber envejecido unos veinte años. Phil, por su parte, rejuvenecía con la corbata, ya que el bigotito de marras siempre le hacía mayor. Yo aparqué mis camisetas habituales para embutirme una camisola blanca que Betty rebuscó en su armario; supuse que había pertenecido al difunto señor Johnson pero como prefería no indagar, me la puse canturreando, como un señorito que se prepara para el baile, no fuera el dueño de la prenda a aparecerse reflejado en el espejo detrás de mi imagen y me diera la vuelta y allí no hubiera nadie. Total, que me arreglé el pelo y cepillé mis mocasines negros para redondear una

elegancia como de palmero flamenco metodista, algo parecido a un corista de Peret en su etapa evangélica.

Como tres alegres maracas nos embuchamos casi una hora de Buick para llegar a la iglesia comandada por el pastor o reverendo —nunca lo tuve claro— Joseph McCain, un tipo sonriente y beatífico a la manera de todos los curas del mundo, sin importar la religión que profesen; siempre he creído que todo ser humano con alzacuellos recibe un secreto cursillo intensivo de comportamiento en la bondad para hablar con la misma entonación y cadencia, igual que ocurre con las dependientas de megafonía de El Corte Inglés.

El servicio fue un plomazo en toda regla. Lento, repetitivo, obvio y facilón, McCain habló algo sobre tentaciones, deber y matrimonio; poco le pude entender porque entre la carrasposa megafonía, el calor asfixiante y la correosa tos de una anciana, por lo menos bicentenaria, que tenía detrás de mí, las palabras del reverendo me llegaban entrecortadas, como esas peticiones de ayuda por radio que hacen los aviadores en apuros.

Al finalizar el sermón, abandonamos la iglesia, una construcción con aspecto prefabricado de techos altos y colores pastel, en fila de a uno; otra escena recurrente de *La casa de la pradera* me vino a la mente cuando vi que en la puerta del templo, McCain, encantado de haberse conocido, saludaba a todos y cada uno de los feligreses. Betty nos presentó y dos religiones se dieron la mano en señal de paz, respeto y profunda indiferencia.

—Espero verte más veces por aquí —dijo con la risita dibujada.

Al llegar a casa, recordando la recomendación de uno de los Mike con los que había ido al concierto de Police, sintonicé la emisora KFJC y descubrí a un tal Spliff Skunking que pinchaba tres horas de reggae cada domingo.

A ese ritual sí me iba a apuntar con entregada devoción.

Mis progresos en el campo social eran tan lentos como desorientados. Cerca del comedor, había una zona marcada sobre las losas que adornaban parte del campus. El área, de forma rectangular y del tamaño aproximado de media cancha de baloncesto, estaba delimitada por una gruesa franja amarilla y sombreada por rayas del mismo color. El primer día que vi aquella demarcación en medio del instituto pensé que era un helipuerto, pero en realidad se trataba de una jaula... ¡para fumadores! Todo alumno que quisiera fumar en Catworth sólo podía hacerlo en aquella zona y con ambos pies pisando las rayas amarillas. No era coña; por lo visto existía un reglamento que especificaba dicha norma para evitar tentaciones de encender el pitillo antes de tiempo. Incluso estaba prohibido llevar un cigarrillo apagado en la mano fuera de esa cárcel pintada en el suelo. Yo no fumaba pero me pasaba los tiempos muertos allí metido, encantado de la vida. Reconozco que uno de los más estimulantes motivos de mi presencia en aquel reducto tenía nombre de mujer, porque, entre otras cosas, era una mujer. Nichole Fisher, que además de fumadora era una de las lobas rubias de la clase de Psicología, se había convertido en mi ángel caído favorito, digna representante de la turbadora y universal tentación que siempre han representado las chicas malas. En cualquier caso, era una atracción opuesta pero igualmente intensa a la que sentía por mi no menos angelical vecina de taquilla.

El yin, el yang, las pajas.

En aquel gueto también conocí a Rob, Steve, Troy y Kurt, amigos desde la infancia y bandarras de por vida. A los ojos de los educadores formaban la pandilla basura del instituto, el grupo salvaje al que me arrimé con no poco entusiasmo. Necesitaba hacer algo los sábados por la noche que no fuera ver *Saturday Night Live* en la tele. Sólo los dos primeros fumaban, los otros dos estaban allí por lo mismo que yo: molaba que los más remilgados te miraran mal. Desde luego, no era difícil ser un chico malo en Catworth. Rob parecía mayor que nosotros, de hecho, creo que realmente lo era —jamás llegué a saber a ciencia cierta si había repetido algún curso—; su imagen era la del rockabilly light que se puso de moda en los ochenta gracias al apabullante éxito de los Stray Cats —*Sexy & 17* era uno de los vídeos turra en aquellos días—. Le gustaba llevar alzado el cuello de la camisa y las mangas, siempre cortas, remangadas un par de vueltas. Completaba el look con unas gafas de sol sobre la cabeza, demasiado chillonas, muy poco rockabilles. Rob era el único del grupo que tenía coche propio y eso lo convertía en líder indiscutible, cargo que le permitía decir las mayores burradas que se le pasaban por la cabeza sin que nadie pareciera inmutarse.

Steve, por su parte, era la personificación humana de una serpiente; más que andar, se arrastraba sigiloso, sin esfuerzo, como levitando unos milímetros por encima del suelo, igual que la cabeza de ciertos ofidios que se desplazan a velocidades nada desdeñables. Empecé a obsesionarme con su naturaleza reptil el día que la puntiaguda bibliotecaria Baxter me mostró un libro sobre serpientes que acababa de recibir: «Tienen boca dilatable y cuerpo largo y estrecho revestido de epidermis escamosa que mudan todos los años. Algunas tienen en su mandíbula superior, además de dientes ordinarios, uno o varios provistos de un canal que da paso a un líquido venenoso».

Eso era Steve. Tal cual. Un día lo vi bostezar y creí que se tragaba Catworth con todos sus estudiantes dentro. Efectivamente, su cuerpo se podía describir como largo y estrecho. Padecía un problema de soriasis crónica que yo atribuí sin vacilar a las mudas de piel. Además, siempre tenía frío; nunca lo vi sin su cazadora forrada, las manos en los bolsillos del vaquero, la cabeza hundida entre los hombros y la lengua —a estas alturas la imaginaba bifida— asomando entre sus colmillos, más desarrollados de lo normal en un ser humano. Porque ésa era otra, Steve era serpiente, sí, pero venenosa; hablaba muy poco, sobre todo en presencia de miembros ajenos a su pandilla habitual, pero en cuanto las presas desaparecían, dejaba escapar, entre susurros, las más despectivas y gratuitas descalificaciones que se le ocurrían. Una vez se acercó Nichole Fisher a pedirme fuego —los dos segundos que empleó en alzar la vista, encontrar la mía y acercarse colocaron mi ritmo cardíaco al borde del infarto—; negué con la cabeza y esbocé la sonrisa más estúpida y menos seductora de la historia mundial del ligoteo fallido. Nichole, sin reparar en mi azoramiento, ajena a la excitación semental que causaba, me hizo invisible a sus ojos buscando otra mirada que tuviera fuego en el bolsillo y no en la bragueta. Cuando se fue hacia el otro extremo de la cárcel de humo, Steve separó levemente las mandíbulas y susurró en voz baja:

—Putá...

Lo miré sorprendido. Sonreía. Como si no fuera con él.

Troy tampoco era humano; su asombrosa flexibilidad y agilidad lo aproximaba a los primates, pero su carácter lo alejaba de la sinuosa serpiente. Troy era todo alegría, optimismo, pura broma e indisciplina; jamás había utilizado su talento físico para el deporte oficial pero volcaba sus cualidades atléticas con el skateboard, siempre a

mano. Solía vestir una gastada, descolorida y deshilachada parka militar, adquirida en una de las numerosas tiendas dedicadas a vender artículos de segunda mano del ejército. Un soleado día de octubre, Troy apareció en Catworth montado en su skate, con un casco blanco de Policía Militar enfundado hasta las cejas; los pies colocados en paralelo sobre la tabla que lo sujetaba, la parka caqui y el casco le hacían parecer uno de aquellos soldaditos de plástico verde, diez en un sobre de a duro, el tanque aparte. Era evidente que despertaba arrebatos hormonales en gran parte de la población femenina del instituto, algo que no parecía importarle demasiado y que lo convertía en objeto aún más deseable. En cierta ocasión, una rubia oxigenada se acercó a nuestro grupo con mirada lánguida para hablar con él. Al irse, Rob no evitó uno de sus típicos comentarios poéticos:

—Te diré una cosa, Troy: esa tía quiere follarte, ñak ñak, mete mete —dijo guiñando un ojo mientras señalaba con el índice y levantaba el pulgar de la mano derecha.

Kurt era el único deportista oficial del cuarteto; su condición de capitán del equipo de lucha libre de Catworth le confería cierto estatus en la elite del instituto, a pesar de su vaga y maleante tendencia a la disipación en forma de lata de cerveza. Kurt tenía físico de luchador, hombros mesetarios y musculados como balones de Nivea, pecho a lo Lou Ferrigno y rostro benigno, sin aristas y aplanado. Su expresión era tan neutra que si te miraba fijamente a los ojos parecía un forzudo disecado.

Si alguien me hubiese pedido que demostrara la atracción entre polos opuestos le habría enseñado una foto de Rob, Steve, Troy y Kurt, amigos desde la infancia, bandarras de por vida.

La humanidad ha evolucionado a lo largo de miles de años, ha inventado religiones, ha probado calendarios y se ha adaptado a distintos sistemas políticos y sociales. Todo ello para acabar diseñando un arma aniquiladora, un espacio anulador, un tiempo muerto que borre sensaciones y oprima el alma en un angustioso devenir hacia la nada absoluta.

Me refiero a los domingos.

Durante los años de mi obligada escolarización, sufrí como un castigo todos y cada uno de los domingos, excepto los pocos que eran a su vez víspera de festivo. Nada más despertar me sumía en una imperceptible melancolía, un leve cabreo, una evidente languidez propiciada por el inevitable hecho de comenzar de cero al día siguiente, de tener que madrugar durante cinco mañanas hasta que llegara el sábado, ese mágico día que siempre parece inalcanzable un domingo por la mañana. Si esos trances ya eran tristes en mi ciudad, con mi familia y mis amigos, en California, con una viuda metodista y su hijo autista, el panorama incitaba al suicidio. Y menos mal que a las seis de la tarde tenía el programa de Spliff Skunking; durante esos meses, aquel discjockey salvó mi vida. Pero antes de esa hora, había mucho domingo que llenar y el rock, de nuevo, vendría a paliar mi fabuloso aburrimiento.

A quince minutos de pedaleo en mi vieja bici verde, estaba el centro comercial West Market, una especie de ciudad pequeñita compuesta por tiendas en vez de casas. Allí encontré Needle Records, una tienda de discos ni muy grande ni muy pequeña en la que podía pasarme horas antes de comprar un vinilo. No es que fuera especialmente meticuloso, es que la paga mensual que Betty me administraba sólo me alcanzaba para adquirir un disco cada dos semanas y era para pensárselo. La tienda pertenecía a una pareja de auténticos hippies del San Francisco de los sesenta, reciclados en amago de

empresarios al uso; según leí en uno de los folletos de propaganda, el nombre del negocio hacía referencia a cómo la aguja del tocadiscos había salvado a mucha gente de morir por la aguja de la heroína, o algo así de raro. Tenían cuatro locales en la zona y, aunque pretendían convertirse en una gran cadena, las cosas no iban tan bien como esperaban. En realidad, nunca conocí a la pareja hippy, todo eso me lo fue contando Ken, el dependiente que atendía el local cada domingo.

Ken era un mulato anclado en los años setenta —tampoco estaban tan lejos— con el pelo afro y la ropa de colores; algunos días no desentonaría en una portada de *Earth, Wind & Fire*. Hablaba muy deprisa y casi chillando, con una sorna que no siempre era bien entendida, ya que a veces se ponía a discutir seriamente con los clientes sobre la conveniencia de comprar, por ejemplo, un recopilatorio de *Sly & The Family Stone* en vez de lo último de *Hall & Oates*. No me extrañaba que la cadena *Needle* no acabara de despegar. A pesar de mis esfuerzos por caerle bien, Ken era imprevisible; tan pronto me saludaba con alegría desatada, como me ignoraba hasta hacerme sentir invisible. Eso sí, cuando me decidía por algún disco de reggae se le iluminaba la expresión; una semana después de escuchar en el programa de *Spliff Skunking* varios temas del *Live And Direct* de *Aswad*, entré en la tienda y se lo pedí sin rodeos.

—¡Sí, señor! ¡Éste es mi hombre! ¡Hey! ¡Escuchad! —gritó a los dos únicos clientes presentes en aquel momento—. Este hombrecito viene desde Europa, atraviesa el putito océano encerrado en un avión, agarra su bici de mierda y se viene a *Needle*, sí, señor, a comprar el último disco de *Aswad*. Bien, ¿qué os parece eso?

No sabía con exactitud si la frase era un elogio o se estaba quedando conmigo; ¿quería decir que mi elección era errónea? ¿Demasiado comercial? ¿Por qué me había llamado «hombrecito»? ¿Y por qué había nombrado la bici con tanto desprecio? Durante el discursito de marras, Ken se había colocado a mi lado, pasándome su brazo por encima del hombro. Permaneció en esa postura mirando con desafío a los clientes, especialmente al que sostenía en sus manos un elepé de *Pat Benatar*; fueron, lo que se dice, unos segundos embarazosos. Me sentía como el niño pequeño cuyo padre se pone a reñir a los compañeros de colegio porque pegan a su retoño, así que los miraba con cara de pedir disculpas. Finalmente, se encogieron de hombros, dieron la vuelta y siguieron repasando la sección *Pop/Rock*. Ken, resoplando, me miró desde arriba y dijo en voz baja:

—Estos blancos...

Por fin llegó el día de presentarse al equipo de fútbol. En el mes largo que llevaba de estancia en California, había constatado que nuestro deporte rey no llegaba ni a plebeyo en Estados Unidos. Apenas si había información en la prensa escrita y muchos menos en televisión; a nadie parecía interesarle un entretenimiento que podía acabar en 0-0. Lo malo es que semejante apatía había disparado mis fantasías de triunfo. En mi delirio, ya veía mi niñez y adolescencia futbolera como un concienzudo entrenamiento aderezado con el bagaje táctico e histórico que me proporcionaban tantos partidos televisados, tantas portadas digeridas, tantas tertulias apasionadas a las que yo solía asistir, dicho sea de paso, con poco que decir. ¿Qué referencias podían tener mis compañeros? ¿Podían hablar con propiedad de las cualidades de *Karl Heinz Rummenigge*, *Paolo Rossi* o *Michel Platini*? Yo tampoco, la verdad, pero al menos podía nombrarlos, situar su país de origen, ubicar su actual equipo y apuntar su

posición en el campo. ¿Y qué decir de Quini, Alexanco, López Ufarte o ese mocoso del Castilla llamado Butragueño? Es más; ¿me quedaba pequeño el puesto de jugador rompedor? ¿Debería proponer a Catworth que me convirtieran en entrenador-jugador para dirigir el equipo desde el campo? ¿O debería retirarme antes de debutar —entre los sollozos de la afición— para no desnivelar la competición?

Cuando llegué al campo de fútbol número 2, lugar donde el entrenador Danson había citado a todo aquel que quisiera formar parte del equipo de soccer —así llamaban al fútbol de verdad, el de toda la vida—, ya había olvidado que mi curriculum futbolístico estaba a cero, mi hoja de servicios deportistas ni siquiera existía. Mi única aventura sería haber tenido lugar en algún momento de 1º de BUP; el entrenador del colegio al que asistía entonces decidió, quién sabe por qué, probarme como delantero incisivo y oportunista, esto es, palomero, y me había convocado —la terminología profesional cala en la juventud con facilidad— para el partido que se jugaba el sábado siguiente. Durante la semana viví mi nueva situación con ilusión, sintiendo los pinchazos de envidia de algunos compañeros que habrían ofrecido a sus padres en sacrificio con tal de disfrutar de mi prebenda. Pero llegó el sábado y tuve que levantarme a las ocho de la mañana. Una hora más tarde, sentado en el autobús, viendo la lluvia copiosa que se estrellaba contra las ventanillas, con el cansancio incrustado en los músculos, escuchando los entusiastas comentarios tácticos de los titulares del equipo y sabiendo que nos dirigíamos a un patatal que hoy sería barrizal, mi vocación futbolística se tambaleó de arriba abajo como un elefante herido por bala explosiva. Aún faltaba la puntilla que echaría por tierra mis ilusiones deportivas; el entrenador me tuvo calentando por la banda durante toda la segunda parte por si los contrarios deshacían el empate a cero y había que contar con mi supuesta pericia goleadora. Pero los contrarios, tan mantas como nosotros, bastante tenían con correr en aquel barro en el que se hundían hasta los tobillos como para ponerse a deshacer empates, así que no salí en todo el partido. En el autobús de vuelta, los titulares hablaban ahora, con igual entusiasmo, de las oportunidades falladas. Callado, serio y con los huesos calados, a dios puse por testigo de que jamás volvería a malgastar una mañana de sábado de aquella forma.

Pero la memoria es selectiva y ahora me dirigía a esta convocatoria convencido de que Danson caería a mis pies en cuanto le dijera que venía de España y que había estado jugando desde mis primeros pasos. En eso no mentía: mi infancia eran recuerdos de un patio de cemento lleno de balones y portagritos con forma de niño corriendo detrás. La visión de los candidatos al equipo aumentó mi creencia en que me convertiría en la estrella del equipo, pero anuló la esperanza de hacer algo grande con semejantes compañeros; de entrada, sólo éramos quince voluntarios, así que pensé que el entrenador tendría que echar mano de todos, le gustaran o no. Muchos pertenecían a los cursos más bajos, lo que ofrecía una curiosa descompensación de estatura; una vez alineados en el campo, la escena remitía a esos momentos previos a un gran partido, cuando algunos hinchas sacan a sus pequeños vástagos disfrazados de minifutbolistas para que les hagan una foto con el equipo titular. La mayor alegría me la llevé al encontrarme a Tim Holley —el Mesías que me había llevado a ver a Police—, sonriente, cordial, amable y vestido de corto, dispuesto a meterse un soccer entre pecho y espalda. Lo abracé como si fuéramos veteranos de Vietnam y le pregunté por nuestros compañeros de concierto en general y por los dos Mike en particular; no tenía noticias de ellos, también los había conocido ese día y no los había vuelto a ver.

Danson era un tipo más bien bajito, de piel morena y bigote oscuro; estaba claro que tenía genes hispanos aunque ni el nombre ni el acento delataban un componente étnico que me habría acercado más aún a convertirme en capitán, seña y bandera del Catworth F.C., si es que nos llamábamos así. El entrenador nos dirigió unas palabras de bienvenida explicando que era su primer año en el puesto, que esperaba mucho de nosotros y que sólo quería gente dispuesta a trabajar duro. No era un buen comienzo. Acto seguido, el entrenador, como un general bananero, pasó revista al desigual ejército con las manos entrelazadas en la espalda, intercambiando unas palabras con cada candidato, un gesto grandilocuente que a mí me parecía que no venía al caso porque no tenía donde elegir. Al llegar a mi altura, como hizo con mis 14 compañeros, me tendió la mano:

—¿Cómo te llamas?

—¡Pepe! —exclamé alto y claro para que mi procedencia quedara clara.

—¿Mexicano? —preguntó en un español con acento guiri.

—No, no, español..., de España —redundé.

El gesto de sorpresa fue leve, muy leve, pero noté que le agradaba la noticia.

—¿Has jugado antes al fútbol? —inquirió, de nuevo en inglés.

En vez de sorprenderme porque el entrenador preguntara a sus hombres si ya habían jugado antes al fútbol, continué con mi teatrillo y asentí vigorosamente añadiendo un toque de suficiencia. No me abrazó, no me señaló al resto de compañeros como ejemplo a seguir, no derramó unas lágrimas de felicidad ante el crack que le había llovido del cielo. No. Sólo dijo el muy cabrón:

—Habrás que ver cómo te desenvuelves.

—Betty, tengo que decirte algo...

Con toda intención utilicé el mismo tono que ella empleaba conmigo para anunciar sucesos sin trascendencia y órdenes sin importancia. Ya no me inquietaba. Cuando ella bajaba la voz, cruzaba las manos sobre el regazo y me dirigía una mirada neutra, era probable que se dispusiera a anunciar una nueva regla sobre el depósito de ropa sucia en la cesta de lavado, la necesidad de ordenar mi habitación o los turnos para alimentar a Cat, el perro. Por eso, el día que decidí elevar mi protesta sobre la pecera al máximo organismo de decisión, escogí con cuidado un tono lastimero, serio y circunspecto. Hablé de largas noches de insomnio, de las pesadillas recurrentes asociadas al rugido del motorcito del acuario, de la sensación de ahogo —algo de literatura nunca venía mal— y añadí, en un toque de medicina ficción, la probable alergia a los peces de colores que estaba incubando. Betty me escuchó atentamente, como hacía siempre, pero, por primera vez, decidió actuar de acuerdo a lo que le decía.

Para mi sorpresa, Phil recibió la noticia del traslado con evidente gozo; resulta que siempre había querido ubicar la pecera en el comedor, pero la negativa de su madre había impedido tan inocente requerimiento. Por esas vueltas que da la vida, la reprobación que esperaba de mi hermano americano se convirtió en un gesto de agradecimiento silencioso que nos unió un poco más. Aquel mismo día me preguntó si quería acompañarlo a Waterland, una tienda especializada en acuarios; animado por el inminente traslado del océano diminuto que martirizaba mi descanso, decidí aceptar la invitación.

Lo primero que me llamó la atención fue el tamaño del local. Sí, ya lo sé, en California había centros comerciales más grandes que el pueblo donde yo veraneaba, pero que una tienda de peces tuviera más parking que el campo de fútbol de mi ciudad no acababa de encajar en mi pequeña visión del mundo. Al entrar sentí una agradable mezcla de sensaciones raras; para empezar, el local estaba en tinieblas, ya que los focos directos de luz natural producen exceso de algas —como me explicó Phil—. Las hileras de acuarios superpuestos formaban varios pasillos por los que transitábamos como en una especie de biblioteca viva del fondo marino, alienante, hipnótica, burbujeante. Los clientes hablaban bajito, susurraban entre ellos ahogados por la impresión, como si temieran malgastar el oxígeno, tan necesario bajo el agua. Todos caminaban despacio y miraban a los peces con su mismo gesto de asombro hasta que no se sabía quién miraba a quién; entonces parecía que eran los peces los que habían ido a una tienda de personas para ver humanos encerrados en estrechos terrarios con moqueta y fluorescente. Aquellas toneladas de agua podrían agrietar la estructura; todos los mares de la Tierra nos aplastarían en un segundo y allí nos quedaríamos, eternamente inmóviles en el fondo del abismo, con la boca y los ojos abiertos, el pelo ondulante como un matojo de algas, los peces de colores refugiados en los bolsillos del pantalón.

—¡Joe! —susurró Phil rescatándome de mi increíble mundo submarino.

Me acerqué al acuario que observaba con evidente complacencia. Dentro había un tronco retorcido sobre un lecho de piedras planas.

—Me lo voy a comprar —explicó sin dejar de señalar el bodegón sumergido. Me fijé en el cartelito que había debajo de aquella pecera: «Moray». ¿Qué era? ¿Un tipo de tronco? ¿Qué interés tenía?

—¿Qué es? —pregunté al ver que no contestaba mis dudas telepáticas.

—Mira ahí, justo debajo del tronco, a la derecha.

Allí, justo debajo del tronco, a la derecha, distinguí una boquita abierta, unos dientes afilados y unos ojos como muertos que daban miedo. Phil iba a comprarse una morena.

—Pero ¿qué come? —indagué con la imagen de terribles escenas depredadoras agolpándose en los recuerdos de tantos documentales.

Minutos después, regresábamos a casa escuchando *I Am The Walrus* en el Buick. En mi regazo sostenía un pequeño contenedor especial para morenas y en la mano derecha su comida favorita: una bolsa de agua repleta de pequeños peces dorados.

Vivitos y coleando.

Mi picnic académico se desarrollaba sin mayores complicaciones. El hecho de empezar el día con una hora de dibujo artístico aliviaba en gran medida el mal trago de los madrugones, alegrados también con los opíparos desayunos dispuestos sobre la mesa y ante Popeye. A estas alturas, la viuda y yo parecíamos un matrimonio y Phil, nuestro precioso retoño con bigote; el zumo Orange Fast y la cafetera se habían convertido en parte de mi rutina, mientras Betty, en pie a las siete de la mañana, preparaba, según su estado de ánimo, tostadas rebozadas en huevo batido, pasteles de canela al horno o la ya habitual batería de donuts y bollos que salían del congelador del garaje como si se reprodujeran dentro; «amigos, por primera vez en la historia del documentalismo gastronómico, hemos podido rodar el apareamiento del donut americano. En la imagen vemos cómo estas rosquillas esponjosas unen sus cloacas en

la gélida oscuridad del congelador. El macho, relleno de crema, fertiliza a la hembra glaseada; en pocos días, una nueva carnada de aritos vendrá al mundo. Pero su supervivencia no será fácil; antes de llegar al mar, atentos depredadores como el voraz Estudiante Extranjero Capirotado, habrán acabado con muchas de sus posibilidades de éxito. Así son *Las pruebas de la vida*, crueles, implacables, necesarias. Mi nombre es David Attenborough y la próxima semana les contaré el ciclo vital del queso en lonchas».

Precisamente un día, al volver del instituto, asistí atónito a la resolución del milagro de los panes y los peces en versión donuts y bollos; un panadero vestido como Hombre de Harrelson, gorra y mono a juego con una enorme leyenda en la espalda que decía «Recién Hecho», introducía en el garaje una bolsa de plástico del tamaño de las que se usan para los cubos grandes de basura. De lejos parecía que arrastraba el cadáver de un felino de grandes dimensiones. Desistí de la idea de ponerme a fantasear con los tipos de cadáveres que podía transportar y decidí preguntarle a Betty.

—Son los donuts para el desayuno —me explicó con ese tono que sólo utilizaba conmigo, los niños pequeños y Cat, el perro.

El panadero de Harrelson también me miró como si fuera tonto, y mi madre adoptiva le explicó, más o menos, que no era tonto del todo, sino de otro país. Abrí la bolsa y comprobé que no mentían; como las rebajas de zapatos baratos, como calaveras amontonadas por Pol Pot, como vasos de plástico hacinados en la acera de Pamplona tras un San Fermín, una multitud de donuts sin agujero y bollos rellenos me miraron aterrorizados antes de ser introducidos en su definitiva tumba congelada.

Mientras Betty arreglaba las cuentas con el confitero que nos había solucionado de golpe cinco meses de desayuno, me fijé en una columna de revistas apiladas en la parte baja de una estantería; una P muy familiar asomaba en la portada del ejemplar situado en lo más alto de aquella ordenada construcción vertical, así que me acerqué con el corazón latiendo, la volteé con cuidado y comprobé que allí descansaba la mítica colección de *Playboy* de mi hermano del alma, gemelo de lascivia y compañero de secreciones. El descubrimiento me llenó de gozo pero, al mismo tiempo, disparó una sombría duda; ¿se iba a reducir mi vida sexual en California al compulsivo repaso de la colección completa de los números de *Playboy* USA comprendidos entre enero de 1980 —Phil me explicó que se había dedicado a pedir números atrasados— y las que fueran llegando a lo largo de 1983 y el año siguiente? Al igual que con el fútbol, mi curriculum sexual no era muy brillante; varios magreos desordenados, ninguna novia seria, una desastrosa pérdida de virginidad ocurrida en el viaje de estudios de tercero de BUP y tan sólo dos relaciones sexuales completas posteriores no me convertían ni en boceto de Casanova. ¿Dónde estaban las secuelas de aquel Verano del Amor que habían vivido los hippies en California? Mi acercamiento a Tina Barlow, la vecina de taquilla, tampoco daba los frutos deseados; desde el día que la conocí, sólo habíamos coincidido cuatro veces en el armario, yo azoradamente entregado a la conversación banal, ella cordialmente centrada en la huida precipitada. Un día le comenté que la camiseta que en ese momento extraía de la taquilla era muy parecida a la que yo tenía en el equipo de fútbol.

—Es que juego en el equipo femenino —explicó con aquella sonrisa que iluminaba su rostro como el escaparate de unos grandes almacenes.

De pronto, nuestras opciones de posibles temas de conversación habían pasado de una, el tiempo, a dos, el tiempo y el fútbol. «Un peldaño más en nuestra relación»,

pensé con un optimismo que habría dejado al jefe de estudios Powers en cenizo profesional.

Poco antes del primer partido, Danson repartió las camisetas y a mí me tocó el 22; parecía un dorsal muy poco futbolero pero lo acepté resignado. Habría preferido el 9, pero no es que ya estuviera pillado, es que ni siquiera existía, lo cual me parecía una preciosa metáfora sobre la concepción que los americanos tenían de este deporte. El uniforme consistía en una camiseta burdeos con pantalón amarillo —los colores oficiales de Catworth—; en el pecho llevábamos el escudo del instituto, que mostraba la cabeza de un ave rapaz cabreada, bajo la leyenda «Halcones», nombre oficial de todos los equipos de Catworth. Por cierto, nuestro flamante equipo de desechos se iba a estrenar contra las «Panteras» del instituto Palo Alto. Supongo que lo de denominar los equipos con nombres de animales, costumbre heredada de los profesionales del fútbol americano, obedecía al interés de cada instituto por reforzar el espíritu de equipo, pero a mí me parecía cursi y ñoño, quizá por las secuelas de Torrebruno en mi memoria infantil: «Tigres, Leones, todos quieren ser los campeones».

Si la importancia de un partido se mide por el número de espectadores que acuden a verlo, nuestro primer encuentro debió batir el récord mundial de indiferencia: el público estaba compuesto por cuatro personas. Dos eran familiares directos de uno de los jugadores —un repulsivo mocososo de 1º de BUP cuya cabeza no me llegaba al esternón— y los otros dos eran una pareja que estaba allí sentada antes de que llegáramos y que allí siguió, hablando de sus cosas, cuando nos fuimos. No parecía motivación suficiente, pero una vez iniciado el partido, agradecí que nadie presenciara aquel despropósito. Danson nos había distribuido de forma muy aleatoria por el campo, tanto que, básicamente, los diez jugadores nos dedicábamos a perseguir el balón allí donde botara. Claro que los de Palo Alto tampoco andaban muy duchos en táctica y pronto éramos veinte locos dando saltos detrás de la pelota; vistos desde el Meteosat pareceríamos un enjambre en pantalón corto moviéndose detrás de una pequeña abeja reina blanca y redonda. Nuestro entrenador hacía cambios cada cinco minutos y lanzaba órdenes imprecisas del tipo «¡Hay que estar encima!» o «¡Dentro, dentro!» acompañadas de gestos extraños que no aclaraban en absoluto sus intenciones; deseé que un enorme y peludo Coco de *Barrio Sésamo* apareciera por la banda repartiendo collejas mientras explicaba la diferencia entre «encima» y «dentro». Poco a poco fui perdiendo fuelle con tanta carrerita sin sentido y en la segunda parte me ahogaba a pesar de los descansos periódicos a los que nos sometía Danson. Sin embargo, mis compañeros, tanto los de Catworth como los contrarios, parecían tocados por una anfetamínica varita mágica que los hacía correr como guepardos y saltar como masais, eso sí, sin atinar al balón; en más de una ocasión se dejaban el esférico atrás en el empeño de avanzar, como si la portería propia estuviera envuelta en llamas y rodeada de bidones de gasolina.

Entonces llegó mi gran momento.

El partido finalizaba. Yo no podía ni con las botas. En el penúltimo cambio aduje ciertas molestias imaginarias en mi pierna derecha para no arrastrarme por el campo y ahora, cuando apenas quedaba un minuto de juego, Danson reclamó mi presencia otra vez, no porque mis habilidades le hubieran impresionado, más bien por la necesidad de hacer gestos de ese tipo, como señalar a alguien del banquillo e indicarle que era el

momento de salir y comerse al contrario. Supongo que pensaba que era lo que esperábamos de él.

Salté a la hierba con el único consuelo de que aquella tortura ya tocaba a su fin. Catworth estaba a punto de lanzar un córner y tan pocas esperanzas tenían en mi capacidad goleadora que no esperaron a que me colocara; mientras me dirigía al área sin mucha prisa, un compañero lanzó el balón a la apretada melé que se había formado en torno al portero contrario.

Recuerdo lo que sucedió a partir de ese momento como si lo viera en una pantalla gigante de vídeo.

Un defensa despeja de cabeza y el balón me viene directo, claro, diáfano, así que ralentizo aún más mi trotecillo porque quiero pegarle un pepinazo a ver qué pasa. Camino con los ojos fijos en la pelota, por eso no veo al jugador 17 de Palo Alto que ha adivinado mis intenciones y avanza como una locomotora sin frenos y con sus ojos fijos en mis piernas, no en el balón, que justo entonces bota y según bota le doy con todas mis fuerzas pero con los ojos cerrados porque por mi izquierda el jugador 17 de Palo Alto ha llegado deslizándose con los tacos por delante y me barre del campo demasiado tarde porque la pelota ya ha salido despedida de mi pie hacia la portería por encima de la nube de jugadores que en cámara lenta ven pasar una bala blanca de cañón que entra por la misma escuadra que forman el larguero y el poste, rozándolos a ambos al mismo tiempo mientras al portero contrario se le queda un rictus de impotencia.

Un gol como la copa de un pino.

Al minuto siguiente el árbitro pitó el final de mi mayor gesta deportiva hasta la fecha: Halcones 1, Panteras 0. Todos mis compañeros me abrazaron como si acabáramos de ganar el Campeonato Mundial de Fútbol, hasta Danson se unió en aquel follón de brazos, palmadas, gritos y risas, mientras una irresistible sensación de alegría desbordada brotaba de mi pecho en todas direcciones y pensaba en Tina, rendida a la potencia de mi chut, y olvidaba al instante la inmensa suerte que había tenido en aquel lance, porque el esférico podría haber sobrevolado San José, San Francisco, Washington y Oregon hasta acabar botando en Alaska, pero no, el destino quiso que se colara en la portería a pesar de la entrada de aquel animal que casi me destroza el tobillo, hecho que destacó mi entrenador como valentía sin igual y que yo no desmentí con la pura verdad, es decir, que si lo llego a haber visto venir como venía le habría pegado al balón la madre que lo parió.

Había que disfrutar ese momento de gloria y, ya puestos, lamenté que el fútbol europeo no fuera popular en Estados Unidos porque, de haberlo sido, tendríamos animadoras y ahora estarían deletreando mi nombre mientras agitaban los pompones de colores.

Las animadoras, ésa es otra.

A mediados de verano, en plena despedida de mis amigotes españoles, uno de ellos había aparecido en casa con la película *Cockleaders*, protagonizada por un lúbrico grupo de animadoras, así que mis referencias no eran las más apropiadas para enfrentarme a aquellas volatineras revestidas con falditas y jerséis de lana. Pronto intuí que más que depredadoras sexuales eran hermanitas de la caridad, eso sí, gritonas y saltimbanquis, lo que convertía su buen rollo en irritante optimismo. Por lo que entendí, había distintas categorías dentro del complejo mundo de la animación de instituto; por un lado estaban las Chicas de las Letras, una especie de estirpe superior

reservada a las veteranas, compuesta por ocho animadoras que mostraban en su jersey burdeos una de las enormes letras amarillas que componían la palabra «Catworth». La portadora de la «W» era Karen Pastene, compañera en mi clase de inglés y componente de mi personal Top Five de Animadoras.

Después había otro grupo formado por seis infatigables cuyo uniforme, amarillo genérico con burdeos en los adornos, invertía los colores de las anteriores. Su misión parecía ser de apoyo a las Chicas de la Canción, un cuerpo de ocho saltarinas armadas con pompones, vestidas de burdeos riguroso y con la efigie del halcón cabreado bordada en el pecho. El escalafón descendía un peldaño más con las Junior, seis jóvenes voluntariosas vestidas de blanco que algún día llevarían con orgullo las letras de Catworth. En total, veintinueve animadoras con sus grititos, saltos, eslóganes y bailes para levantar el ánimo a la afición, a los jugadores o a ellas mismas, que nunca lo tuve claro.

Tenía carta de España, la primera que me llegaba desde aquel planeta lejano, distante y distinto a esta tierra a la que me estaba amoldando como una secuoya pequeñita, si se me permite la contradicción. Me escribía mi madre diciendo que me echaban de menos y que mi hermano pequeño preguntaba por mí. Por primera vez, caí en la cuenta de que vivía una aventura pasajera, que algún día, allá por junio, tendría que volver y retomar los desayunos de pan con mantequilla, las puertas sin mosquiteras y la universidad sin animadoras.

Me quedé sentado, desconectado, como si la batería se estuviera quedando a cero. Estaba sufriendo un ataque de nostalgia en toda regla, a mi edad, yo que tan poco apego había demostrado por la mantequilla, las puertas, la universidad e incluso por mi hermano pequeño. Encendí la tele para que la MTV empantanara mi hipotálamo e impidiera aquella incorrecta administración de mis emociones, pero me encontré con el *True* de Spandau Ballet. Lo que faltaba. Mañana mismo le pedía el teléfono a Tina, no sé, a lo mejor está entrenando ahora y si voy con la bicicleta y le explicó lo que me pasa me recuesta sobre sus pechos para acariciarme el pelo, cantarme una nana, tranquilizarme.

Mi pensamiento era puro, pero la zona de la bragueta había adquirido vida propia y se erguía buscándome la cara.

Noviembre - *Cum On Feel The Noize*

Lo único que distinguía a Carpet Drive del resto de calles de San José era su nombre; los elementos que forman una calle hecha y derecha —las casas, las plantas, los coches, las señales de tráfico, las personas— eran de una simetría terrorífica para mi inexistente sentido de la orientación. Más de una vez me equivocaba de entrada e iba a dar a Camelia Way, Castle Drive, Mona Way o cualquiera de las vías paralelas; entonces tenía que desandar el camino y volver a contar desde Washington Street: una a la izquierda, dos a la derecha, otra a la izquierda.

Pronto encontré una referencia que me ayudaría a girar en el lugar adecuado. En el recortado césped de la primera casa de Carpet Drive —tan corto, verde y apretado como el millón de céspedes que alfombraban la ciudad— pacían dos flamencos cuyo color rosa estallaba en la vista de todo aquel que se detuviera en un radio de tres kilómetros. Incluso a cierta distancia se distinguía su rosácea naturaleza plástica, la tosca línea gruesa que surcaba el lomo señalando la unión de sus dos mitades, el palo de madera sin pintar que hacía las veces de patas y la borrosa neblina de pintura negra utilizada para resaltar el pico. Aquellos flamencos de plástico inalterable eran el mayor atentado, no ya al buen gusto, sino al gusto a secas. Desde el primer día en que, como un faro fucsia, iluminaron mi camino a casa, fantaseaba con la imagen de los dueños de la casa dirigiéndose al centro comercial más cutre, entrando con decisión en el Todo a 100 de los adornos de jardín y señalando con orgullo la oferta de flamencos rosas, llévese uno por dos dólares, tres por cinco pavos. Y nos llevamos tres y le regalamos uno a nuestro hijo para que lo ponga en su casa, tan bonitos que lucen en el césped. Cada vez que cruzaba por delante, prácticamente todos los días laborales, no podía apartar mi vista de aquel paso atrás en la evolución humana, la misma que, partiendo de los bisontes de Altamira, había llegado a los flamencos de jardín; por eso les dedicaba una mueca de horror convencido de que la guarida sería aún más hortera, irritante y chillona.

Todo eso pensaba ahora mismo, sentado en el salón de esa casa con un enorme vaso de cristal rojo lleno de Dr. Pepper.

Resulta que los Yates, Paul y Linda, dueños de los flamencos de plástico, eran muy amigos de Betty y habían insistido en que la viuda les llevara a casa el hámster español que había alquilado durante un año. En previsión de algún escaqueo improvisado por mi parte, la muy astuta señora Johnson me había cazado al vuelo en uno de esos días sin entrenamiento ni partido. Tan previsora había sido que ni me dejó entrar en casa; al verme doblar la esquina de la calle salió a mi encuentro para reconducirme al parque temático de lo kitsch.

Paul Yates nos recibió en la puerta. Vestía camisa hawaiana estampada ¡con flamencos!, pantalones blancos y zapatos de rejilla a juego. Los complementos no desentonaban: unas enormes gafas de pasta gris, dos cadenas de oro y una sortija con piedra que reflejaba todo el sol de California con la potencia de tres centrales nucleares.

—Linda, ¡son Betty y su nuevo hijo! —gritó hacia el pasillo, como si fuera Ed Sullivan anunciando a los Rolling Stones, y estalló en una carcajada hueca y exagerada, abruptamente interrumpida por un flemático —no por tranquilo, sino por mucoso— ataque de tos.

Por el pasillo apareció su mujer batiendo palmas y dando saltos como un atleta en plena carrerilla del salto de longitud —con el paso de los años he llegado a dudar de este recuerdo—. La señora lucía el típico traje regional de la mediana edad en California: gafas, cardado, pantalón de tergal pastel y camisa estampada jigualita a la de su marido! El matrimonio conjuntaba sus ropas pero no sus voces, ya que el tono de Linda era muy agudo, exasperante y embarazoso para mí porque, además, no le entendía ni una palabra.

Hablemos claro: la residencia de los Yates era una pesadilla que superaba mis más terroríficas previsiones. Su hogar, más que dulce, era empalagoso, una fuente de caries para una vista poco acostumbrada a la masificación producida por miles de pequeños objetos sin valor alguno —imitaciones del Lladro en plástico, souvenirs de Florida o el Cañón de Colorado, teteras de cerámica barata—, apretujados en estanterías y mesitas repartidas por todos los rincones, como si cada día Paul llegara del trabajo con un nuevo mueble diminuto y Linda le buscara acomodo en aquel laberinto de patas de madera. Betty y yo nos habíamos sentado en un sofá con los cojines todavía plastificados; nuestros anfitriones acercaron dos sillas plegables y se colocaron frente a nosotros, sus rodillas a escasos centímetros de las nuestras como si viajáramos en un tren de tercera. A mi lado, un gigantesco enano de jardín —en realidad me llegaba a la cintura, y eso ya era tamaño para un enano— sonreía con cara de pocos amigos, quizá endemoniado porque su sitio era el jardín y no aquella mullida moqueta. Al igual que en casa de los Johnson, como en la mayoría de los hogares que conocí en San José, una multitud de fotos familiares ocupaban las paredes hasta donde alcanzaba la vista; en ellas busqué al matrimonio Johnson, pero sólo encontré variaciones con repetición de dos elementos: Paul y Linda, Linda y Paul. Al notar mi interés en las fotografías, me preguntaron si querría hojear sus álbumes; acepté con la esperanza de toparme alguna foto de Betty con su marido, del que por no saber, no sabía ni el nombre de pila. La señora Yates aplaudió como si le hubiera tocado la lotería, se levantó rauda y regresó con cuatro libros que parecían gigantes cos codices medievales; miré fugazmente a Betty y vi el odio en sus ojos, no porque intuyera la naturaleza cotilla de mi entusiasmo, sino porque aquello alargaba innecesariamente nuestra visita de cortesía.

Mil fotografías después, en las que por cierto no encontré rastro de mi familia de acogida, los anfitriones se empeñaron en enseñarme el resto de la Casa del Terror, cuya disposición espacial era ligeramente distinta al chalet de su vecina. Los Charles Manson de la decoración de interiores habían eliminado algunos tabiques, imagino que agobiados ante la falta de espacio para acumular formas plásticas, y en el jardín trasero se habían esmerado en conseguir el más difícil todavía; alineados contra la valla de madera que delimitaba y separaba su propiedad de la contigua, una batería de figuras plasticiformes —Bambis, renos, tucanes, enanitos y más flamencos— fijaban su mirada vacía sobre el visitante desprevenido. Como *Los pájaros* de Hitchcock, *Los chicos del maíz* de Stephen King o los muertos vivientes de George Romero, esperarían a que cayera la noche para saltar sobre los humanos, arrancarles los ojos y colocarlos sobre sus falsas pupilas pintadas en negro. Me consolé pensando en el holocausto sintético de aquella tropilla de seres plásticos; su alineada disposición contra el muro de madera facilitaría una ejecución con lanzallamas. Los animales se derretirían entre chillidos de caucho y el sol de California se encargaría de endurecer la resultante masa deforme de cuerpos fundidos.

—¿Te apetecen unas galletitas? —sugirió Linda mientras regresábamos al sofá.

Los Yates no eran reales, no. Eran una parodia. Eso, una parodia, un plan secreto de la CIA para despistar a los estudiantes extranjeros; Paul y Linda formaban parte del ejército de voluntarios que consagraban su existencia a enmascarar una vida inteligente y superior al resto de occidente con un caparazón de hiriente horterismo recalcitrante, con el fin de evitar una masiva inmigración europea. Para rematar el cuadro, el marido se empeñaba en ser gracioso a base de chistes de tercera acompañados de unas risotadas tiranosáuricas que lo colocaban al borde de la asfixia.

—¿Qué te parece, Joe? ¡Somos Paul y Linda, los McCartney de San José! —gritó sin venir a cuento para lanzarse a una de esas violentas apneas de risa descontrolada y tos viscosa. Su mujer sonreía con las manos entrelazadas sobre el regazo, las piernas juntas y ladeadas, como sufriendo en silencio aquella hemorroide carcajeante. Betty, sentada justo enfrente de ella, parecía su reflejo en un espejo. Paul se agarraba la barriga y se balanceaba. Miré de reojo al enano de jardín; parecía que en cualquier momento rompería a reír como el muñeco que manejaba Lawrence Olivier en *La huella*.

Cuando salimos respiré aliviado, liberado de la toxicidad que produce la inhalación continuada de pintura de baja calidad sobre plástico barato. Tenía ganas de llegar a casa, pero no pensé en la de España, como tantas otras veces, sino en el 1264 de Carpet Drive. Phil le había encargado a Betty que alimentara a la morena y ella me preguntó si yo sabía hacerlo. Le contesté que no porque, por si acaso, me había acostumbrado a negar las cosas con rapidez. Mi madre adoptiva ni se inmutó y se dirigió al cubo colocado al lado del acuario en el que un montón de pececitos dorados nadaban nerviosos. Con sumo cuidado, atrapó uno de ellos y lo sujetó con la pequeña pinza unida al palito largo que descansaba al lado del cubo. El pez se movía con furia, como si no presagiara nada bueno después de aquella prisión metalizada que ahora lo sacaba del cubo y enseguida lo metía en un agua más cuidada. Al momento, la hasta entonces invisible morena, asomaba sus ojos muertos bajo el perenne escondite del tronco, estiraba el cuerpo como un látigo y dirigía una mortal dente llada a la cabeza del pecesito; siguiendo la inercia del chasquido, la asesina ciega retrocedía hacia atrás y masticaba el primer bocado para cerciorarse de que aquella ganga atrapada en mitad de su prisión no era un truco. Entonces salía tranquilamente de su cueva y a mordiscos limpios, pequeños y certeros, arrancaba al moribundo de la pinza y desaparecía bajo el tronco con sus restos.

Asistí atónito, no tanto al espectáculo de la morena —que ya había observado en alguna ocasión con fascinante atracción depredadora— sino a la pasividad de Betty, a su sonrisa beatífica durante todo el proceso, manejando el palito del que pendía la vida del pez dorado como la viejecita que da de comer a las palomas. En un momento dado, mientras la morena dentelleaba los últimos suspiros de vida de su presa, nuestras miradas se cruzaron de forma casual e instintiva; deduje que ella sólo veía un pobrecito español asombrado ante los progresos de las mascotas californianas. A mí me pareció ver los encendidos ojos de Belcebú, la perversa sonrisa de Lucifer, el inquietante rostro de Satán iluminado por un siniestro juego de sombras que acentuaban el gesto terrorífico del ángel caído que quita la vida y concede la muerte eterna.

Mal día para dejar de leer cómics de terror.

Rob fumaba sin ganas dentro del área del instituto reservada a tal efecto. El tabaco sólo era para él una pose rebelde, de hecho, nunca lo vi con un pitillo en las manos fuera de aquellas rayas pintadas en el campus de Catworth. Un jueves me preguntó, como quien no quería la cosa, si me apetecía al día siguiente ir a su casa a tomar unas cervezas con Troy y Kurt. Yo mismo me asombré del entusiasmo de mi respuesta, del alborozo de mi reacción, de la alegría desbordante producida por unas simples latas de cereales fermentados.

No tan simples.

Al día siguiente, tras un desastroso partido de fútbol contra los Búfalos de Westmont que perdimos por tres goles a cero, avisé a Betty de que había quedado con mis amigotes para cenar en McDonald's, que llegaría un poco tarde y que me llevaba la enorme bicicleta verde de paseo. De no ser por el detalle del transporte, la conversación no desentonaba con el papel matrimonial que desempeñábamos en los desayunos; es más, la aparente indiferencia con la que recibió mi primer viernes fuera de casa indicaba que nuestra relación atravesaba un momento bajo, no había comunicación, no sé, quizá deberíamos consultar a un consejero, todo sea por nuestro hijo, el pobre, con su bigotito y las revistas pornográficas.

Como guinda humillante al hecho de acudir a una juerga californiana en bicicleta, mi velocípedo verde chirriaba en cada pedalada como un cerdo acuchillado, tanto que los vecinos que regaban sus rosales se volvían para ver de dónde provenía aquel lamento agudo como la risa de una gaviota. Me daba igual. Iba directo a tomar unas cervezas con unos colegas, salivando como el perro de Pavlov, contento como unas castañuelas, con la sed de mil juergas concentrada en mi garganta. Era lo más parecido a España que me ocurría en los últimos dos meses y había que aprovecharlo; comencé a pedalear vigorosamente, la bici gritaba como una hiena, pero yo ya no era ni Joe ni Pipi, yo era Pancho y Rob era Chanquete y de la birra de Chanquete no nos moverán.

La cita era en la esquina de Washington con Douglane; la visión a lo lejos del neón «Tienda de Licores» situado bajo el nombre de la tienda, Seven Eleven —que hacía referencia a su horario ininterrumpido—, alegró aún más mi pedalear. Allí estaban Rob y Steve, apoyados en el coche del primero, conteniendo la risa al ver el lastimoso ciclista que se les acercaba.

—Hey, ¿sabes que traes a todos los gatos en celo de la ciudad detrás de ti? —bromeó Rob.

—Sí, los gatos... —añadió Steve—. Menudos hijos de puta.

Yo seguía ajeno a cualquier puya, así que les pregunté si ya habían comprado la cerveza y que cuánto había que pagar. Sin despegar su espalda del coche, Rob dobló la cabeza hacia atrás, inspiró una larga bocanada de aire y bajó la barbilla de nuevo mientras expiraba y retomaba el ritmo habitual de respiración. Aquel rebuscado gesto anticipaba que me iba a explicar lo complicado que resultaba conseguir cerveza, sobre todo a unos menores como nosotros, cuatro años por debajo de la edad que nos permitiría beber dentro de la legalidad.

Para empezar, había que esperar a Kurt y Troy, cuantos más fuéramos, mejor. La táctica era entrar atropelladamente en la tienda y dispersarnos por el local hojeando revistas y revolviendo golosinas; Rob, que aparentaba más edad que el resto, se dirigiría al frigorífico, retiraría tres packs de seis latas Coors y pagaría, con cambio exacto, el total de cinco dólares y cincuenta y cinco centavos. El plan contaba con la inquietud del dependiente al ver tantos adolescentes dispersos por el local,

potenciales delincuentes que se irían en cuanto le cobrara a aquel chavalote sin detenerse a pedir alguna identificación que confirmara los veintiún años que no aparentaba. Rob había escogido aquella tienda con toda intención, ya que estaba atendida por un paquistaní recién llegado a California y por lo tanto con pocos reflejos a la hora de discutir, controlar y prohibir todo en uno. Y si el plan A fallaba, podía repetirse en otras tiendas que también contaban con un solo dependiente —para corroborar el dato, Rob extrajo un mapa de la guantera en el que varias cruces marcaban los locales «más asequibles»—. Una tercera opción, más arriesgada en opinión de Steve, era la de apostarse en el parking, observar a los clientes adultos, seleccionar aquel que tuviera un aspecto amoral y pedirle por favor que, en nombre de la Santa Hermandad de Jóvenes Bebedores, adquiriera alcohol para nosotros.

Asistí conmocionado a las detalladas explicaciones de mi amigo sin llegar a asimilar el fondo real del problema;

beber era ilegal, estaba prohibido, si me pillaban podían devolverme a España. Era muy difícil que yo asociara la compra de cerveza —fuera un corto, una botella, una jarra, un barril o un camión de reparto— a la lista de actos delictivos que, de manera inconsciente, almacenaba mi disco duro cerebral. Beber cerveza no era igual que robar un coche, no, de ninguna manera. Les expliqué a Rob y Steve cómo se bebía en mi país, la accesibilidad a cualquier edad, el papel que desempeñaba el alcohol en nuestras fiestas patronales.

—México es la ostia —sentenció Steve.

Finalmente, Troy llegó en skate y Kurt —que vivía muy cerca— andando; el plan A funcionó tal y como me lo habían descrito. Cuando nos subimos al coche —a sugerencia de Rob yo había amarrado la bici en el parking, ya volveríamos a por ella—, Troy demostró que había aprovechado el viaje; bajo su cazadora llevaba dos bolsas de patatas fritas, varias chokolatinas y un ejemplar de la revista *Thrasher* que no habían pasado por caja.

La casa de Rob, más humilde que la de los Johnson, menos estridente que la de los Yates, era pequeña, oscura y con un mobiliario que parecía anclado en los primeros setenta. Mis amigos se desparramaron por los sofás con la confianza que también se adquiere con los objetos a base de usarlos; Rob pulsó el play de su estéreo y se marcó unas poses rockabilles con los Stray Cats atronando la habitación. Todos mirábamos aquella danza en silencio como el rito tribal del jefe que marca territorio. Las cervezas iban cayendo y el barullo subiendo; cada vez hablábamos más alto sin bajar el volumen de la música, hasta que alguien llamó al timbre y nos quedamos quietos con la cabeza vuelta hacia la puerta. Rob apagó el equipo de música, se frotó la cara con ambas manos, tiró de los bordes de su camisa con fuerza y se encaminó con pasos vigorosos al recibidor. A mí me entró un amago de risa floja que mis compañeros apagaron con unas miradas gélidas; lo de la edad legal para beber realmente iba en serio.

La visita no era recriminatoria sino de adhesión. Se trataba de Sam, vecino de Rob, que se sumaba al guateque con un par de colegas; traían unas bolsas de papel de estraza con más bebida, bienvenida sea. Me presentaron como el no sé qué español y todos rieron a carcajada limpia; yo, que no había entendido la broma, también reía por pura imitación, como un loro medio colocado, necesitado de una pandilla con la que tomarme aquellas cervezas y otra más, cómo no. A todo esto, uno de los amigos de Sam se había sentado a mi lado muy interesado en saber cosas de España; él había

estado durante un mes en Francia y se empeñaba en comparar ambos países y yo que no y él que cómo que no. El tema de la bebida salió pronto a la palestra; Kurt, atento a cualquier cosa que contuviera alcohol, aunque fuera una frase, saltó como un resorte:

—Tú, mucho hablar de beber y beber pero seguro que no me aguantas unas rondas. Mi otro yo, el idiota, contestó: —A mí no me gana a beber ni Cristo que lo fundó. Por alguna incomprensible razón lo había dicho tal cual, en español; todos me miraron como si fuera la niña de *El exorcista*. Troy interpretó mi extraño lenguaje como un desafío —lo era— y gritó: —¡Ronda de whisky!

A partir de ahí se puso en marcha un mecanismo que recuerdo entre sombras. Mis amigos, como termitas ciegas obedeciendo un milenarismo genético, reaccionaron a la orden con sincronizada precisión; en unos segundos despejaron la mesa del salón, colocaron dos sillas en las cabeceras y apagaron todas las luces de la casa a excepción de la lámpara que colgaba sobre el centro del tablero. Dos de ellos me escoltaron como a un boxeador despistado; con una leve pero firme presión en los hombros me sentaron en una de las sillas mientras Kurt, serio y concentrado, hizo lo propio en la de enfrente. Alguien plantó una botella de whisky en medio de la mesa con fuerte estrépito del cristal contra el conglomerado de pino y otro de los ayudantes hizo lo mismo con dos vasos pequeños, colocando uno delante de cada contendiente. He de reconocer que la puesta en escena era inmejorable; sobre todo en el gesto grave y trascendental de mi rival y en las miradas furtivas del público que nos rodeaba. La iluminación y la disposición del encuadre me remitieron a la ruleta rusa de *El cazador*, por eso mientras nos servían el primer chupito de whisky, desaté el jersey que llevaba en la cintura y anudé una de las mangas alrededor de la cabeza como si fuera un Charlie con pañuelo, sin notar que el resto de la prenda quedaba colgando de un lado, muy poco glam, nada vietcong. Todos, menos mi contrincante, celebraron el gesto con algarabía, aunque sospeché que su entusiasmo tenía más que ver con mi supuesta chulería desafiante que con la parodia de la película. Eso deduje al ver que Kurt hinchaba las aletas de la nariz y me taladraba con teatrero odio visceral mientras tomaba el vaso con su mano derecha, lo alzaba a media altura y me invitaba a imitarlo. Mantuvimos los brazos en alto, como un brindis fotografiado, hasta que Kurt quebró la imagen y con un veloz movimiento se llevó el vaso a la boca, dobló el cuello hacia atrás —hasta me pareció oír el crujido de sus cervicales— y se tragó en un suspiro el contenido amarillento antes de espirar el aliento abrasivo con la boca muy abierta. También le seguí en eso, incluso copiando tan robótica mímica; nada más soltar el chupito sobre la mesa, alguien tomó la botella y, después de llenar los vasos hasta el borde, la depositó de nuevo en el centro. Recuerdo los chillidos de nuestro público en tan inútil ceremonia; cada vez que completábamos una ronda era como si unos científicos locos aplicaran descargas eléctricas a una jauría de hienas, y con el último whisky todavía asentándose en el estómago, ya estaba lleno el vasito con otro buco líquido y los carroñeros gritaban a coro «¡Kurt! ¡Kurt!» o «¡Pipi!

¡Pipi!» según al que le tocara beber aquel whisky de mierda, porque mira que era malo y me sabía mal, encima yo, que nunca había sido de whisky ni lo iba a ser después de aquella sobredosis, pero eso no lo sabía porque ahora mismo, sentado en aquella mesa frente al capitán del equipo de lucha libre de Catworth, la única meta en mi vida era beber un trago más que él, aunque ya tenía ganas de que mi adversario se levantara y me ofreciera la mano en señal de combate nulo para que nos abrazáramos, qué gesto tan bonito en vez de ese otro trago que te estás metiendo entre pecho y

espalda, animal, que eres un animal, déjalo ya, que en una de éstas ni voy a atinar entre los labios y me voy a meter el whisky por la nariz, que lo estoy viendo, si por lo menos se acabara la botella, pero miro la botella y está medio llena, que ahora no la veo medio vacía porque sólo pienso en lo que me queda, aunque no me extrañaría que estos bestias tuvieran otra botella guardada por si acaso, o quizá el sótano de la casa está repleto de cajas de whisky barato para que podamos pasarnos un año entero bebiendo chupitos, ahí va otro, y ahora Kurt que se levanta y sonrío pensando en el combate nulo, ya está, pero no, se pone en pie para beber mejor y que el alcohol le llegue directo a los tobillos, imagino, no entiendo qué hace ahí parado, pero yo me levanto, a mimético no me gana nadie, bebo mi turno y siento que estoy tocado, me convenzo de que ha sido éste, precisamente éste, el trago que me acaba de joder, que debería rendirme, parar, tumbarme, dormir un rato o tomarme un café en vez de echar a correr alrededor de la mesa como estoy haciendo ahora, siguiendo a Kurt en esa carrera circular que dios sabe por qué le ha dado por empezar después de tirar el vaso por encima de su cabeza hacia atrás, cosa que también he hecho cargándome una lampara de mesa que se hizo añicos a mi espalda pero hasta Rob se descojonaba de la risa mientras Kurt corría como un musculoso hámster bípedo detrás de su comida, que era yo, y él ya bebía directamente de la botella y la colocaba en el centro de la mesa para que yo hiciese lo mismo, hasta que me paré en seco, como si hubiera chocado contra un muro invisible.

La habitación, los muebles y mis amigos seguían girando, deprisa, con un leve balanceo que hacía su rotación ondulante, aunque, en realidad, ellos no se movían, sólo me observaban en silencio como el grupo de operarios que asiste a la demolición de un edificio abandonado. No sabía si se habían callado o la borrachera me había tapiado los tímpanos, la cosa es que empecé a tambalearme sin que nadie hiciera algo por apuntalar aquel anuncio de derribo. Por fin, con el estrépito de cien mil chupitos muertos crujiendo en mi organismo, las rodillas cedieron al peso y me desparramé sobre la moqueta mullida, sucia, esponjosa, mugrienta. Si mi sufrimiento hubiera terminado ahí, no habría sido tan grave el envite. Pero la queja de mi organismo siguió su curso; una mezcla de ardor abrasivo y dolor punzante caracoleó en espiral desde el centro del estómago hasta la garganta, donde se mutó en sonora arcada antes de contraer la faringe como una bolsa de papel a la que se le aspira el aire. Nada más recuperar su forma original viví un segundo de sosiego, sólo uno, antes de que una inyección de bilis en la boca se convirtiera en el amargo anticipo del embalse de whisky que acabó por romper la presa de mi duodeno.

TRAGEDIA EN LA MOQUETA DE ROB

Una nueva catástrofe asola una de las zonas más castigadas por las erupciones humanas y acaba con la vida de tres millones de ácaros.

San José, Reuters

Así son las catástrofes. Nadie podía imaginarlo unos segundos antes, cuando cincuenta y ocho millones de acaritos jugaban, bajo la atenta mirada de sus padres, en La Moqueta de Rob, una selecta barriada llena de polvo y suciedad en la que la tranquilidad se había instalado tras varios meses sin sufrir los devastadores efectos de una aspiradora. A las 23.04, hora local, uno de los humanos se derrumbó sobre la zona

y procedió a expulsar sobre La Moqueta una lava semilíquida compuesta por restos de comida deglutida y abundante agua de fuego. Al cierre de esta crónica, los servicios de Protección Acaril habían recuperado tres millones de cadáveres, aunque se teme que la cifra de ácaros desaparecidos pueda ascender a más de cuatro. Una pena, tú.

Al momento recuperé la capacidad auditiva; alguien me había conducido al baño mientras Rob fregaba vigorosamente el fragmento de moqueta afectado por mi regurgitación y se cagaba en la hora en la que se le había ocurrido invitarme. Poco más tarde, sentado ya en el sofá, mascando un chicle que Steve me había ofrecido con una sonrisa torcida mientras susurraba «qué cabrón», intentaba sentirme bien, tranquilizándome con la idea de que las cosas, de momento, no podían ir a peor.

Y una mierda.

Rob dio una palmada, dijo algo así como «ya es hora, tíos» y todos se levantaron tambaleantes. Comenzaron a abrigarse, como si se fueran a ir.

—Es que tenemos que irnos. La madre de Rob llega a las once y media —me explicó Troy interpretando mi gesto de asombro como lo que era: una vez más, no me había enterado.

Me despedí del anfitrión balbuceando una disculpa de la que no hizo acuse de recibo, quizá porque él ya ensayaba cómo explicarle a su madre la lámpara de cristal hecha añicos y la mancha en la moqueta. La alegría ética de antes había dado paso a la resacosa reflexión. No estaba el horno ni para bollos ni para mentar que nos llevara en coche, así que nos fuimos andando, todos menos Steve, que se quedaba a dormir allí. Sam y sus amigos se fueron por la izquierda y nosotros por la derecha hasta llegar al Seven Eleven de la Washington con Douglane, donde seguía mi bicicleta atada, verde y fría. Antes de irse, Kurt me abrazó de forma sincera, cariñosa, genuinamente americana, como si se sintiera culpable de mi derrota, o porque estaba borracho como una cuba y entraba a grandes zancadas en la fase de exaltación de la amistad, la cosa es que agradecí aquel gesto, tan inusual en los recios adolescentes españoles de mi entorno, y todavía me quedé unos segundos viendo como el fabuloso luchador se alejaba junto a Troy, que no dejaba de subir y bajar los bordillos de la acera con su skate.

La sonrisa se me heló mientras desataba la bicicleta, con no poco trabajo, antes de ponerme a pedalear hacia Carpet Drive. El balance de mi primera juerga de viernes en California no era para tirar cohetes. Eran las doce menos cuarto de la noche —en España estaría empezando la fiesta— y ya volvía a casa. En bicicleta. Y después de haber vomitado. Qué desastre.

El chirrido desengrasado de mi montura era la exacta metáfora sonora de mi estado de ánimo.

Pasé una noche muy mala, mareado, inquieto, con el apestoso regusto que te dejan los jugos gástricos a su paso por sitios que no son el estómago, por ejemplo, la boca. Tardé en dormirme y cuando lo hice, la tenue claridad del más puro amanecer californiano desteñía el horizonte.

Desperté sobresaltado, no por algún ruido inoportuno, sino por el estrépito de la mala conciencia, por la intuición de lo tarde que podía ser, por el terror a salir de mi burbuja y enfrentarme a la viuda furibunda. El reloj, ajeno a mi alteración, marcaba las dos y media de la tarde, una hora normal en mis sábados españoles, que ahora sentía

como una provocación en toda regla a la comunidad metodista. Me habría quedado gustosamente allí encerrado todo el día, pero tenía la vejiga hinchada como un pellejo repleto de vino; deseché la idea de mear por la ventana o en el contenedor especial para morenas que, por alguna extraña razón, seguía en mi habitación, y abrí la puerta lo justo para obtener una visión parcial del pasillo. Nadie a la vista. Claro, que el recoveco a la izquierda de mi habitación que conducía al baño y a la habitación de Betty quedaba fuera de mi exploración. Un dramático aviso de urgencia de mi aparato excretor en forma de dolor punzante en el pubis acabó por decidirme a adentrarme en el peligro. Atravesé los dos metros y medio de enmoquetado corredor mirando al suelo, pisando despacio y alivié los restos de cerveza y whisky que mis riñones habían filtrado a duras penas. Antes de salir del baño pegué la oreja a la puerta; nada. Ni un ruido, ni la sombra de una conversación, ni el runrún de la tele, ni el *Yesterday* de los Beatles. Avancé hacia la cocina como Ripley por su nave y comprobé que estaba solo en casa. Una nota de Betty me informaba de su ausencia hasta las nueve de la noche y de la presencia de un pastel de carne en el horno.

Ése fue su gran error.

Quiero decir que una pequeña bronca o una mala mirada nada más levantarme habrían bastado para corregir, aunque fuera levemente, mi comportamiento, para retrasar el desfase o para motivarme a la hora de disimularlo, pero aquel gesto de desaparecer en mi primera resaca sería, de ofrecerme comida y dejarme el mando a distancia con 35 canales para mí solo, era una declaración de intenciones, una invitación a la juerga, un empujón al vicio por parte de mi viuda favorita, la madre de América, la reina metodista, Betty I de California. También deduje que el hecho de que aquella familia no contara con padre añadía un plus de libertad nada desdeñable, aunque dicho pensamiento me recordó la esquivada reacción de Phil cuando intenté averiguar las circunstancias de su muerte. Aquel silencio escondía algo, seguro, pero en ese momento yo sólo sentía hambre.

El pastel de carne me recordó el estofado que me habían preparado el día de mi llegada; quizá aquel picadillo fueran los restos de mi primera cena. Opté por un desayuno a base de donuts rellenos y me senté frente a la televisión; como siempre, el primer instinto era conectarme a la MTV. Lionel Richie, con su americana remangada y el cuello subido, cantaba *All Night Long* como riéndose de mí, con mi jueguita de dos horas y media y gracias, así que cambié muy mosqueado y aterricé en el canal religioso —otro de mis refugios impulsivos—, donde solía ver al reverendo Brian Stackpole y su esposa Candy, un remilgado matrimonio que parecía vivir en aquella cadena. Brian siempre vestía traje oscuro con corbatilla texana y lucía unas sienes cuidadosamente plateadas. Candy no apeaba su vestido rosa con lacitos, bien ceñido alrededor de una talla 115 de pecho; la peluca rubia, los labios pintados en rojo cereza y las largas uñas a juego con el vestido completaban una especie de Dolly Parton con aires de estrella porno venida a menos. Los gestos de la pareja, su empalagoso discurso y aquella descarada forma de pedir donativos telefónicos me atraían de una forma que Betty no podía comprender. A veces me quedaba absorto observando el fabuloso timo porque era perfecto; me imaginaba a los ancianos de todo el estado marcando el número que aparecía en pantalla y enviando sus diez dólares para no se sabe muy bien qué cosa, algo que, seguro, conllevaría una paz espiritual —un «bienestar superior» como le gustaba apostillar a Candy— que redundaría en una vida más sana, duradera y feliz. En otras ocasiones, el canal era ocupado por una

congregación de gospel con un reverendo negro que, embutido en una túnica verde, parecía llegar al trance mientras mostraba la palma de su mano a la cámara con los dedos bien estirados y gritaba en medio de convulsiones:

—¡Cinco dólares! ¡Cinco dólares, hermanos y hermanas! ¡Sólo os pido cinco dólares para salvar vuestra alma!

Aquello era grande, hipnótico, surreal, fascinante. Los fastuosos rituales de las celebraciones católicas que hasta entonces había vivido en España —las procesiones de Semana Santa, las misas con coro, el Corpus Christi— se mostraban al desnudo, sin adornos, en la televisión de Estados Unidos. La religión también era un negocio y aquí no se andaban con rodeos. Alguna vez intenté hablarlo con Betty, pero su gesto grave y preocupado no invitaba a charletas ateas.

Aquel día, rebotado con los modositos mohines de Lionel Richie, me encontré en el canal religioso con el espectáculo total; un sudoroso pastor, o reverendo —nunca lo tuve claro—, ocupaba el centro del enorme escenario montado en un polideportivo. El público enfervorizado asentía desde las gradas y las sillas dispuestas en la pista; no cabía un alma más dispuesta a ser salvada del pecado, apartada del camino equivocado, redimida a tiempo por el Señor, el único guía, el Mesías, la Verdad y otros tópicos vociferados, con asombroso sentido dramático de la escena por el pastor, o reverendo, por el Gran Embaucador que agitaba una Biblia abierta en una mano y señalaba al cielo con la otra. El oficiante disponía de un pequeño micrófono inalámbrico que le permitía abandonar el atril situado en mitad del escenario y caminar de lado a lado, limpiarse el sudor con un pañuelo blanco, llorar con amargura o reír sarcásticamente. Todo en teatral beneficio de un sermón trillado y de un número de teléfono que no abandonaba la parte inferior de la pantalla. El público, entre el que predominaba la mediana edad, repetía los gestos como el eco en una gran valle; sudaba, lloraba, reía y, en todo momento, proclamaba su fe en aquel energúmeno gritón. Pero lo mejor estaba por llegar; después de la arenga religiosa, el ministro de Dios bajaba del escenario y caminaba por los pasillos del recinto para tocar a sus feligreses; alguno llegaba al trance convulsivo mientras sus familiares lo sostenían para que el reverendo o pastor le impusiera las manos y acompañara la bendición con agresivas jaculatorias. Desde luego, aquel espectáculo estaba más cerca de *El exorcista* que del plúmbeo y grisáceo *Testimonio*, mi única referencia televisiva religiosa hasta la fecha.

Aquella liturgia de la exageración sólo tenía lugar los sábados y domingos por la mañana —el monstruo mediático tenía que dosificarse— y siempre que podía me la tragaba sin dar crédito a la extraña realidad que escondía. Tal era mi atención que unas semanas después, Betty, en uno de sus cada vez más infrecuentes avisos de conversación seria, me transmitió su preocupación ante el interés que mostraba por los telepredicadores; temía que mi familia hubiese enviado a San José un católico y le devolvieran un fanático protestante con el sueldo embargado de por vida. Intenté explicarle que la fascinación que me producía ese canal no tenía que ver con la convicción del mensaje transmitido, sino con la magnífica actuación del protagonista y la ingenuidad de los fieles que entraban en trance espiritual y económico. Quería decirle que me tragaba los mensajes religiosos con el mismo deleite con que veía *Vacaciones en el mar* o seguía las pormenorizadas explicaciones de un pelapatatas en el canal de teletienda. Todo formaba parte del mismo timo; la falsa felicidad empantallada, la calumnia de la vida enlatada en una religión de pacotilla, un barco de

mentira convertido en una cama redonda flotante o un utensilio de cocina con el que ahorrabas tiempo para estar con los tuyos.

Me escuchó con atención y borró la preocupación de su rostro; lo que mis padres habían enviado a California no era un católico convencido sino un idiota practicante. Y así volvería a España.

La belleza de Tina oscilaba entre preciosa y radiante; tenía muchos días buenos y algunos muy buenos, pero aquella mañana, cuando llegué a la taquilla 405, me encontré ante la misma encarnación de Miss Universo. Era algo en su pelo, ondulado y en cascada sobre los hombros, en su sonrisa perfecta, en sus ojos negros y brillantes o en mi enamoramiento adolescente. Su saludo cordial al verme llegar disparó, de forma automática, inconsciente, mi atropellada declaración:

—Tina, ¿qué te parece si vamos un día al cine?

¿Quién había dicho aquello? ¿Cómo habían salido esas palabras de mi boca? Es más, ¿por qué había abierto la boca? ¿Qué fuerza extraña y dominante había tirado de mi mandíbula inferior hacia abajo mientras una voz, igual a la mía, sí, pero salida del mismo averno declamaba aquella frase?

Tina tardó un par de segundos en contestar, mirándome con aquellos ojazos manga, mordiéndose el labio inferior con uno de sus colmillitos superiores. No creo que llegara a los dos segundos, la verdad, pero era una de esas ocasiones en las que el tiempo se detiene, uno de esos saltos Matrix en los que cientos de cámaras fotográficas colocadas a tu alrededor flashean consecutivamente para alargar el momento, estirar el lapso y congelar el gesto. El eco de la palabra «cine» todavía resonaba en el aire como uno de los golpes que recibía Rocky en medio del atronador silencio de un pabellón lleno de público. Unos treinta y cuatro siglos más tarde, Tina separó los labios y dijo:

—Bueno...

Desde luego, no era una confirmación de cita muy entusiasta, pero estaba yo como para andarme con remilgos.

—¿Cuándo? —pregunté precipitadamente para no darle tiempo a arrepentirse.

—No sé... Ya lo vamos hablando —respondió. Y como si adivinara cuál iba a ser mi siguiente frase añadió—: Este sábado, imposible.

Cuando se fue me quedé unos minutos observando la foto de un sonriente Bob Marley que había pegado en el fondo de mi taquilla. Era un retrato de sus últimos años —como los anillos del tronco de un árbol, la longitud de las trenzas de Bob Marley sirve para identificar la época en que ha sido fotografiado— y en ella el rasta más famoso de la historia miraba a un lado con dos dedos de su mano izquierda apoyados en la barbilla. Como si notara que estaba siendo observado, Marley dirigió hacia mí sus pupilas y, sin dejar de sonreír, me guiñó un ojo.

Total, que llegué a clase de inglés cuando el señor Nealon acababa de pasar lista. Como ya había hecho otras veces, el profesor me dirigió una mirada a medio camino entre la recriminación severa y la misericordia indulgente, sacó un cuadernito del cajón de su mesa y apuntó no sé qué mientras murmuraba que esto no podía ser y tal. «Qué manía de apuntar mis retrasos», pensé. «¿Estaré preñado?».

Me senté dispuesto a no enterarme de una sola palabra que dijera aquel señor estrafalario —hoy tocaba camisa verde y corbata amarilla— y me dediqué a lo único que me importaba: analizar todos y cada uno de los gestos y palabras de Tina durante

nuestra conversación. Me sentía como Billy Joel en el vídeo de *Uptown Girl*, un humilde y grasiento mecánico que suspiraba por una fabulosa hembra de la jet; pero, claro, es que la piba del vídeo jera su mujer en la vida real! ¡Así cualquiera! Mi estado de ánimo oscilaba entre el desaliento absoluto y el optimismo desbordado. Primero pensaba que tampoco habíamos quedado del todo y que a partir de ahí esquivaría con cortesía mis propuestas semana tras semana; luego me convencía de sus buenas intenciones, de su deseo puro y limpio de conocerme mejor. Después recordaba la torpeza de mi discurso y deducía que ella había aceptado la forzada cita sólo en nombre de la buena educación y la correcta hospitalidad que se espera de una honrada ciudadana americana; acto seguido lo único que contaba era que estábamos en un instituto, aquí nadie va de ONG y si queda conmigo es porque le molo, le molo, le molo, repetía para persuadirme. Pero ella tenía dónde escoger, todo el instituto estaría suspirando por aquel bombón, pero, claro, también es verdad que cuando me miraba había un brillo especialmente lascivo en sus ojos. ¿O es que era miope?

—¿Tina? ¿Tina qué? —preguntó Rob arrugando la nariz.

—Tina Barlow. Juega en el equipo de fútbol —informé asombrado de que hubiera alguien en Catworth que no la conociera.

—Te diré una cosa —a Rob le encantaba empezar las frases con esa coletilla—: No hay mayor fracasada que una tía que se apunta al fútbol femenino; eso significa que la han rechazado en los deportes normales o que es tortillera. Lo que yo te diga.

Primero me detuve en el hecho de que no considerara el fútbol europeo como un deporte normal; después reparé en el desprecio que mostraba hacia la mujer que llenaba mi vida.

—Pues me voy al cine con ella —repliqué quisquilloso.

—¿Cómo? ¿En bicicleta? —respondió entre carcajadas—. Sí, claro, la puedes sentar en la barra de la bici... Un momento, ¡si no tiene barra! Bueno, eso no es problema, ¿verdad, Joe? La bici no tiene barra pero tú sí...

Rob siguió con varios chistes tan verdes como mi bicicleta, pero yo ya no escuchaba.

Una mirada neutra a mi consumo diario de televisión habría diagnosticado cierta sobredosis catódica, pero aquello no había quien lo parara; lo que yo estaba haciendo era acopio de provisión audiovisual antes de regresar a la española tristeza del canal y medio que componían TVE y el UHF, así que mi entrega a la pequeña pantalla era una cuestión de supervivencia. Hombre, otra mirada neutra también argumentaría cierta escasez de vida social, pero quién quería amigos teniendo la MTV todo el día, repeticiones de *Taxi* o *Apartamento para tres* (la versión que John Ritter hacía de *Un hombre en casa*) y los estrenos semanales de *Cheers* o *Canción triste de Hill Street* (aunque la mayoría de argumentos y chistes se me escaparan por el desagüe del idioma). Además, tenía el mando a distancia para mí solo, pues Betty y Phil disponían de televisores en sus habitaciones y apenas si usaban el de la sala de estar.

Pero no todo era ver la tele, no señor. Cada día, después de cenar, me gustaba dedicar unos minutos a la lectura. Claro que el libro era siempre el mismo: la *TV Guide*, revista semanal dedicada a la programación televisiva y que venía a ser la versión gordaca del castizo *TP*. Si aquel año hubiera dedicado a algún libro de texto el mismo interés que a esa diminuta publicación, los profesores de Catworth me habrían sacado a hombros del instituto. Una tarde, al llegar a casa, me encontré la *TV Guide* entre el correo que Betty había depositado en la mesa de la cocina; ni corto ni perezoso, rasgué

el envoltorio, abrí el semanario al azar y, como acto reflejo, acerqué mi nariz para olfatear el olor a papel nuevo. En ese momento, la viuda entró en la estancia, tan sigilosa y gatuna como siempre, y me pilló, medio encorvado sobre la mesa, esnifando el aroma de la revista. Entre que no me veía con ánimo de explicarme y que la vergüenza me atenazaba el espinazo, permanecí con la napia hundida entre las páginas de la *TV Guide*. Sin apartar la mirada de Betty amagué un intento de conversación normal:

—Huele bien...

Como me temía, cualquier atisbo de explicación sólo podía empeorar las cosas. Betty no abrió la boca. Asumiendo que tenía en casa una mezcla imposible de yonki televisivo y tonto incurable, se retiró a su habitación con un sincero rictus de compasión en el rostro.

Cierto jueves en que me disponía a ver un capítulo de *Fama* titulado, según la guía de televisión, *El retorno del doctor Scorpio*, Betty anunció con su habitual solemnidad otra de las secuencias que no podía faltar en el telefilme que yo mismo protagonizaba en California:

—Joe, dentro de una semana celebraremos el día de Acción de Gracias en casa de los Newman.

Cualquier adolescente europeo que haya crecido delante de un televisor sabe que esa comida, fecha señalada en el calendario americano de celebraciones, recuerda el agradecimiento de los primeros invasores procedentes de Inglaterra tras sobrevivir, imagino que atónitos, a las inclemencias del Nuevo Mundo.

Charles Newman, pariente de Betty en un grado que no alcancé a comprender, vivía con su mujer y tres hijos a más de una hora de coche en dirección a Sacramento. Su casa era asombrosamente parecida a la nuestra, a la de Rob, a la de los Yates, a la de todas las familias de San José, California y la Costa Oeste. El césped delantero, un salón enmoquetado, tres o cuatro habitaciones, la barra que separaba la cocina del comedor y el jardín trasero. ¿Existiría una Agencia Nacional de Diseño Interior dedicada a replicar los hogares americanos a lo largo del país? ¿Cuándo había empezado a funcionar? ¿Cuál era su objetivo? ¿Por qué me hacía tantas preguntas estúpidas?

Betty estaba exultante, feliz con la batería de tupperwares cargados en el maletero del Buick; llevábamos tanta comida que llegué a pensar que los Newman sólo pondrían la casa y el famoso pavito, único manjar que no figuraba en las viandas que transportábamos como un convoy de la ONU. Al llegar allí, sin embargo, comprobé que me había equivocado en varias cosas:

a) A la cena no sólo estábamos convocados los Newman, los Johnson y el español gorrón, sino un total de cinco familias: dos matrimonios, dos viudas y una divorciada con sus respectivas proles, un total de diez menores contándome a mí, el estudiante parásito, el pulpo en el garaje, el elefante católico en la cacharrería metodista.

b) Todas las unidades familiares aportaban una cantidad similar de comida, por lo que el banquete allí presentado tenía un punto obscuro muy poco religioso; había provisiones como para dos regimientos de infantería.

c) El bicho que presidía la mesa bufé tenía forma de pavo, pero tamaño y peso de jabalí. Al momento desconfié de aquel galliforme desmesurado; era Superpavo, el pavo de Notre Dame, el Vengador Tóxico de los pavos. Eran tres pavos en uno, con zancas que parecían réplicas de los bíceps de Lou Ferrigno y una pechuga digna de la estanquera de *Amarcord*.

d) Escuchamos la oración del orondo señor Newman con cristiano recogimiento. Seguidamente, el mismo anfitrión nos rogó que, en silencio, agradeciéramos el año vivido y rogáramos que el siguiente fuera, si no mejor, al menos igual de bueno. Haciendo acopio de la fe adquirida, invocando las enseñanzas del catecismo más simple y con el profundo convencimiento de que, en ese mismo momento, Nuestro Señor abandonaba sus quehaceres habituales para concentrarse en mi plegaria, le supliqué al mismo Dios que Tina Barlow accediera a ir conmigo al cine, Jesusito de mi vida, que eres macho como yo, por eso me entiendes tanto y te doy mi corazón, mi páncreas y un riñon si hace falta.

Un «¡amén!» jubiloso y hambriento se convirtió en el pistoletazo que esperábamos para hacer cola frente a la mesa. Tras ella se parapetó el propio Newman para trinchar con un cuchillo que daba miedo; mientras el cirujano operaba a pavo abierto, los comensales mojaban Doritos en recipientes con distintas salsas espesas y se servían ensaladas de todos los colores. Además había puré de patata regado con salsa dulce de arándanos, varias fuentes con vegetales cocidos al vapor y una gran salsera para regar el plato a gusto. No me fijé mucho en el resto de comida porque decidí reservarme para la batería de postres caseros dispuestos sobre otra mesa.

Aunque la comida transcurrió sin mayores sobresaltos, no pude evitar la incómoda sensación de sobrar en aquel cuadro. Y no porque las dieciséis personas que me acompañaban en el trance me hiciesen el vacío —bueno, el hijo de la divorciada se mostró bastante distante conmigo— o no intentaran integrarme en sus conversaciones, no, se trataba de una total ausencia de química por mi parte; al fin y al cabo, ellos llevaban toda la vida dándole a aquella comilona de noviembre un significado especial. Además se conocían y compartían una visión de la vida, una forma de ser, estar y pasar por este mundo que no era ni mejor ni peor que la mía, pero que a mí me parecía más aburrida.

Hinchados como globos, empleamos el tiempo de la digestión como mejor se nos ocurría; los adultos, con algún menor infiltrado, jugando a las cartas, los más pequeños haciendo un puzzle y la sección «primeros picores» —en la que entrábamos Phil y yo— desparramados por la moqueta frente a una falsa chimenea que escondía una estufa eléctrica. Todo demasiado amable, formal, triste, cansino; empezamos a hablar de música y Phil propuso escoger las cinco mejores canciones de los Beatles.

—*¡Hotel California!* —gritó entusiasmada Sue, la oronda hija mayor de los Newman.

Diciembre - *Love Is A Battlefield*

El entrenador Danson siempre me reservaba para la segunda parte de los partidos. Era como si esperase que al salir fresco al campo me decidiera a meter otro golazo como el de pretemporada. Es más, en varias ocasiones me sacó justo antes de que lanzáramos un córner —como había sucedido en el ya mítico encuentro contra Palo Alto— y al área me iba yo con la determinación de un cañonero, la decisión de un cazagoles y el instinto de un pichichi, pero el balón nunca me llegaba a los pies, ni siquiera a la cabeza. Tan sólo una vez la pelota salió rebotada y se acercó mansamente hacia mi posición; Danson, Tim Holley, el resto de compañeros, yo mismo, con el corazón en un puño al golpear el esférico con la furia de mil delanteros y el puño que se hacía añicos al ver el balón salir alto, muy alto, estratosférico y desviado, muy desviado, estrábico hasta perderse por una banda ¡lateral! Aquel día, mientras regresaba cansino a mi campo para recuperar la posición a la espera del saque de puerta, asumí que mi carrera futbolística en California había conjuntado plenitud y decadencia en aquel lejano gol que ya olía a podrido. Miré de reojo al entrenador; por su gesto supe que pensaba igual que yo.

Hoy jugábamos contra Yerbabuena, instituto situado al sur de San José, en una zona eminentemente hispana. En aquel partido mi labor en el campo tenía una especial relevancia; traducir los posibles insultos en español por si había que cruzarle la cara a algún contrario. Así me lo había explicado Brian, un rubiales con pocas entendederas al que Danson había nombrado capitán del equipo, no por supuestos méritos tácticos o diplomáticos, sino porque también era pateador titular del equipo de fútbol americano del instituto y esos, ya se sabe, tienen reconocimiento, prestigio y animadoras. El consuelo era que, a pesar de las diferencias de estatus según el deporte que practicaras, sí había algo que unía a todos los equipos que representaban a Catworth en las liguitas de secundaria; no me refiero a un orgullo de grupo o a la satisfacción de defender los colores burdeos y amarillo. Hablo de nuestra evidente falta de talento. Daba igual que se tratara de baloncesto, fútbol, béisbol, voleibol, natación, atletismo, hockey sobre hierba, lucha libre, gimnasia o bádminton: Catworth no ganaba ni a las canicas, lo cual no restaba ni un ápice de solemnidad a cualquier acto relacionado con las fotos oficiales, las presentaciones de los equipos o los entrenamientos a tope, dale duro, a ver si empatamos.

Durante la primera parte del partido no había escuchado insultos destacables provenientes de los contrarios. Se lo explicaba durante el descanso a nuestro capitán, más preocupado por alguna posible ofensa a su honor que por los cuatro golazos que nos habían metido los de Yerbabuena en cuarenta minutos —los partidos duraban diez menos que en Europa— y los que nos podrían caer en el segundo tiempo. Al poco de reanudarse el encuentro, el entrenador me hizo un gesto para que saltara al campo. ¿Por qué me sacaba? ¿Por qué se empeñaba en recordarme que en un día lejano, en el albor de la humanidad, había metido un golazo por la escuadra? ¿Era parte de una meticulosa humillación? Mis pensamientos siempre eran así de negativos hasta que el árbitro permitía el cambio. Y entonces, cuando el compañero al que sustituía abandonaba el terreno de juego taladrándome con odio jíbaro, mi ilusión brotaba como una seta tras la lluvia y acababa saltando al campo como un toro.

Cinco minutos más tarde —ni siquiera había tocado el balón— nos metieron el quinto y, poco después, el sexto. A todo esto, Brian no cesaba en sus órdenes y ánimos, como si un arranque de nuestra furia, combinado con un fabuloso despiste colectivo del equipo contrario, nos permitiera meter siete goles en un santiamén. En un momento dado, todos los jugadores esperábamos el saque largo de nuestro portero; Catworth mirando al cielo como el que teme un bombardeo enemigo, Yerbabuena como el hambriento que espera ayuda humanitaria. El balón aterrizó en medio del campo y uno de los contrarios —que precisamente había marcado los dos últimos goles de su equipo— saltó con la sana intención de rematar de cabeza. No contaba con nuestro aguerrido capitán Brian que, haciendo honor al otro deporte que practicaba, arrolló al jugador de manera sagaz, brutal y despiadada, olvidándose del balón y centrándose en la persona, o mejor dicho, en su aniquilación. El árbitro pitó furioso y le mostró una tarjeta a un asombrado Brian que no entendía qué había hecho mal. El contrario se levantó a duras penas y, en perfecto castellano, masculló:

—Mecagüenlaputaqueteparió.

Lo había oído alto y claro. Yo estaba justo detrás de Brian, que se volvió hacia mí con la mosca detrás de la oreja, esperando que mi traducción confirmara sus peores temores; que además de ganarnos seis a cero, aquel mono chicano se había atrevido a insultarle. Yo miré al jugador de Yerbabuena; no parecía estadounidense ni de origen mexicano, y aquel acento no era nativo, había algo inexcusablemente español y castizo en ese taco tan oclusivo y directo:

—¿Eres español? —pregunté en mi idioma original.

—¡De Burgos!

Nos abrazamos como si nos reencontráramos después de una guerra aunque no nos conocíamos ni de vista, mientras Brian Long, capitán del equipo de soccer y pateador del equipo de fútbol americano, grababa mi nombre con letras de sangre en su negro corazón para convertirme en objeto de eterno odio a muerte.

Quizá como deferencia al compatriota recién conocido, Rafa —así se había presentado el burgalés— no marcó más goles en lo que restó de partido, ni tampoco lo hicieron sus compañeros, contentos con vapulearnos por seis a cero. Al final, me quedé un rato hablando con mi nuevo amigo de Briviesca, sí, hombre, tienes que conocerlo, ya cerca de La Rioja. Resulta que Rafa era una especie de héroe local en Yerbabuena como máximo goleador del equipo —quince goles en seis partidos contando el de hoy— en un instituto con muchos hispanos locos por el fútbol europeo. Y se había sacado el carnet de conducir porque en una semana podías ventilarte las horas obligatorias de teoría en una autoescuela. Su familia le permitía conducir el Cadillac Seville familiar, y él lo usaba los sábados para llevar a su novia —juna animadora del instituto!— al autocine y follar como perros en el asiento de atrás. Además, había cumplimentado una petición de beca para la Universidad de San José, que no sólo se mostraba muy interesada en contar con buenos jugadores de fútbol, sino que tenía uno de los mejores departamentos de Ingeniería Aeronáutica, que era lo que Rafa siempre había querido estudiar.

—¿Y tú qué tal? —preguntó sin maldad, con buen rollo.

Mi vida americana pasó antes mis ojos a gran velocidad como si me fuera a morir en aquel momento, cosa que no me hubiera importado. Sólo había metido un gol y de casualidad; era cualquier cosa menos un héroe local. La única autonomía de transporte de la que disponía era una enorme bicicleta verde que chirriaba. Las chicas con las que,

de alguna manera, había intimado se llamaban Barbara Edwards, Tracy Vaccaro, Veronica Gamba o Terry Nihen, es decir, las Playmates de los últimos cuatro meses. Y las peticiones formales que había cumplimentado hasta el momento eran las postales que enviaba a los concursos de la MTV.

—De puta madre, tío. Me va que te cagas —respondí con una sonrisa petrificada.

El mes de diciembre empezó con un gran revuelo en la MTV. Michael Jackson estrenaba en exclusiva mundial el videoclip de *Thriller*, después del paseo luminoso de *Billie Jean* y la pelea coreografiada de *Beat It*. Por esas paradojas de la vida, los prejuicios y los intereses creados, había sido Jacko, que más tarde se decoloraría hasta la blanca palidez, quien rompiera la negativa inicial de la famosa cadena a programar música negra. Era su año, y la MTV, rendida a los pies del todavía rey del pop, anunciaba a bombo y platillo el estreno de un espectacular videoclip de 14 minutos dirigido por el mismísimo John Landis. Si la cadena sólo tenía dos años de vida y ya había propiciado tales logros, ¿sería algo más que una moda pasajera? En un borrachuzo debate con Rob, sostuve que la MTV pasaría igual que había venido, y que en un par de años los grupos no le dedicarían mayor atención a los vídeos que la que le dispensaban tres años antes. En fin.

El estreno del clip de *Thriller* tuvo lugar el viernes 2 de diciembre, a las doce de la noche, un año y un día después de que se hubiera editado el álbum del mismo título. Aquella noche yo estaba en casa, no por ser fan incondicional de Michael, sino porque no había localizado a Rob, Troy estaba surfeando en Santa Cruz y Kurt de viaje con el equipo de lucha libre. Estaba en casa porque no me quedaba más remedio, así que decidí invertir las prioridades y asistir al estreno de *Thriller* como si presenciara la llegada del hombre a la Luna, con la convicción de que aquel videoclip era un pequeño paso para Jackson, pero un gran salto para la industria musical, para la idea de entretenimiento, para la cultura del ocio venidera. Estaba a punto de disfrutar de un momento histórico cuyo relato solicitarían mis amigos de España una y otra vez: ¿Qué llevabas puesto? ¿Qué sentías un segundo antes de que empezara? ¿Por qué estabas en casa un viernes por la noche?

Ya se sabe que hay mucho cabronías suelto.

Puntual en la medianoche apareció la chica temerosa, Michael convirtiéndose en lobo a la manera de *Un hombre lobo americano en Londres*, el ballet zombi, el homenaje a *La noche de los muertos vivientes* y el final casi feliz, pero con el cantante fijando en la cámara sus ojos lobeznos.

Bien, ya eran las doce y cuarto de la noche. De la noche de un viernes. Y yo en casa.

Dormí casi diez horas de un tirón; desperté exultante, recuperado del cansancio que arrastraba tras semanas de insomnios, madrugones y entrenamientos. Me levanté con un optimismo totalmente injustificado, tan desbordante que le pregunté a Betty si había algo que hacer. Me miró con cierto asombro y apuntó al jardín trasero; llevaba tiempo queriendo ordenar aquel caos.

La culpa es mía, por provocar.

La mañana se nos fue en deshacernos de chatarra inservible: una vieja barbacoa, dos sillas metálicas oxidadas, una especie de juego de la rana de plástico barato — obsequio de los Yates— o varios tabloncillos de distintos tamaños abultados por la humedad. Además, me ocupé de cortar el césped y fregar las losas mientras Betty

recortaba las plantas. La viuda estaba encantada con la chacha española que se había agenciado para que su hijo Phil empleara los sábados en desaparecer de casa sin problemas de conciencia.

Después de comer, agarré la bici verde —a estas alturas de partido sus quejidos hasta me hacían gracia—, me acerqué al centro comercial West Market y entré en la tienda de Ken. Antes de saludarlo, un enorme cartel volvía a convulsionar mis ímpetus rockeros:



Aquel día no tenía previsto comprar disco alguno, pero acabé llevándome el maxisingle de *Los siete magníficos*, un tema que los Clash tocarían en ese concierto, claro, en San Francisco nada menos. Mientras pedaleaba de vuelta a casa, una nueva meta, certera como un rayo, vino a dar sentido a mi presencia en aquellas tierras lejanas: tenía que ver a los Clash.

Como hay dios.

Fue Tina la que me lo dijo, lo juro, yo no abrí la boca, fue ella la que sacó el tema:

—Joe, el sábado voy al cine con unos amigos, ¿te apetece ir?

Asentí como si yo fuera Scooby Doo y ella Shaggy ofreciéndome unas hamburguesas. Sólo me faltó sacar la lengua, saltar a su alrededor y menear el rabo. Bueno, eso último no, que todavía era nuestra primera cita.

En realidad, la semana anterior yo le había recordado, tímidamente, nuestro compromiso pendiente. Cuando esgrimió una excusa vaga e indeterminada para quitarme del medio, decidí, solemne, que le iba a pedir otra cita la madre que la parió, o Greg Reynolds, mi otro compañero de taquilla, que tampoco perdía oportunidad de darle cháchara a la jugadora de fútbol más sexy, tierna y bella de Estados Unidos. La cosa es que la invitación me pilló por sorpresa, pero antes de ocuparme de los aspectos prácticos de la operación, decidí torturarme un poco más pensando que ella me había ofrecido la cita por pena y por educación, a ver qué impresión se iba a llevar aquel pobre estudiante extranjero tan sonriente. Pronto entré en la rueda de altibajos anímicos, pasando de la humillación al éxtasis, del ostracismo a la entrega, de la derrota a la lascivia.

Total, que rodando, rodando, llegué otra vez tarde a clase de inglés.

Como siempre, el señor Nealon me miró con infinita tristeza, aunque esta vez el gesto se veía más tenso, quizá por la almidonada dureza de los cuellos de su camisa azul turquesa. Como presagiando algo terrible, sacó la pequeña libreta del cajón de su mesa y trazó unos caracteres; contando con la punta del bolígrafo, picó cinco veces sobre la hoja y se volvió hacia mí.

—Has sumado cinco retrasos, Joe. Tengo que enviarte a la oficina del señor Powers —sentenció apesadumbrado por la evidencia y gravedad de mi delito.

«Verá, es que mí me la suda su cuadernito y, puestos a sudar, también me la suda Powers, porque el sábado me voy al cine con Tina Barlow, sí hombre, la jugadora de fútbol, debe usted conocerla, no pasa desapercibida».

Habría sido, sin duda, una bonita respuesta por mi parte.

Al finalizar la clase, el Nealon más circunspecto que había visto hasta entonces, extrajo de su carpeta un formulario con el pomposo encabezamiento de «Advertencia Disciplinaria»; constaba de una hoja en blanco que debería entregar a mis padres —así lo ponía, «mis padres», es decir, Betty no tenía por qué enterarse del incidente—, otra amarilla para el jefe de estudios, una azul para añadir al informe escolar y, finalmente, otra rosa que se guardaba el profesor. Con movimientos de espadachín, Nealon marcó con una equis la casilla correspondiente a «Excesiva tardanza» —otras opciones eran «Faltar a clase», «Lenguaje inaceptable», «Molesta a sus compañeros» o «Fuma»—, añadió con gesto vigoroso «Cinco retrasos» en el apartado de «Comentarios», arrancó la cuartilla rosa que le correspondía y me entregó el resto para que, antes de irme a casa, buscara al señor Powers.

—Es que mi taquilla está muy lejos... —expliqué mirando el papel.

Nealon, ya de pie, hizo cuatro movimientos a la vez para indicar que a él también se la sudaba: encogió los hombros, ladeó la cabeza, cerró los ojos y levantó las palmas de sus manos a la altura del cuello. El gesto había sido tan exagerado que pensé que le había dado una angina de pecho. Me fui sin saber si había recuperado su posición original.

En el despacho de Powers asistí a una de las mejores secuencias en la peliculera vida del jefe de estudios. Podía imaginarlo siguiendo, paso a paso, el mismo ritual cada vez que un descarriado aparecía en aquel cuartucho con una prueba condenatoria en forma de «Advertencia disciplinar». Primero leyó el papelito con una concentración exagerada; los codos apoyados en la mesa despejada, la espalda encorvada hacia delante y el gesto serio, muy grave, como si no bastara un simple vistazo para leer «Cinco retrasos», como si la equis que marcaba «Excesiva tardanza» no estuviera clara, como si leyéndolo una y otra vez la tinta desapareciera, la incidencia se borrara y el suceso nunca hubiera ocurrido. Porque ésa era la segunda fase del proceso; aquellos retrasos, aquellos formularios —blanco, amarillo, azul— suponían un disgusto insuperable para el jefe de estudios de Catworth. Le dolía como si su propio hijo hubiera cometido el crimen, no era justo, pero había que tomar medidas, ya sé, ya sé, tu taquilla está muy alejada de la clase del señor Nealon, pero ahora escúchame, hijo, debes organizarte mejor, y sabes que debemos castigarte para que no se pierda la disciplina, sólo lo hacemos por tu bien y el de tus compañeros, imagínate lo que sería esto si no tomáramos medidas.

Mi sentido arácnido saltó como un resorte; después de tres años en un colegio español de curas asociaba la frase «por tu bien» a un guantazo a mano abierta.

Pero no aquí, claro, en el sistema educativo californiano, donde un profesor podía ingresar en Alcatraz —si estuviera abierta— por tocar levemente a un alumno, faltaría más. Así que después de varias frases grandilocuentes sobre el honor, la dignidad y el deber, Powers dictó sentencia:

—El sábado vendrás de nueve a doce a la biblioteca.

¿Qué? ¡Prefería la ostia! Que sí, la ostia, Powers, dámela ahora mismo, a mano abierta, que no digo nada, de verdad, perfórame el tímpano de una bofetada con esas palmas que tienes que son como helipuertos, pero venga, por favor, no me hagas venir un sábado por la mañana.

No abrí la boca, pero mi cara quería decir eso y más.

—A no ser que... —añadió el jefe de estudios con premeditado teatrillo.

Lo que sea, sí, ya mismo, dime.

—... a no ser que escribas una redacción sobre el programa de televisión que mañana presenta la primera dama contra las drogas.

Estados Unidos. Un país tan grande como desconcertante; llegar cinco veces tarde a clase es una falta grave y la penitencia era ver en televisión a Nancy Reagan diciendo que la droga es mala y luego ponerlo por escrito. Intenté racionalizar lo absurdo de la propuesta; ¿pensaría Powers que aguantar durante tres cuartos de hora a la mujer de Ronald Reagan en la pequeña pantalla era un castigo tan cruel que jamás se me ocurriría volver a llegar tarde? Demasiado retorcido, incluso para el más perverso de los demócratas. ¿Por qué me obligaba a escribir contra la droga? ¿Pensaba que mis retrasos eran consecuencia de mi adicción a sustancias psicotrópicas? La opción era demasiado bonita, muy fácil. ¿Y si rechazaba la alternativa que me proponía? El lema de Nancy contra las drogas era *Just Say No*; ¿por qué no se lo decía a Powers? Podría elegir las tres horas de biblioteca para dejar claro que yo, de republicano, nada. Además, el jefe de estudios pensaría que no quería oír la carraca de la primera dama porque, en realidad, yo era adicto a oler pegamento. Tina se enteraría de mi rebeldía sin causa y caería rendida a mis pies. Quizá merecía la pena sacrificar las horas de sueño de la mañana del sábado.

Valoré todas las posibilidades antes de abrir la boca:

—¿De cuántos folios?

La semana pasó volando entre inequívocas señales favorables que confirmaban buenos augurios para mi cita con Tina. En Dibujo, la señorita Scalone repartió varias láminas para que copiáramos una; yo elegí el retrato de una especie de guerrera vikinga que usaba top de infarto, lucía piernas larguísimas y blandía una enorme espada sobre su cabeza. Por supuesto, desde el primer trazo, estaba dibujando a Tina. La Scalone me felicitó por el resultado obtenido. El señor Campbell, cansado de estar cansado, nos había obsequiado en su clase de Historia con la proyección, en tres entregas, de *La batalla de Midway* para ilustrar, según él, algunos avatares de la Segunda Guerra Mundial. Pues bueno. Con la señora Elliot analizábamos las relaciones entre sexos, que no sexuales: los roles asumidos, las discriminaciones superadas y las expectativas generadas que, en todo momento, apliqué a mi incipiente relación. La hora de estudio la dediqué a contemplar un fabuloso libro ilustrado sobre la obra de Picasso; mi querida señora Baxter casi había aplaudido de emoción cuando le pedí algo del pintor malagueño sin saber que en las señoritas de Avignon yo veía varias Tinas preciosas y deformes.

Nealon estaba un poco más tenso conmigo por lo de la «Advertencia disciplinar», por eso le hice ver con amplias sonrisas que no había rencor, todo lo contrario, que la vida es maravillosa y lo de Nancy Reagan no había sido para tanto. Uno de esos días, el profesor, vestido con impecable y ceñido traje marrón, camisa amarilla y corbata a juego, explicaba una de sus historias ejemplares para que luego escribiéramos una

redacción sobre ella. La intriga giraba en torno a la típica disputa doméstica entre hermanos en el día de Navidad, cuando todo el mundo se dirige al árbol para abrir sus regalos.

—¡Papá Noel me ha traído un bate de béisbol! —exclamó Nealon mostrando un bate que escondía, dios sabe por qué, debajo de la mesa. Después, asumía el papel del hermano pequeño que, visiblemente irritado, mostraba al ya expectante público, la naranja que solía descansar sobre su mesa:

—Pues a mí me ha traído una naranja... —Nealon, metido en el papel, sopesaba la fruta como Hamlet la calavera—; ¡una naranja! —el profesor comenzó a gritar fuera de sí, rojo de ira como el pequeño hermano cabreado que era—; ¡jino quiero una naranja!! —chilló antes de lanzarla, con la fuerza de un pitcher de béisbol, contra una de las paredes de la clase. La fruta impactó con violencia en el corcho que forraba el tabique y cayó al suelo desangrando zumo de naranja por el boquete que la recorría de arriba abajo. El choque también había dejado en la pared una huella oscura en forma de estrella con puntas largas y finas, a unos centímetros de la cabeza de George, el paralítico con tupé y guantes de cuero que se había unido la semana anterior a mi clase de inglés. Nealon, muy serio, se dirigió a él, le preguntó si estaba bien y se puso a recoger los restos mortales de la naranja. Una vez recompuesto de la crisis histriónica, el profesor recobró su habitual flema y, mientras se limpiaba las manos con el pañuelo, nos dijo con medio tono de voz:

—Bien, quiero que escribáis sobre la frustración que sentiríais en ese caso.

Nealon nos había acelerado las pulsaciones. Hasta Ken Freeman, uno de los alumnos más díscolos de Catworth, se había quedado pegado a la silla viendo el espectáculo del pequeño hermano airado. Miré a mis compañeros, boquiabiertos como yo; si uno se hubiera levantado a aplaudir, el resto le habríamos seguido sin pestañear.

No se acababan ahí los buenos presentimientos. Incluso mi penoso equipo de fútbol se apuntaba al optimismo; aunque un empate a cero contra los Osos de Santa Clara no era gran cosa, por lo menos era el primer partido de la temporada que no perdíamos. Y para rematar el aluvión de buen rollo, Phil se desparramó una noche a mi lado para ver algunos vídeos; después del *Union Of The Snake* de Duran Duran apareció en pantalla, una vez más, el *Thriller* de Michael Jackson. Cuando la protagonista salía del cine y caminaba por la acera mientras Jacko danzaba alrededor, Phil me miró sesgadamente y susurró como un viejo verde en unos urinarios públicos:

—Menuda tía, ¿eh?

A pesar de su inquietante forma de piropear, le devolví un gesto indicando que sí, que vaya tía. «Espera un momento», dijo antes de levantarse y desaparecer por la puerta del garaje. Al momento regresó al comedor como el hombre de Cromagnon que vuelve a la cueva con un búfalo recién capturado y arroja sobre la mesa su trofeo: el *Playboy* de junio de 1980, abierto por el desplegable que mostraba a Ola Ray tal como Dios la trajo al mundo pero veinte años más tarde, esto es, dos antes de que Michael Jackson la contratara para el *Thriller*.

Le hubiera dado un abrazo a Phil, ese pedazo de sultán con bigote, pero ya arrastraba sus pies hacia la cama de agua.

—Vienes a mi casa a las siete, te presento a mis padres y nos recoge Missy Taylor, ¿la conoces?

Era Tina, frente a su taquilla, explicándome el plan para el día siguiente.

—¿Qué?

—Missy Taylor, está en el equipo de voleibol.

—No, quiero decir... ¿Que vaya a tu casa mañana...?

—Sí, a eso de las siete. No te retrases porque mi padre se va a las siete y media.

Asentí con una sonrisa incrustada en la cara de mala manera. Había entendido bien; iba a presentarme a sus padres, ¿para qué? ¿Ya éramos novios? ¿De qué iba eso? ¿Estaban de acuerdo las dos familias? ¿Mis padres y los de Tina habían arreglado la boda a nuestras espaldas? En la hora de la comida, Troy me lo explicó con detalle y doblado de risa ante mi desconcierto. Resulta que había chicas buenas, como Tina, que presentaban todas sus citas a sus padres para que éstos estuvieran tranquilos y comprobaran que su hijita no frecuentaba chulos drogatas psicópatas. Como si yo albergara alguna duda respecto a sus gustos, Troy dejó claro que prefería las chicas malas que no les decían a sus padres ni pío.

Aquella noche vi *El coche fantástico* en la NBC y *Falcon Crest* en la CBS, pero no me enteré de gran cosa; seguía dándole vueltas al planazo que me esperaba. Después de conocer a los padres de Tina, Missy y su novio, o amigo, o cita —que no lo entendí bien— nos recogerían en coche para unirnos a más gente, o parejas, o amigas de Missy para ir a cenar a un McDonald's, o Burger King, o Taco Bell —estaba claro que tenía muchas lagunas— antes de meternos en una de las veintidós salas del cine Redwood, un complejo de ocio cuyo parking ya conocía gracias a una sentada cervecera en el coche de Rob. Estudié la estrategia como un general antes de la batalla y como un ladrón de bancos repasé el plan una y otra vez mientras en la MTV Mick Jagger vestía de blanco en *Undercover Of The Night*.

Para empezar salí de casa once minutos más tarde de lo previsto porque cuando me puse a engrasar la puta bici, un descontrolado chorro de aceite salió disparado por una ranura del bote de plástico, marcando un alargado pegote vertical sobre mi polo azul marino, mi polo de la suerte, la única prenda de vestir en el mundo que hacía que me sintiera una mezcla de John Wayne, James Dean y Rafa, el burgalés que estudiaba en el Yerbabuena. Estuve a punto de ponerme un jersey encima o abrochar la cazadora y no quitármela ni a tiros, pero opté por la camiseta oficial de la gira de Police. La indecisión me obligó a pedalear vigorosamente para llegar a casa de Tina a la hora convenida.

Sólo al frenar me di cuenta del desproporcionado esfuerzo que había realizado con aquel armatoste verde a piñón fijo. Danson estaría orgulloso si me llega a ver tan entregado a un ejercicio físico; me faltaba el aire, el corazón me latía a ciento cincuenta pulsaciones y el sudor perlado hacía que mi frente pareciera un bote de champú en un anuncio de televisión. La señora Barlow me abrió la puerta sonriente pero mudó el gesto, lo juro, cuando vio al perturbado sudoroso y jadeante que venía a buscar a su hija.

—Tú debes de ser Pipi —dijo forzando de nuevo la sonrisa de bienvenida.

Abrí la boca para decir que sí, que yo era Pipi Calzaslargas si hacía falta, pero en vez del «sí» alto, claro y varonil que esperaba, una especie de graznido áspero resonó en la puerta de los Barlow como si alguien estuviera lijando el marco. Con el esfuerzo me había quedado seco, necesitaba agua, Pepsi, Tab, Woolite, lo que fuera para recuperar la voz; presionando la lengua contra el paladar busqué una gota de saliva, un rocío de baba, una molécula de secreción que me permitiera articular la primera palabra, las otras vendrían después. Lo intenté de nuevo; esta vez, logré un sonido parecido al

rascado de una marcha de coche que no acaba de entrar. La madre de Tina, comprensiva, zanjó el bochornoso espectáculo.

—Anda, pasa, Pipi. Tina ha ido a casa de nuestros vecinos a por unas flores que necesito y ahora mismo viene. ¿Quieres un refresco?

Asentí con la cabeza, temeroso de que me chirriara otra vez la voz, dolido por la ausencia de mi amada en aquel trance tan poco español de conocer a los padres de una tía con la que sales por primera vez. Mientras esperaba de pie en el salón enmoquetado repleto de fotos familiares —una especie de Museo de la Evolución de Tina—, su hermana pequeña apareció en el umbral de la puerta con un peluche entre los brazos y me miró de arriba abajo con todo el desprecio que es capaz de mostrar una mocosa de nueve años. La saludé con cara de adolescente encantador con los niños y multiplicó su repulsa hacia mí arrugando el labio superior como una Mari Trini perversa, una madrastra de Blancanieves tamaño enanito que maldecía con su mirada a ese extraño que ya no sabía dónde meterse. El tintineo de los hielos por el pasillo anunciaba el regreso de la madre con la bebida salvadora.

—Bueno, Tracy... ¿Ya conoces a Pipi? —preguntó sin esperar respuesta.

Me bebí medio litro de Diet Coke de un trago y coloqué el vaso en una mesa baja situada delante del sofá en el que me había sentado siguiendo las indicaciones de la señora Barlow. Había ensayado una apariencia de tranquilidad y relajamiento para esta situación, pero no estaba funcionando; al borde del sofá con los codos sobre las rodillas y frotándome las palmas de las manos, debía parecer tan cómodo como un lord inglés cagando en plena campiña. La señora Barlow, sin embargo, se había repanchingado en su sillón y me miraba con una mezcla de lástima y compasión:

—Tina nos ha dicho que eres español —comentó para romper el iceberg.

—¡Sí! —respondí con entusiasmo, como si no me hubiera dado cuenta de mi nacionalidad hasta ese instante.

Ella asintió, sin que yo pudiera adivinar qué quería decir con ese gesto, y se quedó callada. ¿Por qué no me hacía más preguntas? ¿Qué estábamos esperando?

—Mi marido viene enseguida —añadió como si me leyera el pensamiento.

Así que era eso, el marido era quien hacía las preguntas, el que pondría un flexo directo a mi cara y me preguntaría una y otra vez que si me la cascaba y yo que no, que no, de verdad, hace mucho ya, y él venga otra vez, que él sabía que yo era un perverso y yo que tengo sueño y ya me duele la espalda y él que grita ¡contesta, cuéntame la verdad! y es que yo, señor Barlow, que no, verá...

—¡Buenas tardes! —voceó el padre de Tina desde el pasillo.

Me levanté de golpe, como si me hubieran soltado diez mil voltios en el trasero, tan impetuoso que golpeé el vaso con la rodilla; los hielos saltaron por el aire y varios fueron a caer a los pies del dueño de la casa mientras el vaso, de plástico made in Taiwan, rebotaba de aquí para allá. Me gustaría haber hecho el amago de recoger los hielos, disculparme, saltar por la ventana y huir en bicicleta, pero me había quedado petrificado; una fuerza superior me había anclado en aquella moqueta ante la visión del señor Barlow.

De entrada, impresionaba su tamaño; el padre de Tina medía dos metros y sobre sus hombros se podría armar un camping tamaño estándar. Tenía el pelo cortado al uno, un cuello que parecía una columna del Partenón y unos brazos musculosos al estilo Geyper Man. Vestía camiseta ajustada con el símbolo de los marines y pantalón de chándal; cada una de sus perneras me habrían servido como saco de dormir. Decidí

que Tina era hija adoptada, no había duda, no podía ser de otra manera. Ella me había contado que su padre era experto en explosivos y que viajaba por el país realizando demoliciones y detonaciones controladas; recordar ese dato no ayudó precisamente a que me relajara. Además, sus ojos juntos y pequeños le conferían una expresión de mala leche en el entrecejo que helaba a todo aquel que tuviera delante. Y en aquel momento, el único ser en la Tierra que le estaba aguantando la mirada era yo, Pipi Calzaslargas. Qué pena de Pequeño Tío para salir de allí al trote.

—Tina nos ha dicho que eres español —repitió como si su voz fuera el eco grave de la frase que había dicho antes su esposa.

—Sí, señor —respondí con un hilo de voz.

Frank Barlow me tendió su manaza derecha; yo deposité la mía encima de ella, más o menos hacia la mitad —parecíamos una réplica de la portada del *Plastic Surgery Disasters* de los Dead Kennedys— y me invitó a sentarme. Su mujer, todavía con los hielos y el vaso que yo había tirado en la mano, sonrió y se fue a la cocina. Yo la miré con ojos de «no me deje aquí solo con este señor», pero ella ni se enteró.

—Hijo mío —era Frank, dirigiéndose a mí—, Tina es una buena chica; es amable, estudiosa y respetuosa con su familia. Como comprenderás, no sabemos nada de ti, sólo que vienes de un país lejano. Confiamos en nuestra hija, y sabemos que nunca se citaría con malas compañías, ¿verdad?

Mi cabeza se columpiaba de arriba abajo como la de un perro balancín, tan de moda en las bandejas posteriores de los coches españoles en los años setenta.

—Bien. Sólo quiero que sepas que queremos lo mejor para Tina —sentenció.

Se quedó en silencio, apoyó la espalda en el respaldo y me dirigió una larga mirada en la que por primera vez afloró un brillo de humanidad, un reflejo de emoción, un destello de comprensión.

¿Ya está? ¿Esto era todo? ¿A esto se reducía la tan cacareada charla, el tan temido interrogatorio? No había sido para tanto, pensé, hasta que vi cómo aquel armario ropero recuperaba la animalidad en su rostro, recolocaba su enorme trasero en el sofá y, clavando sus pupilas de acero en mis ojos de mantequilla, masticaba unas cuantas sílabas:

—Dime, hijo, ¿cuáles son tus aspiraciones en la vida?

Empujado por una fuerza sobrenatural comencé a desgranar un autorretrato que distaba algo así como un abismo de la realidad, pero ya se sabe que mentir es como construir un edificio: una vez puestos los pilares, sólo hay que colocar los ladrillitos con cierto orden. Según mis propias palabras, siempre había sido un destacado estudiante, tanto en el aspecto académico como en el deportivo; al brillante curriculum obtenido en clase había que añadir una destacada carrera como futbolista —en ese punto yo mismo tuve que cortarme cuando me vi narrando como propio un famoso gol de Platini— que me situaba en magnífica disposición para labrarme un fabuloso futuro como psicólogo deportivo (escogí esa vocación en mi trola galopante porque esa misma semana habíamos tratado dicha profesión en clase de la señora Elliot). En mitad de la charla, alguien abrió la puerta de la calle; era Tina, ya de vuelta con un enorme ramo de rosas que convertía su presencia en una postal de San Valentín. Nos dedicó — a los dos hombres más importantes de su vida, pensé— una sonrisa fabulosa antes de irse a la cocina. Aquel gesto dio bríos a mi embuste y me lancé cuesta abajo: yo también era una persona profundamente religiosa, sí, señor, temeroso de Dios y amante de la familia, los pájaros, los tomates, la Creación en genérico.

La patraña surtía efecto. El señor Barlow reblandecía sus facciones como un gorila adormecido tras una copiosa comida y yo ya me sentía como un santo caído del cielo que había venido a conducir a Tina por el recto camino. Bueno, ése no, que era nuestra primera cita.

Cuando Frank llamó a su hija porque el coche que venía a recogerlos ya estaba delante de la casa, Tina volvió al salón y se encontró a su padre con uno de sus enormes brazos rodeando el hombro del chavalín español, como dos colegas que posan sonrientes para una foto.

El coche de Ted, amigo de Missy, amiga de Tina, prometida de Pipi, era azulón por fuera y pequeño por dentro. La pareja nos recibió con una sonrisa y el *Say, Say, Say* de Paul McCartney y Michael Jackson sonando en la radio. Una vez acomodados en el estrecho asiento trasero, Ted enfiló por Washington Street hasta el Taco Bell del Redwood Complex; así me enteré por fin de que hoy tocaba fast food mexicana para cenar. Por el camino, Missy, volteada hacia nosotros en una forzada postura agravada por la tensión del cinturón de seguridad, nos contó que en el restaurante nos esperaban Leslie, Ginger y Linda, tres amigas que jugaban en el equipo de voleibol de Palo Alto, y Glenn, novio de Leslie, que pertenecía al equipo de fútbol americano del mismo instituto. Con una veloz aplicación matemática calculé cinco tías contra tres pavos; la cita, a pesar de los tropiezos iniciales, se presentaba más que bien. Y Tina estaba radiante.

Al llegar al Taco Bell comprobé que la ecuación no funcionaba como la había calculado; contando la avariciosa fealdad de Ginger o Linda —tenía que llamarse precisamente linda aquella tía que parecía la hermana pequeña de Super Ratón— y el tamaño desorbitado de Glenn —¡qué manía tan americana la de fabricar gente grande!— éramos más bien tres tipas y cinco tíos. No me inquieté; había superado lo más grave como para echarme atrás ahora. Pero en la desesperante cola que guardamos para poder hacer nuestro pedido de burritos, tacos y enchiladas, supe de las vidas y milagros de mi recién adquirida pandilla; ahí mismo empezó a flaquear mi entusiasmo al imaginarme todos los sábados haciendo una cola como ésta, antes de ir al cine, para asentir con la boca llena de chocolatinas mientras Glenn explicaba cómo le había ido en el partido del jueves, las chicas proponían aburridas disquisiciones sobre voleibol femenino o el grupo entero comentaba los deberes que los profesores les habían asignado esa semana. Era como si aquella pandilla no conociera la maldad en ninguna de sus formas; no había comentarios groseros sobre las animadoras del instituto, ni bromas crueles sobre el profesorado, ni palabras malsonantes, ni nada de nada. Antes de sentarnos a comer, antes incluso de llegar al mostrador a pedir, supe a ciencia cierta que me aburrían tanto como yo a ellos. Y que nos aburriríamos por siempre jamás aunque Tina me estrujara entre sus brazos y me plantara un morreo ahora mismo, algo que, sin duda, habría ayudado a sobrellevar la pesada carga de sus conversaciones. Ya en la diminuta mesa —comodidades las justas, no vaya la gente a hacer sobremesa—, la charla continuó por derroteros que no hubieran desentonado con la anciana señora Miller, a quien, por cierto, no había vuelto a ver desde mi llegada. ¿En plena cita con la mujer de mis sueños me estaba acordando de la anciana con la que había descongelado la nevera de Betty? Estaba claro que aquello no iba bien.

Como un conductor que, viajando de noche, se da cuenta de que le vence el sueño, me froté los ojos para espabilar y volví a centrarme en Tina, pero enseguida me invadió un amago de desilusión al ver con qué atención escuchaba las explicaciones de Glenn sobre las tácticas de su entrenador o con qué ganas reía las intrascendentes anécdotas del último partido de voleibol de sus amigas. Tuve que aislarla en mi mente, sacarla de aquel contexto acartonado para volver a convertirla en la arrebatadora vikinga que había sido durante la semana. El lunes le daría el dibujo, sí, señor. Empecé a recuperar la sonrisa, la ambición, la pasión, la sed por unas cervecitas, qué menos, para alegrar el funeral. Por supuesto, no saqué el tema; me habrían mirado como el extraterrestre que era para ellos.

Salimos con el sistema digestivo empantanado de alubias machacadas y guacamole picante. En una de las mesas, un tipo mal encarado soltó un estruendoso eructo propiciado por el poderoso bicarbonato negro en forma de refresco de cola. Me reí con ganas —yo tenía en la recámara un regüeldo que no se lo saltaba un torero— pero mi pandilla, la Santa Congregación de las Buenas Maneras, me miró con gesto reprobatorio. Mudé la risa, me puse serio, algo colorado y me tragué el gas abrasivo con no poco esfuerzo. Ya buscaría otra salida.

Ni ese incidente me bajó de la nube por la que andaba en los pocos metros que separaban el restaurante del cine; Tina iba a mi lado intentando entender mis aburridas disquisiciones sobre fútbol europeo porque a mí no se me ocurría otro tema para parecerme a sus amigos petardos que sólo escuchaban country, y del rock, como mucho, a Foreigner, Loverboy y Pat Benatar. Sólo quedaba que la película fuera un mínimo comprensible, algo entretenida, un pelín divertida para que el plan de asedio siguiera su buen curso. Me extrañó que nadie me preguntara mis preferencias, aunque, bien mirado, poco podría añadir sobre los veintidós títulos que, en su mayoría, me sonaban a chino. La espalda de Glenn, justo delante de nosotros, nos protegía del aire y el frío; aquella extensión de lomo frenaba cualquier inclemencia al otro lado. Sólo delante de la puerta de la sala correspondiente alcancé a ver que la película se titulaba *Yentl*; no había cartel y el nombre me sugirió aventuras medievales, dragones descuartizados y caballeros de armadura.

A buena parte.

Cuando las luces se apagaron y en pantalla apareció el nombre de Barbra Streisand casi me quedo sin aliento. En la primera canción se me humedecieron los ojos, pero no de emoción. Para cuando entendí que la historia iba de la hija de un rabino polaco que se hace pasar por varón, tenía ganas de llorar a moco tendido, de salir corriendo del cine, de matar a Linda, tenía que llamarse Linda, que había sacado las entradas mientras yo le daba el coñazo a Tina inventándome las diferencias entre el fútbol inglés y el italiano. *Yentl* durante dos horas y pico. En un cine con amplias butacas que no invitaban al roce de rodillas a no ser que te despatarraras en el asiento y separaras las piernas como si hubieras montado a caballo tres días y tres noches, huyendo de Barbra Streisand, buscando a Tina, la dulce Tina que en aquellos insoportables ciento veintiocho minutos de proyección no se despistó ni un solo segundo, atenta a la pantalla, lejos, lejísimos de mí a pesar de estar en la butaca de al lado, malditas butacas cómodas y funcionales con reposabrazos individuales, que ni el codo podíamos rozar.

—Me encanta Barbra Streisand —dijo al salir del cine con el rostro iluminado por la más seductora de sus sonrisas.

Era un plan premeditado, no había otra explicación. Tina me había invitado a salir con sus amigos por compromiso, de alguna manera sabía de mi aversión por la Streisand y ahora me lo restregaba por la cara para que desistiese de tirarle ni otro tejo más. Claro que, casi al mismo tiempo, decidí que de verdad le gustaba la solista narigona y que mis tejos no los había ni notado de puro discreto que me las gastaba. En cualquier caso, recibí con alborozo la propuesta de Ted —el único miembro de la pandilla basura con el que tuve cierta conexión—: tomarnos algo cerca de la bolera del Redwood, que allí había de todo. Lo de tomar algo, en contra del pack de cerveza a dos dólares que me habría gustado, resultó ser otra Pepsi, unas chokolatinas, bastantes palomitas y más patatas onduladas que consumíamos compulsivamente en el parking, cerca de la bolera, como si no hubiésemos cenado en una semana. Missy y Ted, junto a Glenn y Leslie, habían decidido jugar una partida de bolos; Tina me preguntó si quería entrar o prefería quedarme fuera, y le respondí que como fuera no se estaba en ningún sitio, pensando que sería mi gran oportunidad para quedarme a solas con ella, pero sin contar que se había traído dos buenas fajadoras, Ginger y Linda, tenía que llamarse Linda, que no iban a permitir tamaña licencia.

Fue entonces cuando empezó a mascarse la tragedia.

Un par de bocinazos familiares me saludaron desde lejos; Rob, Steve y Troy llegaban al parking haciendo ruido y con el maletero lleno de cerveza. Eso último era una suposición mía, pero en plena paranoia casi podía oler la Budweiser y ya salivaba como un caballo sediento que hubiera cabalgado durante tres días y tres noches huyendo de Barbra Streisand. Rob, aparcando al lado del coche de Ted, nos saludó con un sonoro eructo de cebada aguada y se bajó de su Ford con los ojos brillantes y una sonrisa que yo conocía bien.

—Joe, cacho cabrón, ¿qué haces aquí? ¿Estás de picnic?

Los vasos comunicantes comenzaron su lento fluir, la primera ficha de dominó había sido empujada y el efecto mariposa ya estaba transformando mi cita en una bola de fuego y destrucción que rodaría ladera abajo.

De momento sólo sonreía como un idiota.

Ginger, evidentemente incómoda ante la presencia de mis amigos —a los que todo Catworth tenía fichados como poco recomendables—, propuso ir a buscar a las dos parejas que nos habían abandonado, y se lo comentó a Tina en vez de irse sola o pegarse un tiro, que tampoco habría estado mal, porque Tina, mi bella Tina, aceptó de inmediato y se fue con ella dejándome en el parking con mis amigos borrachos. Y Linda.

Tenía que llamarse Linda.

Rob me tendió un gran vaso de Coca-Cola; eso ponía fuera, pero yo sabía que dentro había medio litro de cerveza. Miré a Linda, que otorgaba callando, y me zampé un trago largo y frío, una cascada de burbujas y pequeños estallidos amarillos que me picaron en la garganta y descendieron a cámara lenta hasta el estómago, salpicando sus paredes, alterando al instante mi percepción, mi ser y mi estar. Con la espuma todavía en el labio superior le ofrecí el vaso a Linda. Fue un gesto espontáneo, estúpido, una temeridad por mi parte, sabiendo lo que ya sabía de aquella mujer que, no sólo malgastaba un sábado en ver *Yentl*, sino que encima opinaba que estaba muy bien ambientada, como había dicho Linda, que ahora cogía el vaso con decisión y bebía toda la cerveza que quedaba, mientras Rob gritaba como un cowboy conduciendo ganado y Troy se llevaba las manos a la cabeza y daba saltos como un mono en celo y

Steve decía algo así como «hay que joderse» y yo no daba crédito, literalmente, no daba crédito a que Linda hubiera acabado la cerveza y me mirara con los ojos brillantes y yo me asomara al vaso y allí sólo había espuma y volvía a los ojos de Linda y seguían brillando como desafiándome a no sé qué, pero allí estaba Rob abriendo el maletero del coche, rellenando el enorme vaso de cerveza, ofreciéndoselo a Linda, que ahora bebe un sorbo y me tiende el vaso rebosante para que beba y luego ella que me lo quita y vuelve a pegar un trago demasiado largo para su estatura, para su vida, para ser alguien que aguanta los peñazos de Glenn como si tuvieran algún interés.

Lo peor es que mientras la cerveza pasaba del maletero de Rob a nuestros estómagos, Tina y Ginger decidían echar una partidita rápida de bolos junto a las otras dos parejas. Es decir, el universo, el destino, Dios y su legión de arcángeles, habían decidido que yo era tema central del día; todos los hechos contribuían, irremediabilmente, a mi hundimiento definitivo. La extraña juerga seguía su curso; Troy había sacado el skate del asiento trasero del coche y se daba leñazos contra el alquitrán, mientras Rob y Steve hablaban con unos amigos que salían de ver una película. Por mi parte, la sobredosis de cerveza barata empezaba a causar estragos en mi percepción; la mirada de Linda, una miope con los ojos pequeños, me parecía ahora pizpireta y casquivana; sus orejas despegadas ya me resultaban graciosas —en el sentido de encantadoras, no de chistosas— y sus diminutas tetas...; bueno, sus tetas seguían siendo diminutas, ahí no había poesía que valiera. Todavía estábamos apoyados en el coche de Rob, cuyas ventanillas bajadas permitían escuchar la radio sintonizada. En aquel momento, el pincha había seleccionado una rareza de los Stray Cats; una toma en directo, cantada por Lee Rocker, del tema *The Girl On My Left Is Looking Better Every Beer*. No supe leer el claro, diáfano mensaje que fluía por los cuatro bafles, ni siquiera cuando Linda, que a estas alturas de Budweiser ya estaba más linda que nunca, me tomó de la mano, abrió la puerta del coche de Rob y se metió dentro y yo la seguí porque no me había soltado la mano y porque me divertía aquello, a ver en qué acababa pero sin tiempo a darle vueltas porque sentarme en el asiento de atrás y subírseme encima Linda fue todo uno, sin tiempo a decir esta boca es mía porque sus labios ya estaban contra los míos, y su lengua dentro, de arriba abajo y de derecha a izquierda, como bendiciendo la cavidad, pater nomine, y sus manos que empiezan a registrarme por debajo de la camiseta oficial de la gira de Police y sus uñas que me arañan y sus dientes que me muerden el cuello y su entrepierna frotándose contra mis pantalones abultados, y ya somos un lío de brazos y saliva porque Linda se transforma en una Shiva con cuatro manos y todas me tocan a la vez, todas menos una que se ha metido entre el vaquero y el vientre, como una anaconda en busca de su presa que ya aprieta fuerte mientras la otra mano, como si llevara toda la vida haciendo ese gesto, desabrocha de un tirón los primeros cuatro botones de la bragueta y la erección que se asoma en todo su esplendor, porque aquella erección me parece espléndida entre los dedos de Linda, que bate con fuerza y me besa y me muerde y me lame, la boca, el cuello, la oreja antes de bajar la cabeza y aprisionar entre sus labios la erección que queda fuera de su puño y succionar como si quisiera sacarme el veneno de un escorpión y un calor inesperado en forma de calambre que sacude mis piernas de abajo arriba y agarro la cabeza de Linda y la atraigo más aunque ella no deja de succionar arriba y batir abajo cuando el calambre se transforma en sacudida y tensión justo antes de que el mundo entero detenga su órbita un segundo y el placer se me derrita en su boca, la boca de Linda, y me dé cuenta de que tengo los

ojos cerrados y aquello hay que verlo, así que los abro rápidamente para ver cómo se esmera en recoger con la lengua lo poco que aún sale.

Y es entonces cuando veo a Tina.

De pie. Al lado del coche. Con la Coca-Cola de litro con la que había venido a buscarme para proponer una partida de bolos contra los imbatibles Glenn y Leslie. Imaginé que acababa de llegar porque su mirada todavía estaba clavada en la nuca de Linda poco antes de mirarme al centro de las pupilas y que yo viera en las suyas cómo florecía, en ese mismo instante, un odio inapelable, eterno desde ya.

Cuando se dio media vuelta y echó a correr hacia la bolera, Linda, ajena a la fugaz presencia de su amiga, levantó la cabeza y me miró complacida, con un brillo muy poco favorecedor en sus pequeños ojos miopes, con aquellas enormes orejas más despegadas que nunca y con unas facciones, en general, que movían a cualquier cosa menos a la lascivia desenfadada.

Tenía que llamarse, precisamente, Linda.

Al ver a Tina salir corriendo, Rob y Steve se acercaron al coche cuando salíamos de él; los coloretos de Linda —a la que yo había puesto al tanto de lo sucedido— y mi apresurado abotonamiento fueron pistas suficientes para que Rob abriera su boca y, entre carcajadas, pusiese la guinda:

—Ñaca, ñaca, ¿soy yo o huele a sexo? —bromeó entrechocando sus dedos índices.

Linda se dirigió a él y, sin darle tiempo a reaccionar, le soltó un puñetazo en la boca del estómago que le hizo doblar el espinazo mientras Troy, recién llegado en skate, daba brincos con las manos en la cabeza y gritaba que flipaba, mucho, que flipaba, que vaya noche.

Por la puerta ya salían Missy y Tina entrelazadas, muy melodramáticas pensé, con Ted que me dirigía una mirada de impotencia y que se acercaba a nuestra posición a explicarme que me llevaban a casa de Tina para que recogiese la bicicleta, pero sólo para que sus padres no sospecharan nada raro. Y que no dijese ni una sola palabra en el trayecto y que nada más llegar cogiera la bici y me fuera sin abrir la boca y, sobre todo, sin mirarla. Todo eso me explicó Ted dejando claro que las condiciones había sido impuestas, que él no podía hacer nada y que cómo se me había ocurrido liarme con Super Ratón, tío, con lo buena que está Tina. Esto último no me lo dijo, pero estaba escrito en su cara.

Subí al coche de Ted y me quedé paralizado, sintiendo que el odio de toda la condición femenina del planeta Tierra me taladraba la nuca desde los ojos de Tina y Missy, sentadas atrás, imagino que aún entrelazadas como si fueran dos hermanas consolándose en el funeral de su padre. No busqué con la mirada a Linda ni a sus amigas, ni a Glenn, ni a mis amigos, me sentía como el condenado que es conducido al patíbulo en medio de un silencio atronador. Ted encendió la radio para quebrar aquella tensa calma, pero justo fue a sonar el *Whip It!* de Devo.

Delante de la casa de Tina, abrí la puerta del coche muy despacio, no fuera a despertarse Frank Barlow para detonarme la cabeza con sus propias manos, y salí a la calzada como un astronauta después de dos meses de hibernación; me paré un instante, calibré alguna frase de disculpa pero todas las opciones me parecieron inútiles, así que me alejé del coche, desaté la bicicleta y me fui pedaleando sin mirar atrás.

Durante todo el domingo estuve ensayando las palabras exactas que le diría a Tina cuando coincidiéramos en la taquilla. Pero el lunes, a primera hora, me encontré un tío con gorra de béisbol y muchos granos revolviendo en el armario 406. Me echó un vistazo huraño mientras yo abría la mía y siguió a lo suyo, así que me presenté tímidamente y le pregunté qué hacía allí.

—Ni siquiera lo sé... Me han cambiado de taquilla por la puta cara, no hay derecho, joder.

La noticia me produjo una extraña mezcla de tristeza y alivio. Mientras me dirigía al aula, jugué a imaginar la entrada de Tina aquella mañana en el despacho del director de Catworth, con el pelo revuelto y los ojos llorosos:

—Señor Crosby, ¡necesito cambiar de taquilla!

—¿Cambiar de taquilla? ¿Por qué?

—Usted no lo entendería, se trata... [*duda*] Es un asunto personal [*sollozo*], quisiera hablarlo con la señora Jimenez.

Warren Crosby, aún enamorado de Tina, no controla sus emociones. Arrebatado por la pasión, cegado por los celos, se levanta de la silla y se coloca detrás de la asustada Tina, agarrándola por los brazos, pegando su aliento a la nuca de la joven.

—Es por Pipi, ¿verdad? ¡Es por él!

—¡No se dice Pipi! ¡Se pronuncia Pepe!

—Entonces tengo razón, ¿qué te ha hecho esta vez? ¡Se las verá conmigo!

—Usted no puede hacer nada, ¡nadie puede! [*rompe a llorar*].

La señora Jimenez, alarmada por los gritos de Tina, entra sin llamar y observa a Warren, que retira sus manos abruptamente de la joven. Los celos ciegan ahora la mirada de la señora Jimenez, todavía dolida por la ruptura de su apasionado romance adúltero con el director de Catworth.

—[*Seria*] ¿Qué ocurre aquí?

—Tina quiere cambiar de taquilla y no me ha dicho la razón.

—[*Vengativa*] ¿No tendrá que ver con lo que pasó en el parking del Redwood, verdad?

—¡No! [*gritando*] ¿Usted qué sabe?

—Sí, ¿qué sabe usted, señora Jimenez?

—¡Super Ratón se la chupó a Pipi el pasado sábado en el coche de Rob! ¡Ese Pipi es un buen elemento!

—¡Se dice Pepe! ¡Y me da igual lo que hiciera! ¡Sigo enamorada de él!

Una palmada diáfana, seca, abierta en mitad de la espalda, justo el tipo de saludo que abomino, me despertó de tan culebrona ensoñación.

—¡Joe! —gritó Rob—. Joe, Joe, Joe... —añadió con una sonrisa esperando que, no sé, le explicase algo o dijera la frase definitiva o le contara los detalles. En esa típica proyección adolescente de responsabilidades, yo le veía como único culpable de lo sucedido; si no hubiera aparecido por Redwood el sábado, quizá ahora yo tendría una novia guapa, tierna y aburrida. Sin embargo lo único que tenía era el careto de Linda incrustado a todas horas en mi memoria como un tumor. Maligno. Rob seguía mirándome con expectación, una de sus manos apoyadas en las taquillas.

Sólo acerté a encogerme de hombros antes de irme.

Diciembre avanzaba por California como un buque rompehielos. Ya tenía los dedos llenos de pequeños arañazos causados por mi lucha matinal con el hielo que se formaba en el parabrisas del Buick; Betty aseguraba que no se debía verter agua caliente sobre él porque podía romperse en mil fragmentos y que lo más seguro era raspar con una de esas espátulas blancas que se utilizan para descongelar frigoríficos. Y yo venga darle duro al hielo para que el señorito Phil condujese sin sobresaltos.

Como ocurría cada año en cualquier rincón del mundo occidental, con la misma precisión matemática, el mes de diciembre chocó violentamente contra su tercera semana y la Navidad, de nuevo, me estalló en la cara sin darme tiempo a reaccionar. Claro que ahora me encontraba en el mismo epicentro de la celebración, tal y como la entendía mi generación: Papá Noel, renos, acebo, calcetines en la chimenea y árbol adornado frente a Reyes Magos, camellos, musgo y Belén de figuritas. El combate era desigual y la versión WASP contaba con Hollywood, Coca-Cola y Galerías Preciados como puntos de apoyo frente a la pobrecita tradición católica; de todas formas, ambas opciones resultaban, en última instancia, igual de ñoñas, cursis e irritantes.

Claro que las cosas siempre pueden ir a peor.

Lori apareció en casa con una sonrisa que no presagiaba nada bueno. No es que soliera llegar triste y aquel día fuera una excepción; Lori siempre estaba alegre, pero hoy la alegría se le desbordaba por los poros, por los coloretos que traía de la calle, por la sonrisa radiante en la que rebotaban los reflejos del espumillón que inundaba la casa. Yo estaba viendo el vídeo de Huey Lewis & The News en el que el cantante llena el fregadero de la cocina con agua y cubitos de hielo para meter la cabeza y espabilarse, una escena muy poco apropiada para el crudo invierno que vivíamos, por muy californiano que fuera. Lori se acercó al sofá y me miró como se mira a un perro abandonado un segundo antes de decidir que te lo llevas a casa.

—Joe, ¿quieres venir a cantar villancicos con nosotras? —preguntó ligeramente inclinada, las manos apoyadas sobre sus rodillas.

Villancicos. ¿Cantar villancicos? ¿Dónde? ¿Al lado del árbol?

—Yo...

—¡Muy bien! ¡Pues no se hable más! —exclamó aplaudiendo con sus manoplas de lana.

Había cometido la torpeza de pensar, de quedarme callado, de mirarla a los ojos con cara de idiota y sonrisa de Joker. Al igual que su madre, Lori poseía el superpoder de preguntarme una cosa y, en la misma frase, dar por hecho que aceptaba; una vacilación como la que yo acababa de tener era mortal de necesidad.

—Mi madre llegará con el reverendo McCain en menos de una hora —añadió con entonación de jingle bells tras consultar su reloj—. Tienes tiempo de sobra para prepararte.

—¿Pre... prepararme para qué? —tartamudeé al borde del infarto.

—¡Los villancicos! —gritó Lori golpeando el suelo con toda la planta del pie derecho—. ¡Vamos a cantar villancicos por las casas! Tienes que abrigarte...

Los buenos actores lloran cuando el director lo requiere, pero es más difícil no llorar cuando tienes verdaderas ganas de hacerlo. Lori no podía imaginar que su plan era la causa de la aflicción en mi rostro, así que se sentó a mi lado con la cara iluminada por una alegría navideña nada contagiosa:

—En estos días seguro que echas de menos a tu familia, ¿verdad?

No podía decirle que la mayor ventaja de pasarme todo el año fuera de España era, precisamente, librarme de mis navidades familiares, así que alargué el gesto de aplastante tristeza y aproveché el momento para esclarecer la duda que me corroía desde tiempo atrás:

—Tú sí que echarás de menos a tu padre en Navidad, ¿no?

Al igual que había hecho su hermano cuando saqué el tema, Lori tensó el gesto y mintió:

—Sí, claro...

—¿Cuánto hace que murió?

—¿Qué importancia tiene? —exclamó incorporándose de un salto—. No es agradable recordarlo —añadió con evidente esfuerzo por dominar su nerviosismo—. Escúchame, Joe —dijo bajando la voz y sentándose de nuevo a mi lado—: Phil me ha dicho que también le has preguntado a él, así que yo misma te lo contaré...

En ese punto Lori realizó una pausa dramática que aproveché para preguntarme por qué Phil le había comentado mi curiosidad sobre la causa de la muerte del señor Johnson. Permanecí en silencio esperando ansioso la explicación; ella, por su parte, continuaba con la mirada perdida en el suelo, como si buscara la frase correcta entre las baldosas.

—Mi padre murió de cáncer hace ya muchos años, ¿sabes? Eso es todo; lo queríamos mucho y dejó un gran vacío, por eso te pediría que, por favor, no vuelvas a sacar el tema, y menos delante de mi madre.

—Lo entiendo perfectamente, Lori, y lo siento; no quería molestar.

Mi arrepentimiento parecía sincero, pero por dentro ardía en deseos de saber qué me estaban ocultando.

Hora y media más tarde estaba en medio de un grupete de ancianas metodistas que graznaban el *Noche de paz* frente a la ventana de una pareja de octogenarios que nos miraban embelesados. Imaginé que mis amigos de España me observaban desde el tejado de la casa y al momento me entró un carcajeo flojo como mecanismo de defensa contra la inmensa vergüenza. Disfracé el ataque de guasa de emoción contenida, ocultando el rostro entre las manos mientras una de las ancianas metodistas susurraba «pobre chico, claro, tan lejos de la familia». Cuando me recuperé, alcé la vista y un enorme lagrimón de risa contenida resbaló por mi mejilla; todos me miraban apenados menos McCain, viejo zorro.

El resto de la Navidad discurrió con la habitual repetición de universales gestos optimistas. A excepción de la rondalla metodista no tuve que enfrentarme a costumbres y ritos que difirieran demasiado de los adquiridos a lo largo de las diecisiete navidades católicas, apostólicas y romanas que me habían tocado en España.

Tras una de esas veloces noches de viernes a base de latas de cerveza en el coche de Rob, me levanté a la una de la tarde y deambulé por la casa, vacía como tantos sábados a excepción de Cat, el perro, que me miraba con esa indiferencia que los humanos adquirimos sólo tras muchos años de práctica. Por delante, una fabulosa dosis de telepredicación, teletienda y recreación audiovisual acompañada de patatas fritas y Pepsi. Pasadas las tres de la tarde, el timbre del teléfono rasgó la tranquilidad que invadía el 1264 de Carpet Drive; me levanté pesadamente, con las huellas de la resaca y la mala noche entrelazadas como una secuencia de ADN, descolgué el auricular con desgana y musité un «¿yes?» bajito y educado. Al otro lado de la línea,

un estruendo de voces, cornetas, gritos, cánticos, chillidos y matasuegras me perforó el tímpano, partió en dos mi cerebro, taladró el otro oído y salió despedido hasta estrellarse contra la pared, justo encima de la pecera, donde la morena se removió inquieta. Sobre el espeso follón, distinguí la voz de mi primo Quique gritando en un inglés germánico.

—¡Jelou, jelou! ¡Ai am Espain! ¡Ai for Pepe! ¡Espain!

—¿Quique?

—¡Pepe! —gritó—. ¡Es Pepe! ¡Es Pepe! —confirmó alejándose del auricular mientras el estruendo redoblaba su potencia, como si mi primo estuviera en las gradas de un partido de baloncesto sentado junto al del bombo. Al momento, la voz de mi madre, con ese arrastramiento de vocales tan característico en nuestra familia después de la tercera botella de champán, ocupó el primer plano de audio:

—¡Pepe! ¡Que le he dicho a Quique que llamara él porque habla inglés! ¿Cómo estás?

Instintivamente miré, con estrábico esfuerzo, el calendario y el reloj.

Y caí en la cuenta.

Estábamos a 31 de diciembre.

Y en España ya eran las doce y cinco de la noche.

California 83 — España 84.